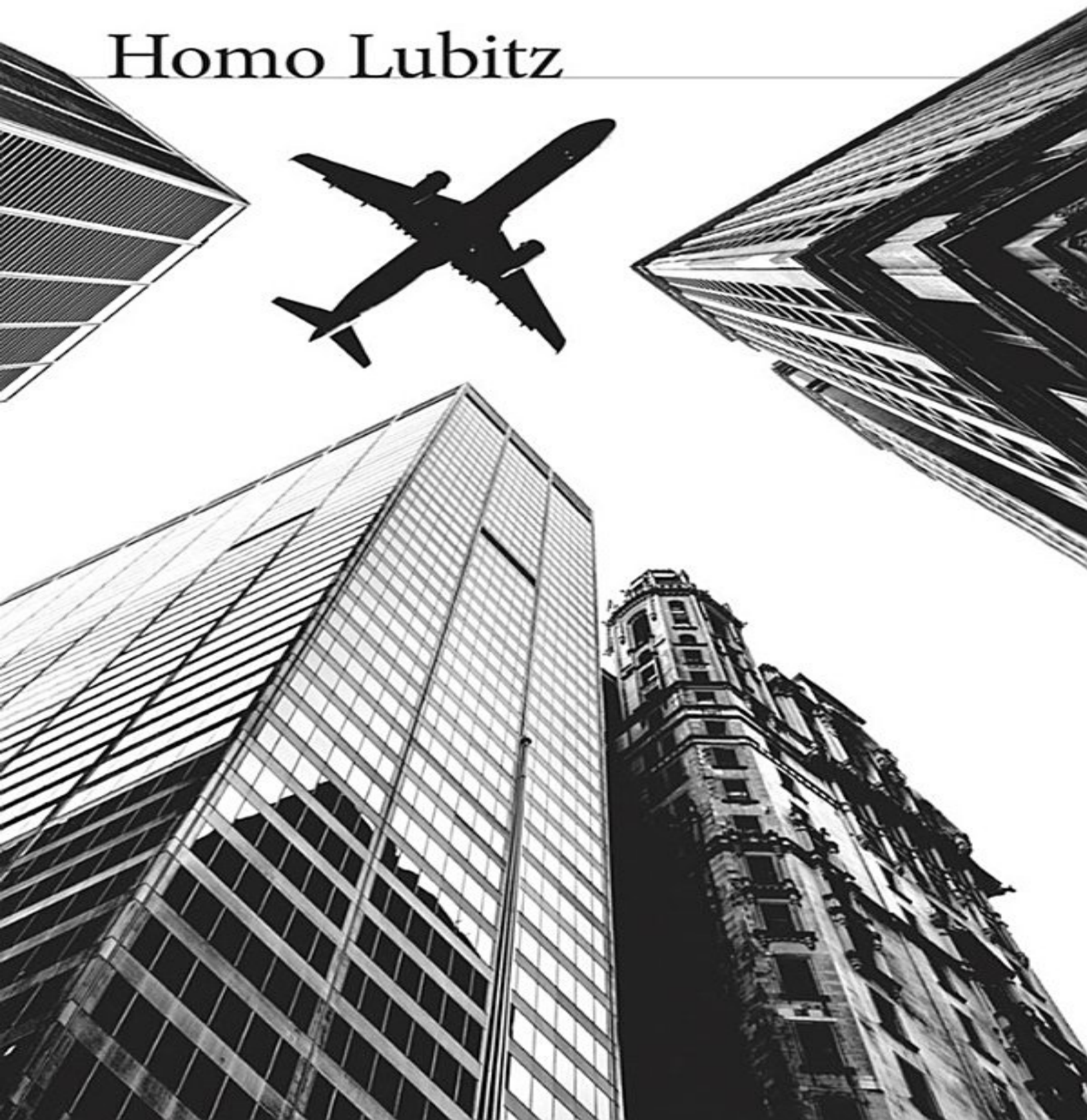


Ricardo Menéndez Salmón

Homo Lubitz



ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

CITA

LENTO

DOCTOR FAUSTO

INFORME DESDE LA DACHA

DESAMPARO DE LOS CUERPOS

GENERACIÓN 1981

IRA CELESTE

LAS CELDAS

INTERMEZZO

MODERATO

LA VISTA DESDE GIUDECCA

LA POSTULANTE

ANÁBISIS, CATÁBISIS, LABERINTO

LOS OSCUROS
PERMAFROST

INTERMEZZO

PRESTO

MÍSTER CRONENBERG DICTA UNA LECCIÓN
MONTAUK
LA CUADRATURA DEL CÍRCULO
EL ÚLTIMO PÁJARO

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte



SINOPSIS

Richard O'Hara aguarda en un hotel de Shanghái la firma de un contrato entre el Gobierno de China y las farmacéuticas occidentales que lo convertirá en un hombre rico. Tras su estancia en Asia, recibe un extraño encargo: hallar el paisaje que aparece en una vieja fotografía. Obsesionado por esa imagen, emprenderá entonces un viaje alrededor del planeta en compañía de una mujer llamada Amanda. En este thriller vertiginoso, en el que los accidentes juegan un papel decisivo, los vampiros son coleccionistas de arte y el cineasta David Cronenberg explica cuál es el verdadero espíritu del siglo XXI, Ricardo Menévez Salmón muestra su confianza en la ficción literaria como instrumento para interpretar nuestro mundo.



Seix Barral Biblioteca Breve

Ricardo Menéndez Salmón

Homo Lubitz

A mi hijo Adriano

Todo lo que el hombre hace es para él plausible a cada instante, lo hace motivado por razones que para él son verdad, lo supedita a una cadena de pruebas; el hombre —al menos en el momento en que suceden las cosas— siempre ha actuado de forma correcta.

HERMANN BROCH,
Huguenau o el realismo

LENTO

DOCTOR FAUSTO

O'Hara contempló el Bund desde su *suite* en la planta 82 del Grand Hyatt Shanghai, un hotel de lujo construido dentro de la Jin Mao Tower. El Huangpu despedía un color tóxico, como si en sus aguas fermentara un gigantesco cadáver. Esplendores. Caídas. Auges y apocalipsis yuxtapuestos. Una civilización en proceso de éxtasis y pudrición.

Veinticuatro años antes, el 18 de febrero del 2001, un hombre llamado Han Qizhi había ascendido el exoesqueleto de la Jin Mao Tower vestido con ropa de calle y valiéndose de sus manos desnudas. Cuando la policía lo detuvo tras escalar cuatrocientos metros, presentaba síntomas de congelación y estaba cubierto de sangre. O'Hara asumió que Han Qizhi, el alpinista urbano, era una razonable metáfora de la inefabilidad asiática. Porque China era un sueño y una pesadilla a la vez. Y ni el uno ni la otra eran posibles de explicar de manera satisfactoria.

Llevaba dieciocho meses moviéndose en el arco de dos mil trescientos kilómetros que separaba Pekín de Hong Kong. Transcurrido ese tiempo debía confesar que no entendía gran cosa. Los chinos eran inescrutables. Nunca era posible saber lo que pensaban, si les dolía el corazón de nostalgia o les explotaba de gozo. En realidad, ni siquiera era posible saber si tenían corazón.

Bebiendo el primer café de la mañana, mientras las gabarras transportaban montañas de arena y grava, ejércitos de bicicletas y toneladas de pescado en salazón, recordó las palabras de Zhao, su intérprete: «Un occidental que pasa dos días en China proyecta redactar una enciclopedia; si visita el país durante dos meses, planea escribir una novela; cuando lleva viviendo aquí dos años, se abstiene de enviar cartas a casa».

En alguna parte de la *suite* sonó el motivo de *La cabalgata de las valquirias*. O'Hara buscó su móvil entre las sábanas de la cama deshecha, sobre el sofá, junto al televisor. Cuando casi se había dado por vencido, halló su teléfono dentro de un zapato. No tuvo tiempo de preguntarse cómo había llegado hasta allí.

—Está hecho —anunció una voz solemne.

Como siempre que escuchaba a Blomquist, sintió frío en la nuca, la presencia de alguien a su espalda.

Al otro lado del Huangpu, una de las cristaleras del antiguo Banco Ruso-Chino, ahora sede del Shanghai Gold Exchange, destelló por un instante. Desde su observatorio de la Jin Mao Tower, O'Hara recordó haber leído que el banco fue el primer edificio de Shanghái en el que se instalaron servicios sanitarios. Lo asaltó una imagen imposible, tan excéntrica que tuvo que sonreír: un desdentado obrero chino, analfabeto y muerto hacía decenios, fumaba sentado mientras cagaba en un váter reluciente.

—¿Me escucha?

La voz de Blomquist lo arrancó de su delirio. El destello se había apagado, como la luz de una estrella devastada milenios antes de la existencia del hombre sobre la Tierra. El frío en la nuca había dado paso a una sensación ambigua, entre el pavor y la alegría, instalada en su tórax.

—Sí —se oyó responder.

Sintió su ritmo cardiaco acelerarse, la sangre oscura y brillante, una masa efervescente recorriendo los circuitos del cuerpo. Esperaba esa llamada desde hacía tanto tiempo que por un segundo se olvidó de Shanghái, de China, del maldito continente. Incluso pudo oler el aroma de la genciana en la piel de su madre, otra estrella extinta en algún rincón de la infancia.

La mañana estaba llena de prodigios.

—El señor Yu pasará por su hotel dentro de treinta minutos. Están dispuestos a firmar.

Cuando Blomquist cortó la comunicación, O'Hara experimentó un cansancio infinito. Así que eso era el triunfo. Quinientos millones de dólares para Arconte Limited como mediadora, y un uno por ciento para él como creativo, dejaban esa resaca muscular, parecida a la que se siente tras haber golpeado un saco de boxeo reiteradamente.

Activó el calendario del Sony Xperia Z11 y las cifras centellearon. Eran las 8.05 horas del día 24 de enero del año 2025 según horario de Pekín. Imaginó las sedes corporativas en Auckland, Buenos Aires, Chicago, Estocolmo, Nairobi, Riad, Roma, San Petersburgo, lugares en los que nunca había puesto el pie pero que conocía como la palma de su mano. Imaginó tantas vidas activas, el ajetreo de limpiadoras y guardias de seguridad, los botiquines de primeros auxilios y los desfibriladores, los protocolos para el abandono de los edificios en caso de incendio o terremoto, las miríadas de información contenida en los núcleos de silicio mientras inteligencias invisibles devanaban los hilos apoteósicos de la astronáutica, la nanotecnología, la microcomputación.

Y aquel mundo complejo, riquísimo; aquel tejido fenomenal, más poderoso que muchos países del planeta; aquel entramado de anhelos y altruismo mezclado con pura rapiña y la más insensata codicia, tenía ahora la vista puesta en él, en su *suite* de la planta 82 del Grand Hyatt Shanghai.

En 1633 apareció publicada en Bolonia la primera descripción del aislamiento de la lactosa, efectuada por un físico llamado Fabrizio Bartoletti. Lo que Bartoletti había logrado aislar era un disacárido, esto es, un glúcido formado por la unión de dos azúcares. En concreto, los dos azúcares cuyo vínculo había descrito y probado eran una glucosa y una galactosa.

La lactosa aislada por Bartoletti, comúnmente llamada azúcar de la leche, se encuentra presente en la leche de las hembras de los mamíferos, desde la camella hasta la mujer, a excepción de focas, morsas y leones marinos, en una proporción cercana al cinco por ciento. En los seres humanos la correcta

absorción de la lactosa exige la presencia de una enzima llamada lactasa, que se produce en el intestino delgado y permite la descomposición del disacárido en sus dos componentes. La secreción de la lactasa es una de las conquistas evolutivas más recientes de la especie humana, pues sucedió hace apenas ocho mil años. Sin embargo, la ausencia de dicha enzima continúa siendo muy frecuente, y su principal consecuencia, conocida como intolerancia a la lactosa, induce un síndrome clínico que se manifiesta en forma de diarreas, flatulencias, náuseas, sensación de empacho y dolor abdominal.

El mapa de la intolerancia a la lactosa es difuso. En cualquier caso, y a poco que un espectador estudie su despliegue, advertirá que China es uno de los lugares donde la lactofobia resulta más acusada. O'Hara vio por vez primera ese mapa a comienzos del año 2022, durante una de las sesiones de *brainstorming* que Arconte Limited imponía a sus creativos de forma periódica. Las sesiones consistían en un encuentro virtual a través de un módulo común de interfaz, OpenMind 3.0, que proponía a los usuarios un intenso episodio de comunidad intelectual. La impresión, expresada con talento por uno de los colegas de O'Hara, era la de «recibir en el salón de tu casa a una veintena de desconocidos con los que estás obligado a compartir una orgía sensorial». Las sesiones consistían en un bombardeo de datos en apariencia inconexos recabados en distintos feudos: fuentes gubernativas y empresariales, registros de periódicos y televisiones, material de diverso tipo y relevancia. El conjunto, organizado como una avalancha de información, provocaba en sus receptores un alud de estímulos. Lo subliminal y lo enfático se daban la mano; gráficos y nombres propios competían por un segundo de atención; la vida, la muerte, el caos, los negocios, la búsqueda de la felicidad o del placer desfilaban como disparos de pura luz ante las retinas de los creativos.

Cierto que la mayoría de los estímulos golpeaban en el vacío, pero de vez en cuando uno de ellos activaba el motor interno de los receptores y germinaba en una idea. El efecto no siempre era inmediato. Como O'Hara sabía por experiencia, sus mejores logros habían necesitado de un largo periodo de incubación, y no habían aflorado hasta pasado un tiempo. En esta ocasión no fue distinto. Tuvieron que transcurrir varios meses antes de que

relacionara el mapa de la intolerancia a la lactosa con su brillante intuición. Pero cuando un día del verano de ese mismo año de 2022, sentado en un restaurante griego de la ciudad de Fráncfort, un comensal en la mesa contigua comentó señalando una porción de feta cuánto había echado de menos el queso durante su reciente estancia en China, una luz se encendió dentro del cerebro de O'Hara.

Esa luz, casi tres años y muchos miles de quilómetros más tarde, estaba a punto de convertirlo en un hombre absurdamente rico.

Las formas en China lo eran todo. Aunque las reglas que las regían resultaban complejas de interpretar. Que O'Hara hubiera sido incapaz de aprender el idioma, no facilitaba las cosas. Por eso, cuando la ayudante del señor Yu llamó a la puerta de su *suite*, comenzó la enésima representación de la torpeza desde que había visitado por vez primera el país.

O'Hara dio un paso hacia adelante, en dirección a la mujer, pero ella se desplazó lateralmente, creando un vacío entre ambos. El gesto, nacido como una invitación a estrecharse la mano, se convirtió en un paso falso de ballet. El demoledor espejo tubular del pasillo del Grand Hyatt Shanghai le devolvió la imagen de alguien obstinado en representar una pantomima carente de gracia. Por un instante, olvidó los cinco millones de dólares y experimentó un hastío brutal.

Puesto que su mano había dibujado un gesto fallido, se la guardó en el bolsillo de la americana. Por un segundo permanecieron estáticos y en silencio, O'Hara reflejándose en el espejo monstruoso y la mujer girada cuarenta y cinco grados hacia un interlocutor que aún no había abierto la boca.

—Buenos días, señor O'Hara —dijo la mujer.

O'Hara sintió un tirón en su vanidad y también, de un modo extraño, un calor intenso en la parte baja del vientre. Extraño porque la mujer, al modo chino al que se había acostumbrado con resignación durante el último año y medio, era muy poco atractiva. Había llegado al país embriagado por una serie de tópicos acerca de cabellos sedosos, cutis de talco, cuerpos de

muchacha bendecidos por la hospitalidad asiática. Y aunque se había encontrado con todo aquello, y en una cantidad en verdad generosa, había algo en la genética de las mujeres chinas que, en noventa y nueve de cada cien casos, lo desalentaba. Zhao le había enseñado que las perlas de Asia estaban más al sur. Había que viajar a Vietnam, a Camboya, a Tailandia. China no había sido un gran laboratorio para la belleza humana.

Y sin embargo, O'Hara constató durante la mañana de los cinco millones de dólares que Wang Mei, la ayudante del señor Yu, le estaba provocando una erección con su presencia.

—Pase, por favor —dijo señalando el interior de la *suite*.

Wang Mei se desplazó hasta el ventanal sobre el Huangpu. Llevaba un *cheongsam* rojo de seda con dibujos de pájaros y calzaba zapatos bajos. En sus manos sostenía un bolso plano, tamaño A4, perfecto para transportar documentos o dispositivos portátiles. La mujer era como una llamarada en la nieve. O'Hara la siguió mesmerizado por su languidez, tan alejada de la rotunda majestad de las mujeres occidentales.

—Blomquist me ha llamado —dijo mientras Wang Mei miraba el tráfico del río—. Estamos muy satisfechos.

Utilizó el plural por costumbre y disciplina, como si hablar en nombre de Arconte Limited no fuera sólo parte de su sueldo, sino un mecanismo genético. Se sintió estúpido al hacerlo, pues comprendió que no era preciso. Los chinos eran pragmáticos, pero desconocían la hipocresía sin objeto. Mentían para obtener beneficios tangibles, no para satisfacer tópicos del manual de costumbres corporativas. Aquel «estamos» innecesario flotó entre ellos como el sabor ácido de un eructo.

Wang Mei volvió hacia O'Hara la máscara vacía de su rostro. El fondo de su maquillaje blanco, que le prestaba una edad imprecisa, era de una perfección sin tacha. Ingeniería facial. Una obra de arte que cada noche era destruida por el polvo, el sudor, la prisa, y que cada nueva mañana había que reconstruir.

—El señor Yu llegará en unos minutos —dijo Wang Mei—. Pero antes quería hablarle a solas.

O'Hara advirtió que entraba en un preámbulo, pero fue incapaz de decidir

si lo aguardaban el placer o el pánico. No sabía qué paisaje se abriría tras la ventana que las palabras de Wang Mei prometían.

—¿En nombre de quién? —preguntó.

Wang Mei lo miró sin pasión. Como los ojos cegados de las estatuas, su rostro era ilegible.

—Soy mayor de edad —respondió la mujer.

Al otro lado del cristal, más allá de la blancura cadavérica y el peinado impecable, presintió el movimiento de capitales que incendiaba Shanghái, el tráfico de dinero, deseos y voluntades que activaba el corazón de la ciudad. Vio en los ojos de Wang Mei el brillo de los dólares americanos. La erección continuaba allí, fiel como un perrito.

—China es un país complejo —anunció Wang Mei.

—Todos los países lo son —replicó O'Hara.

—Sí —concedió ella—. Pero China es un país *tremendamente* complejo.

El adverbio trepidó en la lengua. O'Hara tuvo que adivinar su sentido. Como la mayoría de los chinos, incluso entre las élites financieras o políticas, Wang Mei hablaba un inglés regular, por no decir pobre. La fonética era territorio hostil.

—Sobre todo —añadió la mujer— para aquellos que no han nacido aquí.

Sospechó que ella estaba arriesgándose. Que le estaba tendiendo una mano. Que le estaba haciendo una advertencia. Y como si un velo se hubiese descorrido, sus siguientes palabras se lo confirmaron:

—Cuídese mucho. El riesgo comienza ahora.

O'Hara adivinó la estela de un avión que descendía hacia el aeropuerto de Pudong. Lo imaginó estallando en el aire. Era algo inevitable desde el 11 de septiembre. Más de dos décadas no habían borrado aquel destino. La idea de que los aviones no estaban hechos para volar, sino para caer. La idea de que las máquinas, desde su origen, habían sido concebidas para convertirse en un acontecimiento. Después del terror, ya no había poesía ni misterio en el vuelo de los aviones. Sólo el accidente los hacía tolerables. La expectativa de verlos convertirse en chatarra, aleaciones desintegradas, carlingas torturadas por las temperaturas y el impacto. La esperanza de una formidable onomatopeya. ¡Kabum! ¡Broom! ¡Ssshhh!

Wang Mei levantó el teléfono de la *suite* y comenzó a hablar en chino. O'Hara se sintió un niño expulsado de un torneo. El avión se había borrado de su vista. Buscó las trazas de una explosión en vano, apretando los puños frustrado. Mientras Wang Mei hablaba, observó su espalda con detenimiento. Luego, sin prudencia, viril, se acercó a ella y olió sus cabellos. Pudo sentir cómo la voz de la mujer se detenía en medio de una frase, una pausa leve pero reveladora. Él respiró con fuerza sobre la coronilla de Wang Mei, aspirando un olor frutal. Todavía no la había tocado. Entonces avanzó un poco más y se apretó contra la espalda del *cheongsam*. Sintió un dolor profundo y a la vez triunfante cuando la polla se aplastó contra los pájaros. El estallido, la carbonización, el implacable hedor del combustible. Wang Mei colgó el teléfono. Al volverse, su rostro no había cambiado, era la impávida blancura de siempre, la vacía vasija de la primera vez, de la última, de todos y cada uno de los encuentros que habían mantenido durante meses. Esta vez O'Hara sintió que la erección cedía sin remedio. Supo que ni siquiera debía disculparse.

Porque no había sucedido nada. Uno tras otro, seguros y ecuanimes, con constancia de metrónomo, aviones de todo el mundo aterrizaron suavemente sobre las pistas de Pudong.

—Su pasión por el café. Es repugnante.

Antes de convertirse en ceniza arrojada al Atlántico, en un olor en un armario, en una grabación con el sonido de su voz a la que O'Hara regresaba con nostalgia una vez al año, su madre le había enseñado a desconfiar de la gente que no enseñaba los dientes al sonreír.

El señor Yu era una de esas personas.

—Mi abuelo —dijo el señor Yu— vivió hasta los noventa y seis años. Mi padre hasta los ciento tres. Ninguno probó el café en su vida. Usted, señor O'Hara, ¿no querría vivir hasta admirar cómo llegamos a Marte? ¿Conocer la cura contra el cáncer? ¿Ver a un chino en la Casa Blanca?

Wang Mei se permitió una carcajada. O'Hara imaginó las cuentas de un collar cayendo al suelo. La avalancha de humor amarillo amenazaba con

anegar la *suite*. ¿Era un calambre lo que sentía recorriendo sus tripas? ¿Ganas de defecar?

—Hay pasiones innegociables —sentenció—. Aunque nos condenen.

La perla de sabiduría, que como toda muestra de talento que se precie estaba teñida de fatalidad, pareció agradar al señor Yu. Su sonrisa dio paso a un gruñido. El preámbulo de la dialéctica entre café y té parecía concluido. O'Hara supuso que Blomquist y el resto de jefes de Arconte Limited se estarían mordiendo las uñas. Se sintió parte de un juego soberbio y severo. Y al tiempo actor de una fábula infantil. Ya no se encontraba en Shanghái, República Popular China, sino en el País de Nunca Jamás.

Si existía un arquetipo de la impasibilidad, el señor Yu aspiraba a encarnarlo. Hablaba poco, era eficaz de un modo sereno y marcial. Macizo, tallado como un buda que en sus horas libres trabajara con mancuernas, el señor Yu había sido el principal interlocutor de O'Hara desde su primer contacto con el Partido. Su reputación lo precedía. Un negociador durísimo, pero justo. Un hombre capaz de destruir vidas, pero ajeno a la vileza. O'Hara sospechaba que el señor Yu había estado en el Ejército, aunque no tenía constancia de ello. Era una intuición que emanaba de su ataraxia y de su forma de impartir órdenes. Porque el señor Yu sólo decía las cosas una vez. Con eso era suficiente.

Estudió la boca cruel, curvada hacia abajo, como si un cable tirara de las comisuras de sus labios. Un anzuelo de carne en un rostro antiguo. El señor Yu desplegó un dedo de su mano derecha y Wang Mei abrió su bolso. O'Hara se crispó. Ante él pasaron, como ante el ahogado en el umbral de la muerte, el carrusel de imágenes atesoradas durante año y medio. Recuperó el espanto de las multitudes, oyó el estruendo del tráfico en las ciudades, su boca se inflamó con unos pocos sabores irrepetibles: loto, cilantro, pez mandarín. Wang Mei extrajo lo que parecía un memorando. O'Hara alcanzó a distinguir el escudo nacional, la bellísima tipografía, una columna de cifras. Tras tender el pliego al señor Yu, la mujer miró a O'Hara con algo parecido a la ternura. Él sintió un nuevo tirón en las tripas. No había duda. Se estaba cagando.

—Discúlpenme, por favor.

Sentado en el váter con el hedor nacido de su cuerpo cercándolo, fantaseó con el futuro. Con cinco millones de dólares en su poder, Arconte Limited quedaría atrás para siempre. Tenía cuarenta y cuatro años y una salud sin fisuras. No tenía esposa. No tenía hijos. Le gustaban la pesca, la pintura abstracta, las matemáticas. La mayoría de sus pasiones eran pasiones de hombre morigerado, paciente. Sólo su fascinación por los accidentes escapaba a esa disciplina de la quietud.

Mientras la cisterna se llevaba su mierda en dirección a los colectores de Shanghái, desgranó una lista de posibles destinos donde aclimatar su futuro ocio: una cabaña junto al mar de Barents, un decrepito palacio en alguna ciudad del Mediterráneo, una casa blanca y sin teléfono en la costa de Portugal.

—Necesitaba un minuto a solas —se disculpó al regresar.

Sus manos olían a aceite de almendras. Observó a Wang Mei y se preguntó cómo esa mujer podía haberle provocado una erección. Supo que había recuperado el control de sus emociones. Estaba al mando.

Arconte Limited operaba como un gran mecanismo relacional, una mastodónica cadena de transmisión entre sectores de la realidad a menudo impermeables entre sí e incluso invisibles los unos para los otros. El caso O'Hara, prosaicamente conocido entre la *intelligentsia* como Asunto Lactosa, era un ejemplo de semejante funcionalidad.

A un lado de la ecuación estaban más de mil millones de seres humanos incapaces de llevar a cabo determinada catalización; al otro, los beneficios económicos que supondría la entrada de dicha población en el mercado del consumo de productos lácteos; en medio se hallaba el brillante artefacto científico que permitía, en la tercera década del siglo veintiuno, salvar un déficit corporal y convertirlo no sólo en una ventaja adaptativa, sino en un fabuloso nicho de comercio. Dentro de esta apabullante escenografía, O'Hara jugaba el papel del ingenio que había ensamblado las piezas del mecano al caer en la cuenta de una carencia. Su tarea, tras la epifanía de Fráncfort, había consistido en convencer a los chinos de que sería rentabilísimo para el

Gobierno de su país que sus connacionales ejecutaran una pirueta química y de paso enterraran un tabú alimenticio; Arconte Limited, entre tanto, había puesto en marcha sus recursos persuasivos en otros ámbitos, caso de la abracadabrante magia de los laboratorios.

Varios grupos de trabajo habían colaborado en la producción de la resbaladiza lactasa: químicos computacionales y cristalógrafos en Estados Unidos, biólogos moleculares en Europa y la ubicua Solaris, una de las empresas que Arconte Limited prohijaba a lo largo y ancho del planeta, y cuyo cometido último era en el caso presente la producción de la bendita enzima. Las simulaciones de dinámica molecular en escala de microsegundo habían permitido observar cómo se comportaban las proteínas en condiciones fisiológicas reales, con presencia de agua e iones; la cristalografía había informado de la estructura de las proteínas en el estado sólido. La labor, que había sido tan eficaz como tediosa, y cuyo relato constituía una pesadilla terminológica y una *quest* laberíntica que O'Hara se había ahorrado para beneficio de su equilibrio mental, supondría un hito para la industria farmacológica.

En apenas unas semanas, Solaris estaría en disposición de servir a un trece por ciento de la población mundial, de una vez y para siempre, una píldora que con una sola toma le permitiría el acceso a un corpus de alimentos vedados hasta la fecha: leche de cualquier tipo de mamífero, incluida la hembra humana; leche en polvo, evaporada y condensada; mantequilla y suero de mantequilla; nata y nata líquida; queso fresco y fermentado; yogur, flan, natillas, arroz con leche, helados, bechamel. Eran decenas las firmas que estaban haciendo cola frente a las puertas de los colegas del señor Yu para solicitar su parte en el banquete. El estómago chino era el centro del mundo. Lo cual no constituía una simple metáfora.

El momento había llegado. El señor Yu extrajo una estilográfica del interior de su traje, quitó el capuchón y agarró la pluma, una Kaweco, muy lejos de la base. No parecía que tuviera entre las manos un utensilio de escritura, sino un palillo para comer. Atacando el papel desde muy arriba, casi en ángulo recto con respecto a la superficie, trazó un garabato triunfal. Después, sin especial solemnidad, tendió el memorando y la estilográfica a

O'Hara.

—Enhorabuena, doctor Fausto —dijo revelando un conocimiento del imaginario de Occidente que O'Hara no supo si interpretar como un agravio o como una deferencia.

Fuera y muy lejos, en el ovillo abigarrado del Huangpu, una sirena pitó desolada y funeral. O'Hara se enterró en los ojos de Wang Mei. Mientras firmaba el memorando e inconscientemente se guardaba la Kaweco en el bolsillo, supo que recordaría ese instante hasta el día de su muerte.

INFORME DESDE LA DACHA

Blomquist telefoneó aquella tarde. Entre las brumas nórdicas de su voz, O'Hara pudo percibir cierta ebriedad solar. El alcohol había corrido generoso por los despachos de Arconte Limited. Los aspectos monacales de la firma — Entrega, Dedicación, Entusiasmo: la dicción de los jefes estaba repleta de mayúsculas— habían sucumbido ante una pura, simple, nítida francachela. No todos los días se ganaban quinientos millones de dólares en una tirada de dados.

—Control está feliz —anunció Blomquist clausurando los parabienes.

O'Hara imaginó una cara arrugada, de uva pasa, para el esquivo dueño de Arconte Limited. A veces pensaba en él encerrado en un pulmón de acero. O viviendo en un museo barroco amparado por un gabinete de monstruos. En realidad, sospechaba que Control era una quimera. Que detrás de ese nombre desmesurado y a la vez obvio no había más que un ídolo inútil, otra forma del hechizo, un enredo creado por los auténticos lares y penates de Arconte Limited: banqueros, políticos, gendarmes de la policía tecnológica. En cualquier caso, le resultó consoladora la proyección de un anciano decrepito, más muerto que vivo, que celebraba con silbatos y matasuegras el hecho de que uno de sus creativos hubiera ganado el premio gordo en las timbas de Asia.

Tras un episodio de ruido blanco, la voz de Blomquist le mostró la cara oculta de la Luna.

—Control quiere que permanezca unas semanas en China. —O’Hara recordó a Wang Mei advirtiéndole de que el peligro empezaba entonces, al doblar la esquina del éxito—. Ya sabe —prosiguió Blomquist—: relájese, disfrute de la costa, vaya a apostar a Macao. Y de vez en cuando, sin parecer preocupado, contacte con su gente para cerciorarse de que el plan sigue su curso.

Observó su maleta Piquadro, las formas elegantes y puras del talento italiano. Supo que Rafael o Leonardo trabajarían hoy para una firma de cosméticos. Diseñarían lencería. Venderían su talento a las casas de moda. *Capo di tutti capi*. Odió a Blomquist de un modo voraz.

Tras colgar el teléfono se acercó al mirador sobre el Huangpu. Se preguntó cuál sería el rascacielos del mundo que ostentaba el récord de suicidios.

Por el momento, no volvía a casa.

Paul Theroux, cuya obra había frecuentado con provecho en las bibliotecas de Cornell, había definido las ciudades chinas como pesadillas. Por su experiencia, O’Hara no se atrevía a discrepar de Theroux, aunque Hangzhou, capital de la provincia de Zhejiang, donde tras la llamada de Blomquist había establecido su residencia, podía presumir al menos de un extraordinario pulmón azul y verde, el Lago del Oeste, seiscientas cincuenta hectáreas de musculatura natural que preservaban a la ciudad de la atmósfera opresiva de sus sosias.

Una primera toma de contacto con el entorno del lago en una mañana fría y ventosa, inequívocamente cruenta, informó a O’Hara de algunas constantes. La primera, ya conocida: las magnitudes. Conceptos como masa, multitud o muchedumbre eran equívocos *antes* de haber visitado China. De las distintas lecciones que una estancia en el país procuraba, la más determinante era también la más obvia: había muchísimos chinos. Esta verdad prosaica, antropológica, se imponía desde el primer minuto con una contumacia que

debía acatarse sin resentimiento. Se tenía que asumir esta fatalidad del número con tranquilidad de ánimo. La multitud lo rodeaba a uno en todas partes: baños públicos, parques, restaurantes, metros, autobuses, estaciones de tren, atracciones turísticas, hoteles, aceras, semáforos. La intimidad, en China, era un concepto tan abstracto como la esperanza cristiana o el *cafard* de los bohemios. Inquietarse por ello, lamentarse por ello, sólo conducía a indecorosas rabietas. La condición inicial para sobrevivir a China era aceptar esta abrumadora evidencia. Nunca antes, y nunca después, se vería tanta gente junta.

La segunda constante de esa primera visita al Lago del Oeste tenía que ver con otro tipo de conjunción que mantendría entretenidos a los sociólogos y a los historiadores durante siglos. China había resuelto el conflicto entre feudalismo e hipertecnología, reacción y revolución, detención y progreso en unas pocas generaciones, las que mediaban desde la llegada al poder de Deng Xiaoping. En cualquier metrópoli contemporánea eran perceptibles distintas épocas, desde elementos casi invisibles que habitaban en las cavernas de la mendicidad hasta individuos imposibles de clasificar que se habían propulsado hacia espacios todavía por cifrar en el Gotha de las modas y costumbres. La colmatación de ambos nichos había sido delicada, lenta, esforzada. En China, el matrimonio entre el vehículo de tracción humana y el bólide rutilante, la infravivienda y la ciudad *transformer*, el pozo de acción manual y el enjambre domótico se había construido a velocidad de vértigo y transcurría en una única burbuja visual. El entorno del Lago del Oeste estaba delimitado por las marcas eficaces (Mercedes Benz), elitistas (Cartier) y *cool* (Starbucks), aunque para acceder a ellas hubiera que sortear a ciclistas que transportaban inverosímiles zigurats de bidones de plástico. Este *décalage*, que en otras sociedades sobrevivía mediante líneas de demarcación, conformando ecosistemas paralelos, resultaba en China permeable. Se transitaba por estas realidades adyacentes mediante un plano secuencia. Preindustrialización y ciencia ficción no eran consecutivas, sino simultáneas.

Desde el renovado mirador de asombro de aquel primer día en el Lago del Oeste, contempló a los bebés chinos. La palabra *portátil* se derramó de su boca. Gordos y espléndidos, con aspecto de tentetieso, el viento alborotaba

sus cabezas coronadas por un cabello negro como la pez. En sus ojos tranquilos, que como los de todo bebé miraban sin ver, ardía una paciencia de milenios. Pero también, sin solución de continuidad, la abolición de los calendarios.

—¿En qué piensa?

La voz de Zhao lo sobresaltó. O'Hara advirtió cómo la cabeza de un muñeco particularmente adorable era engullida por un racimo de jubilados que fotografiaban las pérgolas del lago y sus cumbres de glicinas. Le llegó un tufo acre a aceite de soja y a sudor humano. ¿Cuántos paraguas podía llegar a producir la industria china en un día? ¿Qué presión era capaz de soportar la fontanela bregmática de un niño de pecho antes de quebrarse?

—En la posibilidad de ser padre.

Zhao sonrió con regocijo. Era un uigur musulmán, practicante severo por lo que O'Hara sabía, y la primera vez que lo vio, el creativo había pensado que se encontraba ante un kazajo o un uzbeko. Zhao había estudiado en Francia y hablaba con soltura media docena de lenguas. Su aspecto parecía sin embargo reñido con la excelencia de su intelecto. O'Hara había renunciado hacía meses a conseguir que vistiera con un mínimo de sensatez, y el intérprete persistía en cultivar un crónico disparate: rayas combinadas con cuadros; camisetas de equipos de fútbol con pantalones de lino; sandalias con calcetines blancos. El talento era una región estrecha. El *kitsch* era la ley superviviente a la posmodernidad. Mantales de hule, legiones tatuadas, gente incapaz de comprender que el rosa y el naranja son enemigos declarados. Quizá Arconte Limited no había reflexionado bastante a propósito de este catálogo de obscenidades. A pesar de su decisión de retirarse, O'Hara consideró por un instante la posibilidad de proponer parques temáticos del mal gusto como destino de vacaciones. Le pareció un negocio que no sólo atendería al lucro, sino a la justicia poética.

—Me temo que no está usted en el mejor país para ello.

Observó con paciencia el rostro de Zhao, su franqueza insólita. Acató que verlo sonreír era como admirar un fósforo que se enciende. Cómo podía haber sobrevivido a Europa con la desnudez de sus ojos diáfanos.

A O'Hara le costó decidir si Zhao era un bárbaro o un decadente, el

futuro o el pasado.

—¿Cuántas veces debo pedirte que no me trates de usted?

Zhao dejó correr la pregunta. Su alegría se cerró en una mueca extraña, como si alguien le hubiera pisado un pie. Permanecieron callados mientras oían el viento mecerse sobre las olas del lago. La gente se apelotonaba en los pabellones levantados junto a la orilla. Hombres, mujeres, ancianos y niños cobijados bajo dragones de madera y un elenco de diosillos con mal genio. Las barcas infestaban las aguas. Se devoraban caparzones de cangrejo, patas de pulpo, mazorcas de maíz. A pesar de lo despacible del día, el cielo estaba repleto de cometas. Nada podía desalentar a un chino. Y menos que nada un millón de compatriotas.

—Le he preparado una sorpresa para esta noche —anunció Zhao sin apartar la vista del lago—. Algo diferente. Para huir de la monotonía. Una cena con un escritor.

O'Hara agradeció el esfuerzo. Durante los últimos tres días se había limitado a ingerir enormes cantidades de comida y a deambular por los meandros de la televisión por cable. El mundo se agitaba allá fuera, o al menos sus simulacros lo hacían, y él esperaba a que algo sucediera. Había una nueva querrela en Palestina, otra hambruna en el Cuerno de África, las habituales muertes de personas que un día fueron famosas. Incluso una cuenta a su nombre en un banco suizo en la que pronto se depositarían cinco millones de dólares.

—¿Un escritor? —preguntó—. ¿Quién te ha dicho que me interese la literatura?

Zhao se rascó el puente de la nariz. Era un gesto que hacía cuando iba a cometer una imprudencia.

—Wang Mei me lo sugirió.

Recordó con gratitud la erección de Shanghái. Ya no le daba vergüenza pensar en ese gesto violento. Como si perteneciera a una maquinaria ajena, al dispositivo corporal de otro.

—No sabía que te relacionaras con Wang Mei.

Zhao amagó un bostezo. Respondió con una insolencia que pareció absurda, felizmente premeditada.

—Hay muchas cosas que usted no sabe.

Supuso que era cierto. China se le escapaba entre los dedos como agua de un cubo sin fondo. Había sido así desde el primer día. Un problema de inteligibilidad. No es que las cosas fueran inefables, pero había un logaritmo interpretativo del que O'Hara carecía. Y no había sido capaz de adquirirlo. Había leído decenas de libros, había hablado con centenares de personas, había comido junto a ellas, había dormido bajo el mismo techo, se había embriagado con sus rituales, había forzado los goznes del decoro, del buen gusto, incluso de la intimidad para intentar acceder a un átomo de sentido. Y no había hallado nada. El núcleo de China estaba vacío para él. No lograba emocionarse con su música ni con su pintura. No comprendía sus silencios, su fatalidad, su indiferencia hacia la religión. Era incapaz de comprometerse con sus conquistas filosóficas y con su amor por la poesía. No entendía cómo los chinos habían podido sobrevivir a la brutalidad de sus cincuenta últimos años de desarrollo, cómo se habían transformado de pescadores de aguas tranquilas o cultivadores de arroz en magnates de la electrónica o piratas bursátiles, cómo gentes que habían nacido en covachas infectas podían disponer ahora de casas del tamaño de campos de rugby sin perder la cordura en ese tránsito. Lo desconocía todo de una sociedad que había recorrido en tres generaciones el camino que otras habían fatigado en treinta. Lo confundía aquella ataraxia, el raro civismo del número, una actitud ante la vida que parecía indolencia y que, sin embargo, era sólo adaptación, el largo recorrido de quien venía de muy lejos, de unas brumas que no tenían que ver con la lengua, el carácter o las costumbres, sino que emanaban de una suerte de lógamo primordial, anterior a toda forma de privilegio o de destino histórico. Si, como algún profeta había predicho, la utopía era la presbicia de los pueblos exhaustos, un sueño inútil que atesoraban los cansados, China desmentía el pronóstico. La utopía estaba encerrada en la cabeza de aquellos bebés que conquistarían el planeta con su frenética actividad y su desprecio por la piedad, la esperanza o la fe.

Miró a Zhao con hambre de comprender, como si en su rostro pudiera haber respuestas. La cara sincera y estúpida lo desalentó.

—Háblame de ese escritor.

La conducción suponía en las ciudades chinas un oficio exigente, una técnica ubicada entre la agrimensura y la orfebrería. Aquella noche, de camino a la residencia del escritor, O'Hara tuvo ocasión de comprobarlo una vez más. El Passat que los guió a través del tráfico de Hangzhou era un teodolito y un reloj de precisión. También, cuando la situación lo exigía, un T-34.

El chófer introdujo su delicada carga en el perímetro de una propiedad privada no muy distinta a la de cualquier urbanización de lujo europea, con la diferencia de que en la garita de vigilancia no los esperaba un guardia de seguridad armado con pistola y escudado tras unas Ray-Ban, sino un alevín del Ejército Popular de Liberación que comulgaba con las disciplinas del tedio. Llegados a destino, y tras moverse por un dédalo de caminos iluminados por farolas de hierro y custodiado por pastores alemanes, los recibió un panel con el rostro de unos pocos escritores eminentes, todos tranquilizadamente muertos: Borges, Calvino, García Márquez, Grass, Mailer. La selección, poco arriesgada, no se discutía. No al menos esa noche.

El laberinto de piedra desigual, sinuoso y estrecho, por el que O'Hara y su intérprete avanzaron casi a ciegas, no parecía prometer un confort especial, pero al dejar a un lado la biblioteca y un ala de despachos, empleados para asuntos administrativos, giraron a la derecha, en ángulo recto, abriéndose a la perspectiva de un potente reflector, un curso de agua, un césped impecable y los ventanales que protegían las habitaciones principales de la casa. El lujo se insinuó a través de las maderas nobles y de los muebles macizos y a la vez ligeros. Un mundo de colores tabaco, ocre y siena, investido por la majestad del cuero, los objetos de porcelana, las formalidades del diseño. Una estupenda caligrafía china y el hecho de tener que caminar descalzos eran los indicadores de que habían entrado en otro meridiano mental. En el interior, la occidentalización de la casa no operaba al modo estéril que ciertas firmas habían impuesto hacía décadas en hogares, hoteles y centros de trabajo de todo el mundo, sino con un gusto adquirido quizá en revistas, acaso en viajes, siempre, a no dudarlo por la calidad de las mesas, los sofás y las tapicerías, mediante el expediente de un capital bien invertido.

Tras interrogar a Zhao, O'Hara comprendió que aquellos espacios eran entregados por el Partido a determinados intelectuales para que dispusieran de ellos a su antojo. Escritores, pintores, actores, cineastas y profesores eran los usufructuarios de esas áreas de privilegio, «reservas culturales» destinadas a alimentar vidas regaladas. O'Hara desconocía cuál era el precio que a cambio habían tenido que pagar los destinatarios, si bien podía intuirlo por lo resbaladizo de las respuestas de Zhao.

Cualquier ecosistema poseía su *quid pro quo*.

Los recibió una sirvienta de nombre Ayi y edad indefinida. Ama de llaves, cocinera y guardesa, patrona *in absentia* de los propietarios, Ayi tenía las dimensiones de un lagarto y la eficacia de un observatorio astronómico. Su delgadez rabiosa comunicaba a cada uno de sus gestos un aura de brutalidad, como si al contacto con el aire su piel pudiera entrar en combustión. Como cualquier sirvienta que se preciara, Ayi estaba blindada contra las distintas formas del asombro, y su fidelidad, según Zhao, incluía ser sometida al fuego, el hambre o la violación. El intérprete no se permitió una sonrisa al compartir semejante informe.

Ayi sirvió té y nueces de Macadamia mientras aguardaban por el escritor y por su esposa. O'Hara admiró el esplendor del salón tratando de no sentirse intimidado. Zhao le había hablado de dinero y fama. *Nom de plume* de Liu Hua, su anfitrión, Wen Dafu, era un escritor de enorme éxito en su país, una *star* literaria en toda regla. Sus obras, que habían sido adaptadas al cine y a la televisión, superaban los quince millones de copias. Era una vieja historia. Wen Dafu había escrito un puñado de novelas predecibles que se habían vendido muy bien. En medio de esa montaña de papel impreso, la literatura importaba poco. Todo, hacía tiempo, se había convertido en otra cosa, en una disciplina del prestigio y la ferocidad, en mercancía perecedera y por ello triunfante. Una cifra absurda de ventas que había desparramado sobre la mesa millones de yuanes.

Cuando al fin hizo acto de presencia, resultó que Wen Dafu era un hombre frizando los cincuenta años, vestido de manera informal. Tenía la boca pequeña y la mirada pesada. Era guapo para ser chino. Por su modo de hablar, O'Hara se percató de que estaba acostumbrado a impartir órdenes, de

que se hallaba ante otro feligrés de la iglesia del señor Yu. Era impaciente y puntilloso. Ocupaba un sillón ancho, confortable, que tenía algo de trono papal. Calzaba zapatillas de cuadros escoceses y fumaba cigarrillos de señorita, largos cilindros de diámetro muy fino. En torno a él, como un satélite cordial, su esposa, una mujer muy joven, traducía al inglés.

Sorteados algunos lugares comunes y satisfecho el intercambio habitual de cortesías, hablaron de literatura. El anfitrión quiso saber quiénes eran los escritores de cabecera de su huésped, como si O'Hara fuera un novelista *mainstream* en vez de una cabeza pensante del terrorismo financiero internacional. Así que el creativo, fuera de lugar pero divertido por su inesperado papel, hizo de su memoria un campo de juego y practicó un rato el *name dropping*. Los inagotables fondos de sabiduría que Cornell había puesto a su alcance vinieron en su ayuda. Le satisfizo comprobar que Wen Dafu no había leído a la mayoría de los escritores citados. Tras un par de botellas de Craneford, un formidable vino australiano, O'Hara había perdido, junto con la sobriedad, sus reparos. Zhao, que no había bebido una gota de alcohol, puso sobre la mesa los logros de O'Hara, intentando reconducir las circunstancias del diálogo.

La esposa de Wen Dafu se había retirado durante la sobremesa, de modo que Zhao tomó el relevo como traductor. Por algún motivo inconfesable, que acaso tuviera que ver con ideas conspirativas, ello hizo sentir en desventaja a O'Hara. Inesperadamente, el Craneford resultaba un buen combustible para la paranoia.

—El señor O'Hara ha hecho grandes progresos en China —dijo Wen Dafu. Sus ojos parecían carbones antiquísimos, un mundo enfriado pero pendiente de un soplo de oxígeno para reactivarse. La vida podía volver a arder en esos cráteres en cualquier momento—. Estoy conmovido.

O'Hara recapacitó sobre la elección de términos por parte de Zhao. *Progresos* en vez de negocios; *conmover* en vez de sorprender. Los matices eran el lugar de Dios y del Diablo. Recordó el apelativo que le había dado el señor Yu: doctor Fausto. Y que *Faust*, en alemán, significa *puño*. Imaginó su vida apretada en el puño de aquel gran país, como un gorrión luchando por respirar.

—Hábleme de su vocación. Se lo ruego.

Los carbones se habían encendido. Zhao seguía en estado de gracia. *Vocación* en vez de trabajo. Qué talento. O'Hara reclinó la cabeza en el sillón de cinco mil dólares y echó de menos un veguero cubano entre los dedos. Se sorprendió recordando el perfume de los cabellos de Wang Mei. Aspiró la nostalgia y se sintió burlado. El Craneford era de veras un amigo peligroso.

—*Simploké* —dijo O'Hara—. Una venerable palabra griega. Significa el entrelazamiento, la unión y desunión de los elementos que conforman una totalidad, sea efímera o estable. —Sintió un estremecimiento de júbilo al ver vacilar a Zhao: se lo estaba poniendo difícil—. A eso me dedico más o menos. A hallar la *simploké* de ciertas cosas. Digamos que soy un catalizador, un facilitador.

Zhao tradujo un buen rato. O el chino era un idioma perifrástico, deambulatorio, o no quería pillarse los dedos. Los chinos rara vez se miraban a los ojos, de forma que Zhao traducía observando sus calcetines blancos. Cuando Wen Dafu respondía lo hacía contemplando algún punto situado un metro por encima de la cabeza de O'Hara. Y O'Hara buscaba con la mirada a dos interlocutores que le rehuían sin descanso. País de segundas intenciones, donde nada era lo que prometía, China cultivaba no la ciencia de las despedidas, sino la de las apariencias. Tener una conversación sin hablar mandarín era tan difícil como salvar un río de un salto. No era tanto pericia lo que se exigía a los actores como teatralidad, la convicción inquebrantable de que se formaba parte de una quermés incruenta y sin patetismo, en la que el invitado más importante no era la verdad, sino sus máscaras.

Al cabo de unas cuantas réplicas estaba exhausto. Por fortuna, Wen Dafu se levantó de su silla papal y sin lugar a réplica dio por finalizada la noche. Se despidió con un ademán vago de su mano derecha, que lo mismo podía significar hasta pronto que informar de la presencia de un mosquito. Prevenido, O'Hara mantuvo ambas manos a la espalda, para no incurrir en un gesto inútil, y esbozó una reverencia mínima, indulgente.

Surgida como por ensalmo, Ayi guió a los huéspedes hasta sus habitaciones de la segunda planta. Subieron una estrecha escalera de caracol, labrada en piedra dentro del esqueleto de la casa, y desembocaron en un

corredor de suelos pulidos como guijarros lavados por el mar. Había dos habitaciones gemelas, azul y verde, quizá en homenaje a los colores del lago. A O'Hara le correspondía la verde, por estar más cerca del baño que remataba el pasillo. Antes de despedirse hasta la hora del desayuno, Zhao le comunicó que al día siguiente Wen Dafu había organizado un banquete en honor de O'Hara con un grupo de notables de la ciudad. O'Hara preguntó a Zhao en qué momento se había tomado esa decisión. Zhao se encogió de hombros y se introdujo en su habitación sin contestar. Por qué responder a una pregunta absolutamente estúpida, pensó O'Hara mientras se cepillaba los dientes.

Antes de dormirse supo que en Yakutia, la región más fría del planeta, un accidente en la mina de Yubileyniy, el mayor yacimiento de diamantes conocido, había provocado doscientas muertes. Se estremeció ante la colisión de récords: el clima extremo; la riqueza absurda de aquel pedazo de tierra; el número de cadáveres. Rastreó entre líneas la hipótesis de un atentado, pues las fuentes confirmaban que el desastre había sido provocado por la explosión de un camión cisterna. Al filo de la medianoche, mientras la lluvia se abatía sobre Hangzhou con las dimensiones y agresividad de una maldición bíblica, O'Hara pudo ver las primeras imágenes del accidente en el canal Russia Today.

Hombres del color de la ceniza, exhaustos y doblegados, que recordaban a los cristos resucitados que un día soñaron los pintores de una Italia solar, jadeaban confusos ante las cámaras que filmaban su desolación y los restos de su pánico. Alrededor de los supervivientes, entre montañas de escombros y agujeros del tamaño de volquetes, un paisaje lunar arrancaba a las cámaras destellos de apocalipsis. Yubileyniy era, sin remisión, un borde del mundo, el enésimo escalón abierto ante el enésimo abismo.

Arrullado por esas imágenes de catástrofe, O'Hara logró conciliar un sueño negro, tranquilo, el sueño de los imbéciles y de los indultados.

DESAMPARO DE LOS CUERPOS

Sintió que las palabras estaban esculpidas en mármol, como la leyenda de una estela votiva.

—El mérito de China es haber hecho suyo el disfraz definitivo: la invisibilidad.

Pasó un camarero envuelto en vapor, semejante a una emanación del inframundo, un demonio benéfico, un cancerbero de los apetitos. O'Hara echó un vistazo a la atestada recepción del Xin Bai Lu.

—¿Invisibilidad? —preguntó—. No entiendo qué quiere decir.

El hombre, que se expresaba en un inglés sin tacha, el mejor que O'Hara había escuchado en los últimos dieciocho meses, se rascó el interior de la oreja con la uña del meñique izquierdo. La llevaba muy larga, como era común entre ciertos varones chinos. Un instrumento concebido para recoger, escarbar, rastrillar.

—Un gran escritor —dijo el hombre del meñique industrial— nos enseñó que pertenece a la esencia de la plaga el hecho de que no se la escuche. Quizá sin mencionarlo estaba hablando de China. Toda esta gente —y el meñique señaló a la impávida colonia que aguardaba en el vestíbulo del Xin Bai Lu— resulta a la larga inaudible e invisible. Las primeras veces que usted se cruza con ellos por las calles de Boston, de Milán o de Berlín

repara en su presencia, pero pronto se mimetizan con el mobiliario urbano y el tráfico de las ciudades. El chino es el huésped por antonomasia. Cuando el anfitrión se quiere dar cuenta —y el meñique hizo un movimiento circular, como el pase mágico de un ilusionista— ya lo ha devorado.

O'Hara supo que había asistido a una parábola. Entre tanto, fea como un gnomo de leyenda, la recepcionista cantó en falsete el número 271. O'Hara siguió a Wen Dafu, a Zhao y al hombre del meñique, que le había sido presentado como comodoro Li.

Rastreó en su memoria qué significaba ese cargo, *comodoro*, y hubo de confesarse que lo desconocía. Supuso que en algún momento de la comida tendría ocasión de comprender con quién estaba hablando. Por ahora, bastante tenía con no perder de vista la cabeza de Wen Dafu, que abría la comitiva con ímpetu.

El ruido era casi tóxico; la profusión de aromas, apabullante. En cada sala grandes mesas redondas desplegaban su abanico de clientes. Por los pasillos del laberinto, en sus ángulos y recodos, mesas para dos invitados exprimían el espacio hasta el límite de sus posibilidades. El personal se movía acrobáticamente, con virtuosismo. Los comensales vociferaban, escupían, arrojaban servilletas de papel y mondadientes al suelo. Aunque acostumbrado a esos aquelarres, a O'Hara no dejaba de angustiarse circular por las entrañas del monstruo, el estruendo de las carcajadas y los eructos, la lujuriosa alegría satisfecha. La comida, que en China era casi siempre exquisita, quedaba a años luz del paisanaje que la engullía.

Wen Dafu desapareció tras una puerta falsa, un panel móvil incrustado en la pared. Cruzado el umbral, el ruido fue absorbido. Parecía que hubieran penetrado en una campana de hormigón, inmune a cualquier agresión acústica. O'Hara aspiró el aroma a citronela y el malestar se escurrió. Estaban lejos de la tormenta.

—Salvados —anunció, permitiéndose bromear.

Los rostros que lo miraron, su rigidez estatuaria, le informaron de que no había gracia alguna que celebrar.

Cuando sirvieron los platos fríos, el camarero los fue colocando frente al comodoro. O'Hara aceptó así el rango del personaje y la jerarquía explícita.

Enjuto y delicado, como alguien que hubiera sufrido de malaria, una de esas enfermedades crónicas nunca apaciguadas, el comodoro hablaba en inglés con fruición y calma. Zhao traducía al chino con su habitual negligencia, sin mirar a los interlocutores. Wen Dafu atendía su teléfono móvil con una mano, mientras con la otra manejaba los palillos con una pericia no exenta de gracia. De vez en cuando gruñía satisfecho. O'Hara pensaba en los cinco millones de dólares camino de su cuenta suiza. Imaginó a un oficinista de gustos morigerados, votante democristiano, comprobando el origen de la transferencia y consultando a su superior.

—En Pekín es usted una celebridad —dijo el comodoro apuntando con su meñique—. Incluso el presidente ha aprendido a pronunciar correctamente su apellido.

Se preguntó si eso sería un privilegio o una condena. Desde la firma del protocolo de la lactosa, había aprendido a desconfiar. Como si se hubiera sumergido en una constelación de sospecha.

—Cualquiera que esté dispuesto a hacer negocios merece atención en China —prosiguió el comodoro—. El dinero es el criterio que permite a las personas sentirse importantes en este país. Los americanos y los europeos nos lo han enseñado. Y como le insinué antes, los chinos somos espléndidos pupilos.

Llegó un gigantesco bol humeante, como una retorta de prodigios. O'Hara aproximó la nariz y bendijo una vez más los misterios de la gastronomía china. Wen Dafu se sirvió con un cucharón y sorbió un puñado de fideos.

—¿Conoce al presidente? —preguntó O'Hara regresando al argumento principal.

Zhao carraspeó incómodo y tradujo para Wen Dafu. Sobre la cabeza del comodoro, un mapamundi mostraba las zonas del planeta donde el té se encontraba presente: toneladas anuales de producción, número de consumidores, barcos surcando mediante flechas azules las rutas comerciales. Cada vez que se abría la puerta, de los intestinos del Xin Bai Lu llegaba la resaca estruendosa.

—El presidente es mi amigo, si esa palabra no le resulta extraña.

Por su experiencia en Arconte Limited, O'Hara sabía que el poder era un clima, casi una función corporal, como la sudoración o el rubor. El comodoro poseía aquella aura ni maléfica ni bienhechora, simplemente distinta. Porque el poder no era animal, mineral o vegetal, sino que constituía un reino que se agotaba en sí mismo, como el espectro de luz de un color.

Los platos se sucedían a un ritmo frenético. O'Hara observó a Wen Dafu para advertir que se había convertido en una figura ornamental, como un cuadro a la entrada de un edificio gubernativo. Quizá también él sólo fuera un catalizador, otra correa de transmisión humana.

—*Amigo* es una palabra interesante —dijo O'Hara—. Sobre todo si se aplica al presidente de la nación más poblada del mundo.

Sin llamar a la puerta, entró un hombre bajo y compacto, un muro de carne. Se acercó al comodoro y le habló al oído. El comodoro agitó el meñique en dirección a la puerta y el heraldo salió. Apareció un camarero vestido de negro y dispuso dos servicios a la derecha de O'Hara. El comodoro encendió un cigarrillo.

—Panda: los favoritos de Deng Xiaoping —informó con regocijo.

Dos mujeres entraron arrastrando los pies. Parecía que se deslizaran sobre esquís náuticos. Llevaban el pelo a lo *garçon* y vestían con estudiado desaliño. No miraron a O'Hara. Nadie hizo las presentaciones de rigor. O'Hara fracasó al buscar respuestas en los ojos de Zhao. El extraño paréntesis fue cerrado con la llegada de una fuente de cangrejos. Cada ejemplar tenía el tamaño de un puño, dispuestos sobre una cornucopia de hielo adornada con fruta a la cual las luces del reservado arrancaban destellos hirientes. O'Hara hundió con su pulgar el caparazón de uno de los cangrejos y chupó la carne blanca y perfumada. Fue como si el mar hubiera penetrado en su garganta.

—Delicioso —anunció en inglés a una de las mujeres.

Ella absorbió la palabra con una mueca de desdén y comenzó a hablar muy deprisa. O'Hara no sabía a quién se estaba dirigiendo, pero se sintió como un personaje del teatro del absurdo, preso en una de esas obras de Ionesco en las que la trama se disuelve en un pantano moral. Estuvo tentado de barritar igual que un elefante.

—Un físico —dijo el comodoro salvando a O'Hara de caer en el abismo de las malas formas— me explicó ayer una paradoja. —El meñique adoptó de nuevo su función reveladora—. Los relojes sólo dan la hora exacta una vez al día, dos a lo sumo si son relojes de doce horas.

Zhao succionó la pinza gruesa de un cangrejo como si su vida estuviera en juego. Las mejillas del traductor se volvieron lívidas. Su dulce rostro por un momento se vació de sangre. El comodoro observaba a O'Hara. Era obvio que esperaba un empujón para continuar su anécdota.

—¿Y bien? —preguntó O'Hara para no parecer descortés.

El comodoro miró en torno. Luego, reposando su atención sobre la fuente de cangrejos, respondió:

—Los relojes sólo dan la hora exacta cuando se han detenido. Es el único instante en que podemos estar seguros de que el tiempo cósmico y el tiempo de los relojes coinciden.

Las mujeres estallaron en una risa nerviosa, tan intensa que ocultaban las manos entre las piernas. O'Hara acató que estaban a punto de mearse.

Recordaría ese preciso y universal gesto de apretar las rodillas mientras los pies se colocan en ángulo agudo horas más tarde, cuando el zumbido de un mosquito lo despertó en la cama de su hotel junto a los cuerpos desnudos de las mujeres. En la boca tenía un sabor punzante que hacía palidecer el recuerdo de los cangrejos.

Ambas roncaban con placidez. Su piel olía a látex y a un sudor suave, juvenil. Las dos adoptaban una posición fetal, como si O'Hara conformara una gran polilla de la que ellas fueran las alas. Dormidas, despojadas de esa insolencia oriental que era como una marca de agua, sus rostros eran los de muñecas confiadas.

O'Hara se incorporó camino de la ducha, pero cambió de idea y se aproximó a la ventana. Su memoria era una pantalla negra, que de vez en cuando emitía un destello. Reconstruir los hitos que habían conducido desde la anécdota de los relojes del comodoro Li hasta ese instante de estupefacción al despertar llevaría su tiempo. Se apretó los párpados intentando extraer una

imagen gravitante, el gnomon que le permitiera desentrañar los misterios del último medio día, pero sólo fue capaz de recuperar un par de fogonazos: una limusina forrada de terciopelo rojo, en la que sonaba la quimérica voz del *erhu*, el violín chino, y una visión tan fugaz como inquietante, la de la lengua de una de las mujeres asomando por un lado de su boca, como si se estuviera asfixiando.

Así que se concedió una tregua y abrió los ojos.

Cuarenta metros por debajo de sus pies, divisó una encrucijada. Vio carros tirados por burros, decrepitos *rickshaws*, bicicletas de otra época, tándems herrumbrosos, motocicletas eléctricas, utilitarios clónicos, *pickups* con parachoques aterradores, coches de gama alta. En las aceras, como detrito acumulado, islas de gente aguardaban para cruzar. De vez en cuando, algún peatón se lanzaba al marasmo sin inquietud. No advirtió que ninguno de ellos corriera. El tráfico era abrumador, y sin embargo fluía. Pensó que en Los Ángeles la gente estaría padeciendo infartos, que en Roma se estarían produciendo representaciones operísticas en medio de la calle, que en Caracas ya habrían comenzado los disparos. Se preguntó si el tráfico reproduciría la idiosincrasia de los pueblos. ¿Por qué los antropólogos no dedicaban sus estudios a cosas semejantes? Porque la auténtica cultura material residía en detalles de ese tipo: con cuánta frecuencia cagaba la gente, qué postura adoptaba al dormir, cómo se regulaba el flujo de vehículos en las megalópolis.

Asumió que China era un oxímoron. Lo que imperaba en sus calles era un caos eficaz. Como desde la primera vez que había puesto el pie en el país, reconsideró la idea de una universalidad de los valores. Los filósofos que había estudiado en Cornell, desde Platón hasta Rawls, eran unos ingenuos. No había principios rectores, nada a lo que llamar una esencia del ser humano, ninguna aspiración plausible para defender una visión totalizadora del más nimio de los asuntos. Mucho menos en lo relativo a las cuestiones éticas o afectivas. A los chinos les importaba muy poco el código de circulación. *E pur si muove*.

Oyó un crujir de mandíbulas. Una de las mujeres parecía estar teniendo una pesadilla. Pero nada en su rostro delataba temor o angustia. Aunque el

sonido estaba allí, ineludible, tan diáfano como minutos antes lo había estado el zumbido del mosquito. O'Hara inclinó el rostro sobre la boca de la mujer. Se preguntó qué partes de su propio cuerpo habrían estado en contacto con aquel agujero rodeado de dientes durante las últimas doce horas. Pero la pantalla seguía a oscuras.

La ducha le trajo nuevas imágenes. Recordó haberse levantado plácida, adultamente borracho del reservado del Xin Bai Lu. Vio al comodoro Li tomarle de la mano y conducirlo a los acuarios del restaurante, donde pudo admirar peces nunca vistos, anguilas infernales, del ancho de un antebrazo humano, el caparazón rugoso, milenario, de una tortuga que lo miraba con la negligencia de los monstruos. Mientras el agua limpiaba sus poros y relajaba sus miembros, recuperó la sonrisa lasciva de un cocinero con el gorro ladeado, que mordía una colilla al tiempo que pelaba camarones. Las mujeres no aparecían en el itinerario del acuario, abducidas quizá por sus ganas de mear, por su risa floja y enervante. Tampoco Wen Dafu ni Zhao eran rostros identificables durante aquel periplo.

Al volver al dormitorio lo asaltó el pavor. Las mujeres estaban desnudas, fumando en la cama, y en sus ojos, que lo miraron con absoluto desprecio, reconoció un error de cálculo. Eran apenas unas niñas. Sin pechos, con caderas de muchacho al que le sale el primer asomo de bozo, los pies pequeños como manos.

Buscó su cartera y sacó el dinero que llevaba. Tres mil yuanes. Lo depositó en medio de las meninas: oro, incienso, mirra. Del rostro del Timonel en los billetes rojos destacaba la frente insólita, ancha como un polígono, casi otro rostro dentro del rostro. Pensó en hambrunas; pensó en fastos; pensó en millones de cadáveres llegando desde el núcleo de la Historia; pensó en la carrera espacial; pensó en descuartizar a las niñas y comprar dos bolsas de cal viva.

El teléfono lo liberó de su odisea imaginaria. Se preguntó qué habría bebido la noche previa. Desde algún purgatorio financiero, Blomquist le transmitía recuerdos de Control.

A media tarde un ruido fortísimo lo arrancó del sueño. Se había dejado caer en la cama con el albornoz aún puesto y el teléfono en la mano.

El ruido ascendió como una ola vertical, desde el punto de nacimiento hasta su oído. Intentó recordar a qué velocidad se transmite el sonido y si un hombre que cae desde un ala delta lo hace a la misma velocidad que un hombre que cae desde una secuoya. El mundo era una ecuación irresoluble, un laberinto sin centro.

Cuando se aproximó a la ventana distinguió acero, cristal y carne, la combinación predilecta de los necrófilos. Los accidentes de tráfico aún poseían aquella escala humana, reconocible, que a O'Hara le producía un breve pero intensísimo estremecimiento. Como pensar en agujas enterradas en hogazas de pan. O en carne para perros a la que se han añadido chinchetas. De niño había asistido a la desintegración del *Challenger*, a la borrosa atmósfera de Chernóbil, a las fauces tóxicas de Bhopal. Pero los sobresaltos del fracaso de la más alta tecnología, el aullido del rastro atómico o la catástrofe que se cebaba en los parias del mundo nunca le habían hecho olvidar la sensación que experimentó al contemplar su primer accidente de circulación, el cabello rojo de la hija de la señora McKinley suspendido en el aire como una medusa desplegando sus cilios, el vuelo de la niña agarrada todavía a su mochila con ruedas mientras el impacto del Camaro trituraba sus órganos y cancelaba su futuro. El acopio de fuerzas destructoras del mundo—los maremotos impersonales, los atentados innobles, la ausencia de remordimiento de los bombardeos con drones— no le habían hecho sentir con tanta intensidad el delicado equilibrio, la fragilidad innata de los vivos, como el Camaro que por puro azar, una mañana de sus once años, en un cruce mal señalizado de una comunidad de inmigrantes irlandeses en la ciudad de Nueva York, había hecho volar por los aires a una niña pelirroja. Y ahora, en China, a miles de kilómetros de su infancia y de sus orígenes, de nuevo la musa brutal le mostraba su poder, su enfática resistencia a ser enterrada por las nuevas formas del martirio.

O'Hara reconstruyó el incidente. Si Arconte Limited hubiera sabido de su destreza para interpretar el guión de los desastres, se hubiera sorprendido. Comprendió que los dos coches habían impactado frontalmente, sin duda

porque el que viajaba en dirección sur, hacia la entrada del hotel, había abandonado su carril de modo inesperado. Dos bólidos que impactan de frente a cincuenta kilómetros por hora constituyen uno de los espectáculos más apabullantes de la ingeniería como forma de suicidio. Contando con que no había huellas de frenada, el resultado había sido perfecto desde el punto de vista mecánico. En ello, sin duda, influía el hecho de que los vehículos fueran el mismo modelo, sendos BYD sólo distinguibles por su color: negro el del conductor que había hecho la maniobra errónea; blanco el del segundo piloto. El impacto había dismantelado con precisión quirúrgica el morro de ambos coches, hasta el punto de que el salpicadero de uno casi tocaba el del otro. Como un acordeón comprimido al máximo, los conductores, varones por lo que pudo ver, y que además viajaban solos, prácticamente se tocaban, como desconocidos que inclinan la cabeza en signo de cortesía. O'Hara supo que tardarían horas en excarcelarlos, y que cuando lo hicieran encontrarían los cráneos más o menos intactos, los troncos perforados e irreconocibles, con la piel abrasada por la soga del cinturón de seguridad, y sendos amasijos de pulpa de cintura para abajo. Había cristal por todas partes, y era obvio que algunos fragmentos habían alcanzado a peatones que caminaban al tener lugar el incidente, pero lo que más atrajo la atención de O'Hara fue la nitidez con la que desde allá arriba, cuarenta metros por encima de la tragedia, se advertía la presencia de la sangre. Quizá ése era el secreto, la presencia de la vieja, siempre renovada criatura de la sangre, la columna de vida y combustión que le mantenía en pie y consciente, que le permitía dudar, desear, desplazarse, el antiguo poema del cuerpo, el residuo que lo mantenía atado al mundo y a sus fábulas. Sí. La presencia de la sangre, del nudo oscuro, de la cosecha roja, del vino negro cantado por los poetas desde el primer verso, hace miles de auroras, el símbolo en que se concentraba lo mejor y lo peor del ser humano, la primera y la última metáfora, el sistema de millones de litros bombeados absurda, fatídica, obsesivamente por el corazón hasta su deceso. O'Hara había admirado siempre el mito del vampiro, el único mito monstruoso que sentía realmente humano. Las restantes especulaciones de la psique —fantasmas, metamorfosis, zombis— le habían parecido débiles, infantiles, al lado de la inevitable fascinación del vampiro

por la sangre. Él la podía sentir allí, con sus inminentes cinco millones de dólares en una cuenta suiza, después de hacer dios sabía qué con dos menores de edad, y al tiempo protegido por su armadura de hombre bueno, ligado a principios éticos y estéticos adquiridos en una universidad de renombre, pero de pronto conmovido por la sangre ajena vertida por dos chinos cuyas vidas se habían cruzado en un punto cualquiera del tiempo y del espacio para concretarse en un segundo de estruendo.

Cuando llegaron las ambulancias y la policía, se retiró. El evento dejaba paso a la estadística, al peritaje y a la sospecha. Nada de eso le interesaba. Sólo pudo lamentar, con un suspiro profundo antes de tumbarse en la cama, no haber asistido en directo al impacto.

—No consigo recordar casi nada de anoche.

Zhao lo contempló con algo que a O'Hara se le antojó ternura. O al menos lo más cerca que alguien como Zhao podría estar de mostrar semejante emoción.

—Al menos las chicas eran guapas.

Admiró cómo el sol doraba la superficie del lago. En media hora sería de noche. Grupos de muchachos vestidos al modo occidental entraban y salían de Starbucks dando gritos, lanzándose bravatas. Tribus inocuas, unánimes en sus placeres.

—Eran niñas, Zhao. Catorce, dieciséis años a lo sumo. Me siento fatal. Un sátiro.

Un vendedor ambulante les ofreció encendedores de plástico, ampollas de novocaína, entradas para la ópera china. Zhao lo despachó con un gesto.

—Es como ese tipo —dijo O'Hara señalando al vendedor que se alejaba—. Todo está en venta en este país. Y a la vez tengo la sensación de que nada es lo que dice ser.

—¿Qué hay de malo en ello? —preguntó Zhao—. Los chinos sobreviven siempre. Nunca se los derrota. No importa qué rostro le muestren. Baratijas. Drogas. Arte. Cuando se lo hayan vendido todo, incluso a sus hijas, regresarán de nuevo para empezar de cero. Y usted seguirá comprando.

Detectó cierto orgullo en la voz de Zhao. Así se lo dijo al traductor.

—Se equivoca. No es orgullo. Es una constatación.

Los distrajo una carcajada. Uno de los muchachos bravucones de Starbucks había caído al agua mientras se hacía una foto. Sus amigos le jaleaban y le lanzaban comida, como si fuera un pato.

Zhao se volvió a mirar a O'Hara.

—Le contaré algo —dijo—. Cuando estuve estudiando en Francia me enamoré del pueblo gitano. ¿Sabe por qué?

O'Hara esbozó una sonrisa.

—No tengo ni la más remota idea, Zhao. No creo que nadie en Arconte Limited lo sepa.

—Por su arquitectura —dijo Zhao paladeando el sustantivo.

O'Hara se permitió meditar antes de responder. Barracas en descampados, galpones de uralita, poblados sin calles, asambleas en torno a una hoguera, la convivencia entre animales y niños. Buscó una palabra que dotara de sentido a todo aquello.

—Provisionalidad —dijo.

Zhao asintió.

—Usted lo ha dicho. Libres, sin vínculos, sin una raíz. Llegados del final del mundo, al contrario que los demás pueblos, que avanzan hacia él a codazos, con urgencia. Los gitanos son el pueblo *que ya ha estado* allí y sabe que no hay prisa por volver a ese lugar. Por eso sus casas son cajones por los que pasa el viento. Casas que niegan el concepto de casa. Arquitecturas efímeras. Como vivir en una nube.

El muchacho que había caído al lago salió del agua entre aplausos, silbidos, canciones.

—Los chinos —prosiguió Zhao— somos incluso más pragmáticos que los gitanos, porque sabemos lo que saben los gitanos pero hemos decidido vivir en casas sólidas. ¿Entiende lo que quiero decir? Venderlo todo, la propia piel si es preciso, nos ayuda a soportar la provisionalidad que usted mencionó, el hecho de que el final del mundo *ya fue, no será*. El resto ni siquiera es audacia. Es cálculo.

O'Hara sacudió la cabeza como un perro que se atragantara con un hueso.

—¿Es eso lo que aprendiste en Europa, Zhao?

Y entonces pudo admirar de nuevo el fósforo encendido de su risa, aquel instante inmejorable.

—En Europa, señor O'Hara, aprendí a hablar un inglés casi perfecto. Y por cierto —añadió mientras el muchacho empapado pasaba dichoso como un héroe—, las mujeres de ayer tienen hijos que mantener. Y treinta años cada una.

GENERACIÓN 1981

IN CASE OF FIRE
DON'T USE THE LIFE

O'Hara necesitó un número impreciso de ascensos y descensos en el ascensor del East Hotel Hangzhou para percatarse de la errata. Cuando lo hizo, comprendió que era sublime. Sublime y a la vez grotesca. Un perfecto enunciado del enjambre chino, un compendio inmejorable de su ambigua naturaleza.

Los hombres de negocios que lo vieron doblarse de risa permanecieron impávidos. Las carcajadas de O'Hara los sumieron en una indiferencia no muy distinta a la que habrían experimentado ante una multitud desnuda en el *lobby*. Al abandonar la cabina en la que se agarraba el bajo vientre con ambas manos, en una postura que hacía pensar en la disciplina del vómito o en un ataque de apendicitis, no le dedicaron una mirada.

Para reponerse del deslumbramiento, se dirigió al bar de la primera planta y pidió un daiquiri de plátano. Pagó con gusto la desorbitada cifra. Acodado en la barra, mientras trataba de comunicarse en inglés con un camarero de aspecto levemente autista que limpiaba vasos con una obstinación no carente de delicadeza, pasó revista a las semanas transcurridas desde la firma del

protocolo y convino en que habían resultado estériles. China lo confundía sin remedio. Era un lugar incómodo para su carácter. Quizá si hubiera una vena literaria en su interior, o le hubiera sido concedido el don de la elocuencia, el país le hubiera agradado. Pero, por un lado, se sabía excesivamente pasional como para entender la negligencia que lo rodeaba y, por otro, se consideraba demasiado circunspecto como para entregarse a ciertos rituales que se le habían insinuado. Sin ir más lejos, la idea de volver a beber en compañía de chinos se le antojaba abominable. Antes se lanzaría a un mar repleto de tiburones.

—Idiosincrasia —dijo por el placer de pronunciar una palabra inusual. El camarero lo observaba con una profesionalidad distante, como si O'Hara fuera un cliente sospechoso, corto de fondos—. Geopolítica. Milenarismo. De-fe-nes-tra-ción.

El daiquiri le estaba induciendo una euforia innoble, desproporcionada. ¿Por qué estaba haciendo el ridículo? Un atisbo de angustia comenzó a insinuarse en su pecho. Experimentó la tensión creciendo en sus maxilares. Recordó antiguos episodios de hiperventilación.

—¿Ha leído la placa del ascensor? —preguntó masticando un anacardo grasiento. Estaba siendo deliberadamente hostil—. ¿Por qué nadie en este país escribe o habla con corrección el inglés pero todos se obstinan en intentarlo?

El camarero se giró y espío a O'Hara a través del espejo. Sonaba una melodía para aeropuertos, obra de algún nieto sin talento de Brian Eno, un músico de la época de los padres de O'Hara filtrado por el tamiz de la sensibilidad asiática. El resultado era fatigoso por viejo. Otra vez el taoísmo *new age*. Otra vez las percusiones con lamas al fondo. De nuevo una extensión del mal gusto como ideología planetaria.

—¿Le interesan los accidentes? —prosiguió O'Hara en su particular gesta estúpida, mientras con un gesto displicente, extraído de alguna filmoteca polvorienta, pedía un segundo daiquiri—. ¿Muere gente en este hotel? ¿Infarto? ¿Ictus? ¿Envenenamiento por pescado podrido? —Rió sin ganas, de forma enfática—. La calidad del aire es pésima en China, ¿cierto? Aguas infectas, polución despiadada, estroncio en los pigmentos para pinturas. ¿Y

qué me dice de la información? ¿Sigue existiendo la censura en los periódicos? ¿Los portales de internet que se clausuran? ¿Los intelectuales que solicitan asilo en Canadá?

Lo salvó de caer en el lodo del incidente diplomático la aparición de una pareja bien vestida, con aspecto de adúlteros en viaje de placer. El hombre llevaba un sello de oro, vagamente masón; la mujer lucía un collar de perlas cultivadas. El modo en que lo miraron disuadió a O'Hara de seguir por la senda del disparate. Apuró el daiquiri de un trago, dejó cien yuanes de propina y se alejó tambaleándose. Quien lo hubiera visto caminar hacia el ascensor, habría experimentado el mordisco de la piedad.

El hombre de Control en la provincia de Zhejiang apareció esa tarde. Se presentó como Nilsen, aunque Kaplan parecía un apellido más adecuado considerando su aspecto. Era recio, moreno, compacto: un tótem de arrogancia. Llevaba un bigote de otra época, un auténtico mostacho, algo que, como O'Hara pudo comprobar ya en la recepción del East Hotel, causaba admiración.

—Los chinos son así —apuntó Nilsen consciente de su apariencia—. Te observan de ese modo obsceno por llevar pelo en la cara, y luego son capaces de convivir con la mayor extravagancia. —Dudó buscando entre su repertorio de agravios. Su rostro se contrajo en una mueca de desagrado, que encendió un rubor intenso en el mostacho—. Carne de perro, por Satanás —dijo—. Comen carne de perro.

O'Hara escrutó a Nilsen. Arconte Limited era un continuo pozo de sorpresas. ¿Dónde reclutarían a su personal? Judíos con apellido noruego. Tipos con el físico de Wyatt Earp. Gente que juraba por Satanás.

En el aparcamiento del hotel, bajo la sombra de un flamboyán lujurioso, los aguardaba un Ford F-150 Raptor, brutal como una pesadilla en estéreo. Se preguntó si en las últimas horas habría estallado un conflicto armado. Dentro del monstruo fumaba un chófer diminuto, con aspecto de rufián. Demasiado caricaturesco para ser real.

—Hablando de extravagancias —indicó O'Hara señalando la máquina.

Pero Nilsen ya había subido al asiento del copiloto y lanzaba una catarata de órdenes al conductor.

—¿Habla usted chino? —preguntó O'Hara.

El falso noruego dio la callada por respuesta.

Durante el trayecto, arrullado por los latentes setecientos caballos de potencia del Raptor, O'Hara dormitó. Lo despertó un intenso olor a anestésico. Años atrás, en un viaje a Madagascar, ese mismo olor lo había rodeado en la selva. Y tardó unos minutos en comprender que provenía de los árboles del clavo que crecían alrededor. Era uno de los recuerdos más extraños de su vida.

Claro que ahora podía jurar que no estaba en la selva.

Lo deslumbró la magnitud del recinto, su aspecto de escenario de un mundo por venir, como si el Raptor le hubiera dado un mordisco a la Historia y O'Hara hubiera despertado en el año 2225. Pensó en una nave espacial para multimillonarios, en un hipódromo para caballos mutantes, en un intercambiador de estados de la materia. Pero las metáforas se resistían a encarnarse. Había algo inefable en aquel lugar. Y sin embargo de él emanaba potencia, marcialidad, una especie de orgullo solidario, construido sobre el sudor y la inteligencia de muchos.

—Audaz, ¿no? —dijo Nilsen.

Cruzaron el umbral para penetrar bajo un domo acristalado, en cuyo centro, como en el Panteón de Agripa, latía un delicado círculo de luz. El domo era un milagro de la ingeniería, de una levedad desacostumbrada. Se podía imaginar a los obreros que lo construyeron moviéndose por sus paredes como arañas desplazándose por peraltes de agua, de luz, de puro aire. Equilibristas de la nada.

Salvado el domo, penetraron en un corredor iluminado. A derecha e izquierda los asaltaron afiches del presidente, *patchworks* de cifras y logros, imágenes centuplicadas del esplendor chino. Ciudades atómicas, rascacielos de una pulcritud hiriente, autopistas colgantes sobre lagunas de un color más allá del color. El mundo como un sueño diáfano e inocuo. Como si la enfermedad hubiera sido extirpada de él. La más alta forma de dominio.

Y una ecuación antigua: la tecnología es la naturaleza desprovista de lujuria.

—Estoy impresionado, Kaplan —dijo O'Hara.

—¿Kaplan? —preguntó Nilsen—. ¿Quién es Kaplan?

—Ha sido un lapsus —se disculpó O'Hara.

—De acuerdo, McGuffin —bromeó Nilsen.

Al final de la cinta los esperaba otro tipo de belleza. Una mujer vestida con un traje cruzado, de corte masculino, que apretaba un maletín en su mano derecha. Era la mujer más bella que O'Hara había visto durante su estancia en China. Una belleza que irradiaba un foco propio de esplendor, como un huevo iluminado desde dentro. Una belleza que hacía dudar de los méritos adjudicados con anterioridad a otras formas de belleza.

Nilsen silbó al comprender que la mujer no formaba parte de aquel entramado cercano a la alucinación, sino que era, decisiva y espléndidamente, humana.

—Por Satanás —sentenció con una rotundidad ante la que O'Hara no pudo dejar de sonreír— que no me lo esperaba.

La vista desde el despacho de miss Xia comprendía la mayoría de los anhelos tecnológicos que un adulto del siglo veintiuno podía haber asumido durante su educación. También alguna de sus pesadillas. O'Hara notaba los párpados tirantes, como si nunca más fueran a cerrarse sobre el suave mundo del reposo. Se acordó de Alex DeLarge y la técnica Ludovico.

Situado a unos diez metros de altura, el despacho se abría sobre un hangar fulgente de cromados, iluminado por cientos de reflectores que creaban una sensación de acuario, límpida y cegadora. Ni un rincón del escenario quedaba en sombra. Creando una precisa retícula de acero, un panal de células se desplegaba con una mesa blanca en el centro de cada célula y dos sillas de plástico, roja una, amarilla otra, a cada lado de la mesa. Los sanitarios iban vestidos con mascarillas, blusones anchos y cómodos zuecos sin tacón. Los pacientes se acercaban con una cartulina en la mano que mostraba una secuencia de dígitos. La operación no duraba más de treinta segundos:

llegada, identificación, ingesta, salida. En la retícula se habían liberado seis grandes pasillos de evacuación que facilitaban un movimiento ordenado.

Estudió la secuencia completa durante un par de minutos. A dos pacientes por minuto y célula, y teniendo en cuenta que había dos mil células en el hangar, cuatro mil personas por minuto recibían la píldora de Solaris. Eso suponía doscientas cuarenta mil en una hora; cinco millones setecientos sesenta mil en un día; cuarenta millones trescientas veinte mil en una semana; más de ciento sesenta millones en un mes.

—¿Cuántos centros hay en el país? —preguntó a miss Xia.

—Cuatro —respondió ella—. Todos idénticos.

De nuevo se entregó al vértigo del cálculo. Seiscientos cuarenta y cinco millones de píldoras al mes. Casi ocho mil millones al año. En menos de dos meses, los mil millones de chinos que el protocolo había identificado como sujetos potenciales estarían listos para el consumo de lácteos. Supo que estaba contemplando un fragmento de un hito: la más completa, rápida y radical operación colectiva de la historia humana.

—Ésta es la parte sencilla —continuó miss Xia—. El problema es lograr un censo fiable de la población. Por no hablar de captarla y trasladarla hacia los centros de tratamiento. Aun así, el Gobierno confía en que el proceso estará completo en menos de seis meses.

O'Hara estaba hechizado. Aunque había algo extraño en la escena. Una sensación de *déjà vu*. Como si contemplara una y otra vez el mismo fotograma de una película.

Nilsen puso nombre a la extrañeza.

—Todos los pacientes son varones —dijo.

—Sí —concedió miss Xia—. Es un homenaje del camarada Yu al señor O'Hara.

—¿Un homenaje?

—Sí —repitió miss Xia—. El camarada Yu quiso que usted, dada su implicación, disfrutara de este acontecimiento de modo especial. Por eso dispuso para hoy esta prueba.

Nilsen comenzó a reír a carcajadas.

—Por Satanás. Son increíbles. Miles de hombres. Un homenaje del

camarada Yu. ¿No lo ve? —dijo Nilsen señalando el hangar—. ¿No lo adivina? Apostaría a que tiene usted, año arriba año abajo, unos cuarenta y cinco. ¿Me equivoco?

—El señor Nilsen es un buen fisonomista —dijo miss Xia—, aunque el señor O'Hara es un año más joven. —E indicó con sus uñas impecables, esmaltadas de rojo, un punto impreciso de la masa—. La generación de 1981.

O'Hara sintió que un picor ácido martirizaba su cuerpo. Un tormento de infancia invadió su recuerdo, la visión de un esqueleto recostado sobre una ceiba mientras millares de hormigas recorrían sus huesos. Aquella masa viva, móvil, brutal.

—Vámonos de aquí, Nilsen —susurró—. Necesito intoxicarme.

Kosmos invitaba a pensar en la luz, el delirio, la vida derramada. Quienes danzaban bajo los focos de la *rave* eran hijos de un tiempo en fuga. Acudían allí para bailar hasta morir, retoños de una molicie que se citaba para sentir el galope de los vatios entre las piernas, la electrónica percutiendo en la nuca, al amparo de la democrática belleza de los cuerpos sudorosos. Bailar hasta morir, cierto; pero también bailar para no morir. Porque mientras la danza prosiguiera uno sería joven, se sabría condenado a perdurar. Ésa era la mística de la fiesta, la presciencia del giróvago, el elástico goce de una multitud que se derramaba entre ácidos potentes y deliciosos transdérmicos.

Cuando Nilsen saludó al portero, un mongol inmenso, cuadrado como una lavadora, éste lo miró con respeto. El mostacho del hombre de Control operaba su misterio. Nilsen tendió un fajo de yuanes.

—¿Qué quieres?

Milagrosamente, el inglés del portero era inteligible.

—Algo fuerte —dijo Nilsen—. Necesitamos algo fuerte.

—¿Qué le sucede a tu amigo? —preguntó el portero señalando a O'Hara.

—No lo quieras saber —respondió Nilsen.

O'Hara miró a través de la puerta entreabierta. En Kosmos olía a ozono. Uno podía encender fuego con chasquear los dedos. De las palmas de los danzantes escapaban llamas que volaban alrededor de sus cabezas como

bengalas de posición. Era tierno como una estampa de tiempos remotos y duro como la tecnología.

—En la tercera planta dentro de media hora —dijo el portero a Nilsen—. Sala verde.

Nilsen asintió mientras empujaba a O'Hara en dirección al ruido. Profetas penetrando en una fábula. Las carnes se abrieron ante ellos como las aguas de un mar prometido. Si uno observaba al danzante en el centro de la música, como a un pez en una corriente caudalosa, descubría que música y cuerpo casi nunca coincidían en el curso del tiempo. Había veces en que el cuerpo estaba llegando y la música ya había pasado; otras en que la música era incapaz de alcanzar al derviche que giraba en su órbita indolora. Bajo los focos, que derramaban su luz tiñendo a los danzantes como una lluvia de anilina, los grupos reptaban con cadencia robótica. Anillados, como vestigios de antiguos petroglifos, emulaban la constancia mecánica de una música que acaso, en lo más profundo de sus corazones, detestaban.

O'Hara pidió ginebra pura. Durante unos minutos confusos, repletos de visiones de un amanecer de los sentidos, sólo existió el líquido quemando la garganta y el rostro de miss Xia repetido en las figuras que ardían en el cráter del baile. Porque había una miss Xia para cada cuerpo y un cuerpo para cada fantasma de miss Xia: diáfana una, obscena la otra, todas rotando en el resplandor de la muchedumbre que peleaba contra su propia imagen hasta confundirse en un único, exacto, memorable organismo asexual.

A la hora convenida enfilaron la escalera que conducía a los pisos superiores. En la tercera planta había tres salas. Cada una estaba separada de sus gemelas por un tabique acolchado con dibujos de Yuri Gagarin, Valentina Tereshkova y la perrita *Laika*, sonrientes promociones de cosmonautas que llevaban en sus cascos pegatinas con las efigies de Marx, Engels, Lenin, Stalin, Mao, Che Guevara, Castro y el subcomandante Marcos. A la entrada de cada sala había un remedo de frontispicio donde se intuía el ojo geométrico de la divinidad. Pero en Kosmos no importaba quién estaba detrás del párpado reinante: allí se creía en Timothy Leary, en el doctor Willstätter e incluso en la antigua fábrica de colorantes Bayer. La República Popular China era sin duda un país democrático.

El gigante mongol confiaba ese día en un duende en forma de gragea de color granate.

—Suerte —le dijo a Nilsen fundiendo sus manos en el trueque.

Un minuto más tarde, ya dentro de la sala verde, O'Hara colocó las grageas entre su lengua y el deseo de convertirse en otro.

Sabiamente, los chinos llaman a su nación Todo Bajo el Cielo.

Bajo el impacto de las golosinas, O'Hara viajó tumbado sobre un canapé. Las cápsulas eran una mesa de edición. O'Hara cortó y pegó, borrando rostros que estuvieron para nada y regresando a la vida otros que se fueron sin él quererlo. Comprendió que los lugares comunes y la historia de los pueblos se obstinaban en ocultar una inquietante verdad: que son las personas que pasan, y no las que quedan, las que juegan un papel central en las vidas de los hombres. También habría jurado que, al desplomarse, una mano se había posado sobre su bragueta.

Un hombre grueso y cargado de hombros que se acercaba con los brazos abiertos se le antojó a O'Hara un fiel retrato de los profesores que había frecuentado en Cornell. Era Nilsen, cierto, pero pensó que su aspecto no era muy distinto al de ciertos guardianes de la sabiduría. En todo caso, a quien veía acercarse era a un prócer de su comunidad dotado de una cualidad aérea, casi intangible, formada en el interior de ese pulpo que, en circunstancias normales, O'Hara habría llamado cerebro, pero que entonces, caprichoso hasta la última circunvolución, se obstinaba en descargar en sus retinas cada episodio de su linterna mágica.

Como el de esa figura incierta, apenas un puñado de cabello negro y brazos blanquísimos como harina, que oculta tras un rostro de grandes y dulces ojos rasgados sustituyó al afable samaritano de Cornell y aproximó una mano que se posó sobre su hombro.

—Te pareces a una mujer que conozco —dijo O'Hara al espejismo.

El espejismo sonrió. Mejor dicho; sonrió la pintura de su boca, porque el resto del semblante permaneció quieto: muertos los ojos, lacio el mentón, ni un átomo de vida en las cejas perfiladas con esmero.

—¿Te gusta esa mujer?

—Le gusta a un amigo mío. El señor Kaplan —dijo O'Hara señalando al vacío que había ocupado el hombre grueso—. Está enamorado de ella desde que la conoció. Amor a primera vista.

El espejismo, con una risa chillona, de cachorro de hiena, se perdió en las profundidades del canapé. O'Hara tocó un pecho pequeño, casi un flan de arena, escuchó un gemido y sintió con desmayo cómo el cuerpo se elevaba sobre su centro de gravedad. Las manos del espejismo buscaron allá abajo, pero O'Hara estaba flácido como una vela sin viento. Aun así, las manos rescataron algo.

—¿De dónde has sacado esta pluma?

O'Hara contempló la Kaweco desapasionadamente, como contemplaría la actividad de un acelerador de partículas. El espejismo daba vueltas entre las manos a la pluma. Había algo grabado en ella.

—¿Quién es Yu?

—¿Cómo?

—¿Quién es Yu? —repitió el espejismo.

Tuvo conciencia de sí mismo en la frontera entre la rutina y el éxtasis, firmando un pacto en la *suite* de un hotel de Shanghái. Los labios replegados dejaron al descubierto su dentadura, como un cadáver golpeado por el cólera. Pudo oír cómo sonaban los huesos de los danzantes dos plantas más abajo. Una droga capaz de abolir la distancia entre materia e idea no podía ser nociva. Era un antiguo deseo humano. Un deseo griego.

—Dios mío —dijo O'Hara hundiendo sus manos bajo las axilas del espejismo—. Eres Wang Mei.

—¿Wang Mei? Me llamo Ada. Ése es mi nombre.

O'Hara liberó las manos de los nidos calientes, levantó el cuerpo sin esfuerzo cogiéndolo de la cintura, lo posó a su lado como un objeto extraído de un armario. Sintió que sus brazos podrían elevar cualquier cosa por los aires: un automóvil, un ascensor, aquella inmensa casa de placer. El espejismo lo miró con la estilográfica entre las manos, como una muchacha a quien le hubiera tocado un peluche en una feria de pueblo. O'Hara se percató en ese instante de que era rubia y pálida, con unos inconfundibles pómulos

eslavos, y de que sus ojos no eran rasgados, sino redondos como lunas llenas.

La mano era cálida aunque áspera, y mientras contemplaba a la muchacha que decía llamarse Ada caminar a su lado en dirección al East Hotel, O'Hara se supo reconfortado. Era como si el tiempo le otorgara una pausa, un respiro, las galas de su indulgencia; como si el sueño —cualquier sueño— se hubiera encarnado. En realidad, esa extraña que aseguraba responder al nombre de Ada, la misma que aferraba su mano sin pronunciar palabra, no podía ser sino la personificación de algún principio superior e intangible que se aparecía a los hombres despojado de toda majestad, como cuando Atenea bajaba a los campos de la muerte en Troya para defender a sus favoritos durante la batalla.

Quizá por eso, caminando en silencio hacia el hotel, dudó entre la Sabiduría y la Justicia. Pero la Sabiduría era triste y la Justicia era ciega, y aquella quimera encerrada en un cuerpo de mujer no estaba abrumada por la pena y tenía unos hermosos ojos que miraban a O'Hara con más afecto que lascivia, así que cuando ya dentro del ascensor bendecido por la memorable errata ella se giró quitándose los pendientes, ofreciéndole la blanca y nítida visión de su espalda, en ese segundo de infinita belleza en que todo se detuvo alrededor de cierto gesto femenino tan cotidiano como asombroso, O'Hara comprendió que ella era la Soledad y que él iba a convertirse en su jinete.

IRA CELESTE

De los humedales de Xixi emanaba la efervescencia de una materia en perpetuo trance de descomposición, el resultado de una gigantesca empresa de intercambio de fuerzas primigenias e invulnerables. Mientras Zhao atendía al ritmo de la lluvia percutiendo en el techo bajo el que se habían refugiado tras la comida, O'Hara, enredado en el confuso trance de la digestión, confesaba su certeza de que la fecha más decisiva en la historia reciente del planeta no era el 9 de noviembre del año 1989, el 11 de septiembre del año 2001 ni el 26 de diciembre del año 2004. Que los acontecimientos señalados por esos días, a pesar de afectar a millones de seres humanos, no suponían una ruptura con los guiones que la humanidad venía primero redactando y más tarde interpretando durante siglos. Las revoluciones, la violencia ideológica y las catástrofes formaban parte del decorado, sentenció O'Hara eructando un cóctel de sabores dulces y agrios. No había novedad en ello.

Una garza pálida, que parecía surgida de una cerámica exquisita, planeó hasta posarse a diez metros de donde se encontraban. Bajo la lluvia que resaltaba su plumaje y lo dotaba de una calidad oleosa, como si del cielo se derramara aceite, el ave los miró sin juicio ni piedad, más allá de cualquier esperanza de comprensión. El suceso más formidable que O'Hara recordaba haber vivido, continuó escrutando sin pestañear al majestuoso, totémico

animal, aquel que en su opinión podía y debía calificarse como un punto de no retorno en la consideración del *Homo sapiens sapiens* y de su paso sobre la Tierra, había tenido lugar el 24 de marzo del año 2015. Aunque Zhao rebuscó con ahínco en su memoria, no encontró una huella vinculada a esa fecha. La diana había errado el blanco y a la vez había generado una atracción, un suspense. El silencio de O'Hara, la pausa malévola, puramente atmosférica que siguió a sus palabras, hizo que el vuelo de la garza, que de pronto partió como un cohete de efímera luz, acentuara su aspecto dramático.

Mientras el ave desaparecía quedaron inertes, despojados de prisa, contando cada latido de su corazón. Dicho suceso, prosiguió O'Hara al comprender que el pájaro no regresaría, no había afectado más que a unos centenares de personas, no había cambiado el *statu quo* de ningún Estado, no había bautizado una nueva era. Y sin embargo, aquel acontecimiento había abierto el más profundo abismo al que el ser humano se había asomado en décadas. Porque aquel suceso había ratificado, de forma radical, tanto la existencia del mal como la evidencia de su implacable corolario: el carácter soberano, indomesticable de la libertad humana. En realidad, concluyó O'Hara eructando en *staccato* y arrojando piedrecitas hasta acertar en una roca en forma de yunque que asomaba entre los juncos, no muy lejos de donde la garza se había detenido a contemplarlos, ese suceso constituía la prueba definitiva contra cualquier tentación de una explicación coherente del mundo, contra cualquier noción de seguridad, contra cualquier atisbo de un relato dotado de sentido. Sí, manifestó O'Hara arrullado por el estruendo de la lluvia sobre sus cabezas, el 24 de marzo del año 2015 se postuló el decisivo argumento contra la existencia de un principio moral trascendente, se llamara Dios o se llamara Razón.

—Dígalo ya —dijo Zhao—. O no lo adivinaré nunca.

O'Hara saboreó el instante, asumiendo cómo toda su vida había sido, en cierto sentido, un viaje que conducía desde el primer escalón del cabello rojo de la hija de la señora McKinley flotando en el aire de Nueva York tras el impacto de un Camaro hasta el último peldaño con la desintegración de ciento cincuenta cuerpos en Tête de l'Estrop, en los Alpes de Alta Provenza, tras el choque de un Airbus A320-211, el vuelo 9525 de la compañía

Germanwings que operaba entre las ciudades de Barcelona y Düsseldorf.

—Lubitz —dijo O'Hara. Xixi se estremecía bajo el aguacero. Un mundo ocre, gris, azul prusia; una paleta amarga—. Andreas Lubitz.

Zhao pareció buscar algo prendido en los engranajes de la memoria.

—Lo recuerdo —dijo al fin, desatascando el mecanismo de la máquina—. Sí, ahora lo recuerdo. Yo vivía en París entonces.

Entre los vapores de la digestión, rodeado por un humedal inmenso, acunado por la tormenta y el hartazgo, mientras hablaba de un hito fabuloso en la historia de la culpa, O'Hara vivió en directo, sin coartadas, ese momento revelador, nunca suficientemente valorado, en que a alguien le es devuelta en forma bruta, y por tanto sin protección contra ella, toda la estatura y profundidad de un recuerdo, algo que habita enterrado en su interior bajo capas de rutinas, informaciones banales, otros sucesos de magnitudes tan diversas entre sí como diversas pueden ser las tonalidades dispuestas en un lienzo.

Pudo ver cómo la cara de Zhao mudaba. Era como ver amanecer a un hombre.

—Vivía en Belleville —confirmó Zhao—, cerca de la Place des Fêtes. Cada tarde, con otros amigos chinos, acudíamos al cementerio para contemplar París desde lo alto.

Zhao tomó una brizna de hierba y se la llevó a la boca. O'Hara lo miró divertido.

—¿Añoras aquellos días?

La mano derecha de Zhao, la que había cogido la brizna de hierba, hizo un gesto que podía significar cualquier cosa.

—Repita el nombre, por favor.

—Andreas Lubitz.

Zhao escupió un salivazo verde. Luego se pasó el dorso de la mano por la boca y sorbió con estruendo. Su máscara uigur tembló como el aliento en un vidrio. A pesar de Belleville, a pesar de la Sorbona y de los idiomas, Zhao sería siempre un chino.

—Nos aburríamos mucho en París. Teníamos poco dinero. Ninguna chica. Sólo estudiábamos.

Imaginó a Zhao vestido con ropas baratas, con ese olor que no es a pobreza, sino a uniformidad, el olor de millones, el olor de las multitudes. Un muchacho joven, venido del otro extremo del mundo, con París, una ciudad exhausta por la Historia, a sus pies.

—Yo tenía un amigo —continuó Zhao—. Se llamaba Cao. Quería ser astronauta. Su ídolo era Yang Liwei, el primer astronauta chino. Todos nos reíamos de él. De Cao, quiero decir —añadió Zhao innecesariamente—. Era ridículo, ¿comprende? Un astronauta en París.

Zhao detuvo su relato y miró con insolencia a O'Hara.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

La intensidad del aguacero no decaía. A O'Hara le costaba entender las palabras de Zhao.

—Por supuesto —dijo—. Pregunta lo que quieras.

—Los accidentes —dijo Zhao—. ¿Por qué le obsesionan?

Era una pregunta tan buena como cuestionarse qué hacer con cinco millones de dólares custodiados en una cuenta suiza.

—Un accidente —dijo O'Hara— es por definición algo indeseable, que uno no querría sufrir. Pero a todo el mundo, lo confiese o no, le atraen los accidentes. Hay una paradoja ahí. El accidente —anunció mostrando las palmas de sus manos, como un vendedor de gracia— es algo que anhelamos en secreto, la resolución de toda expectativa. Que el paracaídas no se abra tras el salto. Que el monoplaza se desintegre al tomar el piloto una curva. Cualquier accidente es un sumidero. A él van a parar nuestros temores. También nuestros anhelos.

Zhao se permitió un parpadeo y una expresión en su rostro que a O'Hara, a falta de una reflexión más sosegada, le pareció que mostraba la sombra de una duda, un escepticismo que combinaba el marjal con la acidez de estómago, la habitual negligencia de los orientales ante todo conato de explicación.

—El hombre —prosiguió O'Hara— es un animal que disfruta oliendo la sangre en las autopistas. Pasa en su coche, rodeado de su familia, y echa un vistazo a los miembros esparcidos por el pavimento. —Una fea risa le sacudió el pecho, dejando a la vista unos dientes amarillos, grandes y

cuadrados, como ventanas iluminadas en la noche—. Luego quizá vomite o, si es un cínico redomado, incluso es posible que se santigüe o acuda a confesarse, pero habrá vivido un segundo de inefable placer al contemplar la carnicería.

—El accidente como lugar de consuelo —dijo Zhao.

—Es una definición plausible —dijo O'Hara—. Algo que te recuerda tu mortalidad, pero que al pasar de largo te protege de la mala suerte. Como la muerte ajena. Que siempre reconforta, porque tú no eres el muerto.

—Aquel hombre —dijo Zhao contemplando las aguas fangosas y exaltadas, preñadas por formas de vida acaso aterradoras.

—Lubitz —dijo O'Hara.

—No. —La mano de Zhao espantó una mosca lingüística, un acto fallido del idioma—. Hablaba de Cao. De mi amigo Cao.

—El que soñaba con ser astronauta.

Zhao asintió sin palabras. O'Hara observó la piel sobre la calavera, los ojos negríssimos, las pestañas de ensueño, la boca apretada como un pequeño puño.

—Mi amigo Cao sufrió un accidente.

O'Hara desarrolló un suceso heroico: una rampa de lanzamiento, un simulador de ingravidez. Los miembros de Cao separándose como las patas de un crustáceo, su cabeza estallando con el suave resplandor de las granadas.

—Fue al volver de París —dijo Zhao—. Un par de años más tarde. Yo le había perdido la pista de regreso a China. Me habían dado mi primer trabajo como intérprete. —La cara de Zhao se distendió en una mueca exagerada. Por un segundo fue perceptible en su rostro el abismo del tiempo. Una juventud dentro de la juventud de Zhao—. Un trabajo para el Ejército. Mandos de la OTAN en visita oficial. Una prueba de fuego para mí —añadió riendo su propia gracia. Pero su semblante se ensombreció—. Una tarde, en una recepción en el Museo Nacional de China, vi a Cao. Acompañaba a una parte de la delegación que nos visitaba. Franceses, recuerdo. Aunque eran civiles. Puede imaginarse el asombro de aquellos tipos abrumados ante la avalancha de objetos expuestos, la multiplicidad de reinos de la historia china, toda esa belleza que creían imposible.

Contar, pensó O'Hara. El arte más antiguo que existía. El único imperecedero. Hombres contando asuntos de hombres a otros hombres que escuchan hasta el final de los tiempos. Hombres ante hogueras; hombres en la oscuridad de los bares; hombres en palacios de cristal ante los que la vida pasa en forma de fantasma. Zhao contaba a Cao y, al hacerlo, se contaba a sí mismo. Presintió que estaba al borde de algo importante.

Zhao sonrió con descaro. Había una fantástica alegría en su gesto.

—China es una escuela de humildad para los occidentales. ¿Verdad, señor O'Hara?

—Hablábamos de Cao.

Zhao aquietó la mueca de regocijo, pero sus hombros se movían arriba y abajo, dueños de una risa secreta, como un nadador previo al salto.

—Perdidos entre el esplendor. Vasijas de bronce, almohadas de jade, cerámica policromada para pasmo de las élites egresadas de la Escuela Nacional de Administración. Cuando en lo que hoy llaman Europa sólo conocían el frío y el hambre, los chinos frecuentaban el lujo. Aquellos *énarques*, con la lengua fuera y tomando nota de un mundo que los deslumbraba, resultaban muy divertidos. Como monos visitando una exposición acerca del ser humano.

—Cao —insistió O'Hara—. El reencuentro con Cao.

—No lo reconocí —dijo Zhao—. Mi querido amigo Cao. Había engordado. Llevaba gafas oscuras. Y vestía ropa europea, pero veinte años desfasada. —Zhao se apretó ambas sienes. O'Hara supo que estaba buscando una imagen—. Parecía el *mánager* de un grupo musical que hubiera conocido mejores épocas. ¿Me entiende? Patético. Y a la vez tu amigo, alguien de veras entrañable, con quien has compartido el hambre, la falta de dinero.

En un recodo del paisaje, chato y angustiado, como si cada metro que recorriera pudiera ser el último, apareció el lanchón que los devolvería a tierra firme. O'Hara experimentó una sensación de incomodidad al verlo. Se encontraba tan a gusto bajo la música del aguacero, con el verbo de Zhao desplegándose ante él.

—Acabada la visita, con los franceses devueltos a sus hoteles, Cao me propuso que saliéramos juntos. Quería contarme algo. Así que nos vimos un

par de días más tarde.

A pesar de la cortina de lluvia, el rostro de Wen Dafu, un mascarón de carne y hueso, asomó inconfundible bajo la toldilla del lanchón. A O'Hara lo asombró su mata de pelo, densa como petróleo, la mirada que incluso desde la distancia podía sentir aguda como un venablo. Se preguntó qué tipo de libros escribiría Wen Dafu. Un hombre con aquella mirada no podía ser un escritor tibio.

—A Cao le gustaba la espectacularidad —prosiguió entre tanto Zhao, ajeno a la llegada del transporte—. De modo que me citó en Golden Resources. ¿Ha oído hablar de ese lugar?

—Jamás —dijo O'Hara sin dejar de mirar el lanchón.

—En su momento, a comienzos de siglo, fue el mayor centro comercial del mundo. Y por un tiempo siguió siendo el más grande de China. Hoy existe uno mayor en Dongguan. Pero Golden Resources no deja de ser asombroso. Quinientos sesenta mil metros cuadrados de negocios. Obsceno. Absolutamente obsceno.

Zhao tenía razón. Incluso para un norteamericano, alguien en cuyos códigos culturales estaba inscrita la monstruosidad como destino, la monumentalidad de la vida y de sus gestos, China resultaba un agravio en materia de pesos, volúmenes, distancias y magnitudes. *Aplastado por el número*. Un buen título para las memorias de un viajero.

—Y entonces Cao, tu amigo Cao, te citó allí. En Leviatán.

Zhao miró confundido a O'Hara.

—La ballena —puntualizó—. Leviatán. El vientre de la ballena.

Zhao pareció recordar algo, aunque negó con la cabeza.

—Golden Resources no precisa de metáforas, señor O'Hara. Un lugar como Golden Resources garantiza el fracaso de toda metáfora.

Desde el lanchón, la voz de Wen Dafu sonó parecida a un ladrido. En un abrir y cerrar de ojos, mostrando una agilidad insospechada, Zhao saltó a cubierta. El lanchón golpeaba con su costado en el pantalán de madera. Cada golpe le recordaba a O'Hara el lomo de un monstruo que intentara rascarse sin éxito un prurito.

El picor de Leviatán.

—Cao —gritó O'Hara inútilmente, ensordecido por la lluvia—. ¿Qué sucedió con Cao?

Pero Zhao se había retirado al interior del lanchón y Wen Dafu apremiaba a O'Hara, así que él también saltó al interior.

—Estoy bien —dijo a nadie, mientras recuperaba el aliento—. Estoy bien. Sobre los humedales de Xixi, la lluvia dibujaba sombras.

Congelado en el dispositivo de plasma, el rostro de Blomquist hablaba de antepasados a caballo, portadores de la peste y de la civilización, viviendo libres en un mundo de abundancia. Pero también de noches blancas, paisajes de hielo, interiores iluminados con velas. El contraste entre la brida mongólica de los ojos y los cabellos de un rubio ceniciento hizo reflexionar a O'Hara acerca de los caprichos de la pasión. En algún lugar del pasado de Blomquist, dos pueblos muy diversos habían mezclado sus sangres para alumbrar a un ejecutivo de Arconte Limited.

Aunque la imagen era deficiente, la voz de Blomquist resonaba con nitidez asombrosa. No era tanto una voz como una prenda de vestir. Uno podía envolverse en la cadencia de aquel inglés de manual, adquirido en alguna cálida estancia de Upsala.

—Control desea verle en un par de semanas —anunció la voz tras el rostro de Blomquist.

O'Hara comprendió aliviado que la estancia en China tocaba a su fin.

—Antes debo pasar por Suiza —dijo—. Para solventar cuestiones financieras.

—Por supuesto —dijo Blomquist—. Control cuenta con ello.

O'Hara intentó desconectar la función vídeo, porque lo inquietaba la cabeza parlante. Pero el comando no funcionaba.

—Su rostro —dijo—. Está fijo. Cautivo en la pantalla. No se mueve.

Una nube de estática inundó la habitación. Tras la pausa, percibió el inconfundible sonido de un cuerpo reacomodándose. Pero el rostro continuaba impávido, como una fotografía.

—No se preocupe —dijo Blomquist—. Sigo siendo yo quien le habla.

La risa que siguió a ese anuncio, menos sarcástica que lujuriosa, casi vació las vísceras de O'Hara. Recordó la *suite* de Shanghái y el apremio fisiológico que experimentó entonces, la posterior liberación de la mierda, el triunfo que suponía un intestino limpio.

—La cita con Control es el 20 de marzo —dijo Blomquist.

Consultó el calendario del Sony Xperia Z11. 3 de marzo del año 2025. Habían pasado casi cuarenta días desde la firma del protocolo de la lactosa. A él le parecían cuarenta semanas, un mundo dentro del mundo.

—Control lo espera en Nueva York. Le mandaré los billetes en unos días.

La imagen de Blomquist comenzó a adquirir tintes de alucinación, la intensidad de ciertos retratos del pasado: el Cosme I de Bronzino; el Francisco II de Clouet; el Adolf Loos de Kokoschka. Supo que soñaría con Blomquist esa noche, con la perversa comunión entre un jinete tártaro y una virgen nórdica.

—En unos minutos recibirá el pasaje para Zúrich —dijo Blomquist—. Su vuelo sale de Pekín en tres días, el 6 de marzo a las 13.15 horas. Así tendrá ocasión de despedirse de sus amigos chinos.

No detectó ironía en la voz de Blomquist.

—Hasta muy pronto, O'Hara. Está haciendo un magnífico trabajo.

Una vez cesó la comunicación, el rostro de Blomquist permaneció en la pantalla. O'Hara hizo recuento: el sudario de Turín, las sesiones espiritistas de Helen Duncan, los petroglifos guanches de las Canarias. Toda esa aspiración por perdurar, a menudo ingenua. Sólo que el contexto, tan prosaico, volvía inquietante la contumacia. Decidió reiniciar su equipo. Y por un momento tembló de puro terror cuando la imagen de Blomquist reapareció, aunque poco más tarde se evaporó dejando a la vista el habitual fondo de pantalla de O'Hara. La visión del hongo atómico, que en otras circunstancias (y a cualquier otra persona: O'Hara, a ojos de terceros, tenía ciertos gustos de psicópata) le habría turbado con su dosis de belleza orgánica y tumoración cultural, lo relajó como tranquiliza la contemplación de un rostro familiar entre una multitud de desconocidos.

Tres días para volar a Zúrich. Tendría que visitar algunos lugares antes de abandonar Hangzhou, despedirse de Wen Dafu, comprarle un obsequio a

Zhao. El recuerdo lo sacudió como un calambre. En algún lugar dentro de su cabeza, el intérprete alumbraba igual que una violenta llamarada. Le había prometido una historia y faltaba su resolución.

Consultó su reloj de pulsera. Faltaban veinte minutos para la medianoche. Mientras marcaba el número de Zhao se odió por lo que estaba haciendo, pero algo dentro de él le decía que era justo que insistiera. No estaba sólo en su derecho por lo que el contrato entre Arconte Limited y el chino estipulara, alguna de esas cláusulas draconianas que obligaban a Zhao a prestar sus servicios durante veinticuatro horas al día, sino por una cuestión que iba más allá de esos estúpidos protocolos.

Un hombre que comienza una historia está obligado a concluirla. Es la exigencia de todo auditorio desde que existe la palabra. Contar hasta el final. Hasta el último aliento.

—Señor O'Hara.

La voz de Zhao era enunciativa, apática, sin juicio. Como si hubiera dicho «El animal representado en el dibujo es una mangosta», «Aquí está la tumba del emperador Wu Di», «La raíz cúbica de 35.937 es 33».

—Buenas noches, Zhao. Perdona que llame tan tarde.

Intentó discernir algún ruido al otro lado, dibujar algún rostro tras el rostro de Zhao. Se dio cuenta de que no sabía casi nada de su intérprete. Si tenía familia, si estaba prometido, si había unos padres que lo esperaban en alguna remota aldea.

—No se preocupe, señor O'Hara. Estaba traduciendo una novela policiaca. Es de lo que vivo en realidad.

—¿Es buena?

—Las he leído peores. Aunque me temo que ya conozco el nombre del asesino. Y eso que aún no he llegado a la mitad.

—Creía —dijo O'Hara— que los traductores leían completo el libro antes de comenzar su trabajo.

—Así lo hacen en Europa y en Estados Unidos —respondió Zhao—. Pero los chinos lo hacemos todo al revés.

—Entiendo.

O'Hara se sintió ridículo. Alguien de cuarenta y cuatro años, solo en una

ciudad gigantesca, telefoneando a medianoche para preguntarle a un hombre de quien apenas sabía nada acerca de otro hombre a quien nunca había visto.

—Zhao.

Silencio.

—Zhao, necesito saber algo.

El silencio persistía. O'Hara supo que la vida imitaba a las novelas policiacas, que alguien, en algún lugar de los mapas, había escrito ese diálogo hacía tiempo.

—Diga, señor O'Hara. Le escucho.

—Se trata de Cao. —Por fin lo había dicho—. De tu amigo Cao. De ti y de Cao en Golden Resources. Esta mañana, en Xixi.

—Sí. —La voz de Zhao era como un leve empujón, una caricia hacia el abismo.

—No me contaste el final de la historia. La llegada de Wen Dafu nos interrumpió.

Silencio de nuevo. Pero esta vez más profundo, como si se hubiera abierto una grieta en la pared, como si un fragmento de revoque hubiera saltado y por él escaparan la cordura, la empatía, la dignidad de quienes dialogaban.

—¿Zhao?

—Sigo aquí, señor O'Hara. Estaba pensando en cómo contarle lo que pasó en Golden Resources.

Tramas. La gente demandaba tramas. Por eso había más lectores de novelas policiacas que de Kafka. La existencia sin tramas era sospechosa.

—Habíamos bebido bastante durante la cena —dijo Zhao—. Usted comprende: amigos en un ambiente distendido, muchas cosas que contar, recuerdos comunes. Y Cao me puso al día de sus planes. Su vida había sido un desastre desde el retorno de París. Pero ahora había encontrado un motivo para vivir.

—Su pasión —dijo O'Hara—. Ser astronauta.

—No —dijo Zhao—. Cao había olvidado su sueño. Estaba enterrado en lo más hondo de su corazón, donde nunca miramos. Lo que sucedía, lo que quería contarme, es que se había enamorado.

O'Hara se sonrojó. Fue una sensación extraña, la prueba de que el rubor no nace de la presencia de un testigo, sino que esa sensación acuciante de vergüenza es una evidencia adaptativa, un signo de la especie.

—Se había enamorado de una azafata de vuelo —continuó Zhao—. Eso era lo más cerca del cielo que mi amigo llegaría a estar, señor O'Hara. ¿Comprende?

No. No comprendía. No comprendía que ésa fuera toda la historia.

—Pero falta algo, Zhao. No me estás costando lo más importante.

—Por supuesto, señor O'Hara —dijo Zhao—. Por supuesto que aún no le he contado lo más importante.

El tiempo se precipitaba hacia el 4 de marzo. Apretó los párpados. Del lecho de negrura brotó la cegadora presencia de Blomquist.

—¿A qué esperas para contármelo, Zhao? Me habías hablado de un accidente. Me habías *prometido* un accidente.

—Cayó al vacío —dijo entonces Zhao. Y O'Hara abrió los ojos con la misma fuerza con la que saltaría el tapón de una botella de champán. La efigie de Blomquist estalló en mil burbujas de luz y calor—. Habíamos bebido, Cao estaba alegre, se apoyó en una pasarela, su cuerpo osciló y mi amigo cayó al vacío. Sin paracaídas. Sin red. Sin alas. Cumpliendo con rigor las leyes de la gravedad.

Era ya 4 de marzo. Las agujas del Carlos Coppel de O'Hara lo señalaban victoriosas, erguidas en lo alto de la esfera, lanzas apuntadas hacia el mañana. Era ya 4 de marzo y Cao yacía muerto en la boca de Zhao, volando en el vacío del Leviatán de Golden Resources, un astronauta enamorado y fracasado, un maldito chino embustero que un día viajó a París para acabar muriendo en un centro comercial gigantesco. Así se escriben las historias. Así es borrado uno de la Historia.

O'Hara colgó sin despedirse. No respondió a las dos llamadas consecutivas que Zhao le hizo. Tumbado en la cama, con la boca abierta y la mano derecha sobre la frente, yacía despojado de furia, sobrio como un vigía.

LAS CELDAS

Hacía un calor de invernadero en la terminal número 3 del aeropuerto de Pekín. Parecía que las brillantes estructuras de acero sudasen. Incluso el jadeo de los pastores belgas destinados a la detección de explosivos era exagerado, un prolegómeno de la asfixia. A través de las cristaleras el cielo era una confusa bandera de suciedad, una monstruosa ampolla levantada por el polvo, la polución, la ausencia de viento. O'Hara sospechó que algo andaba mal en los sistemas de aire acondicionado. Pero no le quedaban fuerzas para averiguarlo.

Aquella mañana, su última en China, había visitado Caochangdi, el rincón en el nordeste de la ciudad que Ai Weiwei había consagrado al arte contemporáneo a comienzos de siglo, antes de convertirse en un genio de la pirueta y en una parodia de sí mismo. O'Hara se había enterado de que varias galerías de la zona organizaban una antológica de las celdas de Louise Bourgeois, y le pudo la curiosidad. Quizá porque se sentía cómodo ante la obra de la artista francesa.

Parte de la seducción que Bourgeois provocaba en generaciones de espectadores residía en la potencia narrativa de su trabajo. Frente a un arte hermético y oscuro, imposible de aclarar sin una hermenéutica tan docta como a menudo pueril por caprichosa e ininteligible, y frente a otras líneas de

representación sarcásticas, que habían hecho de la ironía su alimento, el objeto de su razón de ser, la producción de Bourgeois contaba una historia, proponía un relato, advertía de una peripecia. Ello seducía a O'Hara por lo que poseía de consolador.

Las celdas con las que Bourgeois ocupaba las galerías de Caochangdi contenían, como un precipitado radical, el esplendor y abundancia de sus metáforas, las galas de un relato teñido de profundas advertencias biográficas y de no menos espléndidos argumentos sociológicos, la intimidad y la época, el accidente y la esencia, el detalle y el arquetipo dialogando con intensidad. La muestra era un crisol exacto del fenotipo de una creadora atenta como pocas al peso que lo material poseía como depósito de símbolos. La polifonía que la tela, el vidrio, el tapiz, el mármol o la madera interpretaban en la obra de Bourgeois remitía por excelencia a un mundo donde todo poseía dos sentidos. Uno obvio, que estaba a la vista, y que venía determinado por lo que los materiales enunciaban, por su uso e historia, por su practicidad y relación con esferas como la domesticidad, el trabajo o el mérito; otro oblicuo, que había que elucidar con paciencia, y que apuntaba al retablo de alegorías que cualquier actividad humana y cada objeto en ella presente atesoran. O'Hara sospechaba que su propio trabajo no distaba mucho del de Bourgeois. Se trataba de recoger los sucesos cotidianos, en su caso la inmensa cantidad de información que pululaba por el mundo, y proponer su relectura bajo otra óptica. Era increíble lo que se podía obtener mediante esa operación.

El repertorio del palimpsesto bourgeoisiano podía leerse con claridad en Caochangdi. Desde las arañas de múltiples tamaños, encarnaciones del cuidado y del afecto, y por antonomasia de la madre protectora, hasta las mujeres convertidas en casas yacentes, rodantes o sedentes, cariátides que habían sido fagocitadas por la función que desempeñaban, sin olvidar las figuras de niñas y de ancianas, diminutas o enormes, en soledad o en parejas, ceñidas por el hilo y por la aguja, convertidas en muñecas penitentes o en juguetes casi diabólicos, para representar las ineludibles y tantas veces amargas estancias de lo femenino: la maternidad y la procreación, el sometimiento y la mudez, la explícita violencia de la sangre y la no menos explícita violencia de la política de los géneros.

Las celdas de Bourgeois, tan monacales en muchos aspectos, se expresaban como hitos de una autobiografía, fogonazos de un cronograma sustantivo. A O'Hara le encantaban las más sencillas e intuitivas, estructuras apenas entreabiertas que acogían en su centro, o ligeramente desplazado de él, un taburete o una pequeña silla, muebles enunciativos de una precisa constelación de significado: penitencia, pecado, castigo, culpabilidad, insomnio, madriguera. En las celdas que reconstruían la vedada habitación de los padres y la caótica habitación de la hija, en las funestas cariátides que como caracoles quiméricos transportaban a cuestas el peso simbólico de su amargura y de su opresión, en las cabezas cosidas con hilo de color rojo, azul o blanco en cuyas bocas casi se podía oír el grito, la maldición o el lamento, a buen seguro Bourgeois había hallado, por caminos delicados, un pacto con ese principio de realidad que a cada ser humano se le imponía cada día, el fardo abrumador de la codicia de los otros, la indiferencia del mundo, la urgencia de las pasiones. La narrativa que transparentaban esas piezas, la historia de desamparo y reconstrucción de un lugar de refugio que esas teselas existenciales proponían era una victoria del artista como constructor de otro tipo de relato.

O'Hara no vio llegar al extraño, por lo que su voz le sobresaltó, una voz que hablaba inglés con un insobornable acento centroeuropeo.

—La desertión es una virtud que pertenece a uno mismo.

O'Hara lo miró pasmado, su boca abierta como un agujero de espanto y sueño.

Señalando el libro que sostenía, el hombre dijo:

—Lo escribió Lin Yutang en *Mi país y mi gente*.

O'Hara contempló el libro igual que si estuviera observando un fósil del Precámbrico. Sus manos sudorosas estaban teñidas de tinta.

El desconocido tomó asiento y colocó ante sus pies una maleta de cuero en forma de herradura, con dos iniciales primorosamente estarcidas junto al cierre: JM.

—Josef Mundt —anunció extendiendo su diestra.

O'Hara dijo su nombre y estrechó la mano tendida no sin sentir cierto desasosiego, como si en vez de tocar tendones y huesos estuviera apretando un ajado vestido. Después cerró el libro de Lin Yutang para estudiar al hombre con detenimiento.

Tenía aspecto de abuelo venerable y ojos llorosos como los de un perro diabético, y podría haber vivido en una de las celdas de Bourgeois como un carcelero bondadoso, el guardián de una ruina futura, amable con los niños y cómplice con las parejas de enamorados.

Mundt quiso saber si O'Hara estaba interesado en la filosofía. O'Hara contestó cualquier vaguedad, una de esas respuestas que no comprometen pero que intentan convencer al interrogador de que el interrogado no desea seguir hablando del tema. Pero el viejo no se dio por aludido.

Sostuvo que los filósofos se equivocaban al afirmar que la Naturaleza ama ocultarse. Los secretos de la Naturaleza están de forma constante a la vista, por eso son tan difíciles de percibir, porque se hallan ante la mirada de modo permanente. Mundt preguntó si recordaba el color de los ojos de sus hijos. Y aunque a O'Hara no le apeteció explicarle que no tenía hijos, pensó en su madre muerta, en sus colegas de Arconte Limited, en alguna de las mujeres que habían compartido su vida, y hubo de confesarse que no se atrevería a poner la mano en el fuego por el color de sus ojos.

—No crea que soy uno de esos chiflados que piensa que la Luna es un decorado en un desierto de Utah —sentenció Mundt—. Las cosas son más sutiles. Todo consiste en saber mirar. En educar la atención.

Consciente de la tenacidad de su adversario, O'Hara se dispuso a escuchar con estoicismo. Sin embargo, una vez Mundt comenzó a hablar, la inicial impresión de malestar desapareció. Era posible que el viejo estuviera como una cabra, pero sabía contar una historia, y a O'Hara, que aún sentía el latido de la decepción al recordar el final de Cao, eso le bastaba.

Mundt dijo que Gorbachov había sido un agente de la CIA al que los norteamericanos habían enviado a la Unión Soviética con el fin de destruirla. La prueba era su mancha en la frente. ¿La recordaba O'Hara? Sí, claro que la recordaba. Aunque entonces apenas hubiera sido un muchacho, era difícil no fijarse en ella. ¿Y por qué creía O'Hara que los comunistas habían tratado de

ocultar la mancha en las fotografías oficiales? ¿Por estética? ¿Por coquetería? No. Trataron de ocultarla porque reproducía con absoluta fidelidad el mapa de Lituania, una de las repúblicas bálticas, y la primera en independizarse de la Unión Soviética.

Estados Unidos, explicó Mundt sin ironía, era el gran persuasor. Enviaron a Gorbachov con la mancha en la frente para promover una revuelta. Ésa fue el arma que acabó con el comunismo. Una gran cabeza manchada que cada día millones de soviéticos podían ver en televisión delante de los tapices con los retratos de los héroes comunistas. ¿Y qué es lo que subliminalmente veía la gente? El mapa de Lituania, prosiguió Mundt. ¿Y qué significado tenía esa visión? Que cada espectador se pasaba horas pensando en un pueblo que había hecho de su historia una cruzada por la independencia. Un pueblo que hasta 1939 había permanecido hostil a toda tentativa de unificación.

—El resto está en los libros —argumentó Mundt—. La mancha de Gorbachov derribó el muro de Berlín, no los gerifaltes de Bruselas.

Una joven cruzó camino de los baños. Mundt la siguió con la mirada, cogió su maleta y se disculpó. Regresó minutos más tarde, dejó la maleta donde la había posado con anterioridad y se quitó unos guantes blancos que traía puestos.

Le dijo a O'Hara que eran para orinar.

Que los microbios acechaban.

Que el hombre era un mapa de bacilos.

Que las infecciones serían el Armagedón de la humanidad.

Luego habló del papa Wojtyla. Era obvio que el repertorio de Mundt tenía décadas, y O'Hara pudo imaginar la lista de oyentes que habrían escuchado el concurso de excentricidades. Sí. El papa polaco, el campeón de las masas. Mundt confesó a O'Hara que era un holograma. Que en los sótanos del Vaticano trabajaban los mejores científicos del mundo y que existían dobles del pontífice por todas partes. Que hasta catorce personas juraban haber tocado el cadáver de Juan Pablo II después de que aquel turco del demonio, Alí Agca, le disparara. Que la Nunciatura se había hecho con los libros secretos de Cagliostro y podía multiplicar al vicario de Cristo a voluntad. Y que se le había visto bendecir una catedral en Costa de Marfil y pasear por los

jardines de Castel Gandolfo al mismo tiempo.

Por último le contó cosas de Hitler.

Los ojos del viejo ardían, la bruma había desaparecido en beneficio de una mirada radiante. Mundt aseguró que en el búnquer del Reichstag habían encontrado muñecos de cera con cabellos naturales y ropas hechas a medida. Que Eva Braun había parido gemelos una medianoche de febrero de 1947 en una clínica privada de Los Ángeles. Que cada semana hombres vestidos de pardo, a sueldo del Partido Republicano, cantaban *Lili Marleen* en los despachos de General Motors y McDonnell Douglas. Y que el Führer en persona había dirigido hasta 1984 un estudio de televisión en Houston, no muy lejos de Cabo Cañaveral.

—Un estudio que producía películas de dibujos animados —añadió Mundt esbozando una mueca fúnebre.

O'Hara se incorporó y estuvo encerrado en el baño un buen rato, partiéndose de risa y al tiempo sintiendo escalofríos. Josef Mundt, el carcelero de la celda, menudo tipo.

Cuando regresó a su asiento, el viejo se había esfumado. Por los altavoces oyó la llamada de su vuelo, guardó el libro de Lin Yutang en un bolsillo del traje y acudió a embarcar.

Durante el viaje, O'Hara recapacitó acerca de las cosas que había oído de labios de Mundt, acerca de los secretos que no eran tales secretos, acerca de la vida que, al mostrarse de forma tan diáfana, resulta imposible reconocer. Pensó que Groenlandia, a pesar de su nombre, es completamente blanca, mientras que Islandia, a pesar del suyo, es completamente verde; pensó que hasta la época de Galileo a nadie se le había ocurrido pensar que el aire pudiera tener peso.

Más tarde, entre la vigilia y el sueño, dejó correr bajo sus pies los miles de kilómetros que separaban la capital de China del aeropuerto berlinés de Tegel. En tanto esperaba su conexión a Zúrich, matando una espera que se le antojó infinita, tomó café y tostadas, lamentó no haberse acostado con miss Xia, reconoció al actor Bruno Ganz entre el tráfago de viajeros, llamó por teléfono a su hermana para preguntarle por el color de ojos de su madre y defecó en un baño sucio y con pintadas obscenas. Y a punto de tomar su

segundo vuelo, en la edición digital del *Shanghai Daily*, descubrió una noticia de la agencia Reuters, fechada en Pekín horas antes, en la que se informaba del asesinato en los baños del aeropuerto de una joven mientras orinaba. El periódico precisaba que a la víctima le habían arrancado la piel de la nariz.

O'Hara podría jurar que leyó la noticia sin un entusiasmo especial, con la misma curiosidad con la que habría leído una crónica deportiva, si acaso poniendo un poco más de atención por el hecho de haber estado en el lugar del crimen y haber visto a mujeres jóvenes desfilando hacia los baños.

Aunque O'Hara también podría jurar que olvidó todo aquello hasta que llegó a su hotel de Zúrich, se desvistió, se duchó, deshizo el equipaje, se tumbó en la cama, tomó el libro de Lin Yutang de la mesita de noche y algo cayó sobre su regazo.

Intacta, impoluta, no manchada por ruido alguno, la luz de finales del invierno zuriqués, como un don no presentado, invadía la habitación.

Tras despertar de una pesadilla confusa, repleta de mujeres con las bocas cosidas, O'Hara retomó el libro hasta dar con la frase que Lin Yutang había escrito en 1935: «La deserción es una virtud que pertenece a uno mismo».

Comprendió que, con el paso de los años, la piel arrancada de la nariz de la mujer se cuartearía y se volvería como el pergamino. Seca, despojada de sustancias minerales, se transformaría en una materia imposible de identificar salvo para un ojo experto, en otra celda opaca y siniestra de esa aventura cruel que es el mundo.

Pero que lo que permanecería indeleble hasta el fin del tiempo sería la caligrafía del viejo, la firma de Josef Mundt.

INTERMEZZO

La memoria de Control era un pozo profundo. Sus aguas removían un cieno primordial, los cimientos inestables de un mundo primitivo. Hasta donde había llegado en el proceso de reconstrucción de miles de noches de vigilia, cavando como un minero del recuerdo, la primera imagen plausible era la de un país blanco, de casas trogloditas, labradas en la roca viva, en las que el desierto era la certeza, el horizonte absurdo que fijaba un límite a la mirada, y en el que hombres y animales tenían un empeño fundamental: luchar contra la sed, protegerse de su martirio.

Junto al monumental lecho forjado en hierro, rematado con un dosel de anticuario y adornado por velos que recordaban sudarios, al alcance de la mano dentro de un escriño lacado, una fotografía de color sepia, arrugada en sus bordes, atesoraba aquel paisaje que se resistía al olvido. Ciertamente era la única prueba de un posible origen, anterior por descontado a un relato en el que existieran lechos con dosel, escriños lacados y dispositivos capaces de fijar los gestos de las gentes y de los lugares que habitaban en soportes perecederos aunque a la vez tenaces, pero cada noche, al despertar, Control se entregaba a una meditación confusa en la que se mezclaban la alegría y algo parecido al pavor, y estudiar aquel pequeño rectángulo, que había encontrado por azar hacía más de un siglo, era lo más parecido que existía a una

comuni3n, a una patria. Pues a3n recordaba el sobresalto casi insoportable que experiment3 al descubrir la imagen en un bazar de una ciudad en ruinas, sometida entonces a una guerra hoy olvidada. La sensaci3n de inminencia, de velo que cae y descubre una estatua, que le produjo el hallazgo. Ese reconocimiento para el que no existen palabras. Como si una aguja rozara la pupila.

Origen.

Siempre sospechosa, la palabra turbaba y consolaba. Era desalentadora y tonificante, como un t3xico. Un r3tulo embriagador y al tiempo destructivo. Porque entre todos aquellos a quienes hab3a frecuentado, s3lo a 3l le estaba vedada la conquista de semejante certeza, pero tambi3n s3lo a 3l le correspond3a no dilapidar lo que esa ausencia pose3a de liberadora. Era, en efecto, su condena y su triunfo. No venir de ninguna parte, ser invisible en los calendarios y en la costumbre de morir, estar obligado a rastrear de forma constante, como un perro de caza, las trazas de su exilio.

Una genealog3a contra la cual hab3a luchado mediante los distintos expedientes a su alcance (la violencia, la vileza, las drogas; el 3xito, el dinero, el sexo), para llegar cada anochecer a ese momento en que el despertar arrastraba junto a s3 la pesada cadena del tiempo, como la bola de cautivo de un fantasma de dibujos animados que se burlara de su propia pena. Control ten3a la certeza de que los antiguos mitos hab3an sido urdidos para una existencia como la suya. S3sifo, T3ntalo, Prometeo. Ellos eran sus verdaderos padres. S3lo 3l pod3a reclamarse digno de semejantes antepasados. Pues si para el resto aquellas historias no eran m3s que palabras sin encarnadura, material did3ctico, esas figuras ejemplares pose3an en su caso una dimensi3n precisa, aunaban un conglomerado de rituales que le otorgaban, si no un lugar en los mapas, al menos s3 un atisbo de sentido.

Un sentido siempre complejo de acatar, y que apuntaba a satisfacer la vieja, reiterada, inexpugnable pregunta que tambi3n s3lo a 3l correspond3a responder: c3mo llenar de motivos un tiempo sin pausa, c3mo sobrevivir al tedio inenarrable de una vida sin final. En aquella labor de exhumaci3n que no terminaba nunca, remont3ndose de 3poca en 3poca, hacia atr3s en los almanaques como un cangrejo que invirtiera la flecha del tiempo para atrapar

con sus pinzas no un omega de la restitución sino el alfa del reconocimiento, aquel pozo profundo aceptaba haberse escudado en alias de todo tipo, en climas tan variados como extremos, tras la máscara de lenguas tan ajenas entre sí como el urdu y el rumano, coetáneo de nombres que hoy eran mármoles imperecederos en los museos del asombro, los Alejandro y Constantino de cada ciclo humano, para regresar al misterio sin solución de cuándo el niño del desierto se convirtió, por obra y gracia de un suceso aberrante, celosamente oculto, de un don no presentido ni anhelado, otorgado sin causa ni disculpa, en el anciano sin edad condenado a no morir, a resistir cada impulso de demolición del tiempo y, con él, a padecer la inmortalidad de los afectos, el agravio más duradero.

Cuántas biografías no había agotado, todas ellas asimétricas, inconmensurables, como si desde el primer momento no hubiera aspirado a otra cosa que a recorrer sus infinitas vidas de infinitos modos, renunciando a cualquier atisbo de perfección a lo largo de las edades, a cualquier camino de mejoramiento, como un artista que, disponiendo de la eternidad para labrar una sola obra, se negara en cambio a trabajar en ella con la meticulosidad deseable para lanzarse en brazos de una colección de esfuerzos cada uno de las cuales negaba el anterior, hasta el punto de que su trayectoria completa se podría concebir como el borrado sistemático de cualquier síntoma de coherencia.

Como cavar una madriguera para después llevar una vida de pájaro.

Hasta llegar al borde de la brecha de ese nuevo mundo en que la niñez troglodita parecía pertenecer no a otro hombre, sino a otra especie, acunado en brazos de una realidad hipercinética, que aunque Control había ayudado a construir no podía dejar de sentir ajena, a menudo insustancial, santificada por una urgencia que, si quería ser sincero, sólo podía contemplar desde la indulgencia de quien posee el fenomenal caudal del tiempo para pronosticar el derribo de cada afán. Y quizá por eso, condenado a la ironía de saber que no hay peor delito que tomarse demasiado en serio a uno mismo, en su última encarnación había pergeñado aquel raro juguete, Arconte Limited, un mecano cognitivo de dimensiones extraordinarias, capaz de postular derrocamientos de gobiernos y tempestades económicas.

Lo hizo después de comprobar que, contra pronóstico, y de manera inesperada, atendiendo a una pauta inédita en las pasadas metamorfosis, su aspecto físico había adoptado una fijeza de canon, la solidez de una estatua. Acostumbrado a remontar en cada vida la espiral ascendente de la niñez, la juventud, la madurez y la ancianidad, para un día, de pronto, rebotar hacia una infancia que lo llevaría de nuevo por las escalas de lo biológico, allá por la segunda mitad del siglo veinte, en pleno paradigma atómico, cuando la destrucción del mundo parecía asunto cotidiano y la comprensión de la realidad exigía de un maniqueísmo esforzado, alimentado sin pausa por la retórica de lo que se consagró como guerra fría, Control descubrió que los cambios en su anatomía se habían detenido en su singladura actual.

Aguardó una década, y luego otra, y luego otra más, mientras el mundo cambiaba a su alrededor a velocidad de vértigo, hasta llegar a los años ochenta, con su ideología de un conflicto que ya no iba a ser frío y atómico, sino galáctico e incluso aún más abstracto, y descubrir que en los últimos treinta años su fisonomía se había aquietado en aquella forma que el despertar le devolvía cada noche: un caballero de pelo blanco, magro, arrugado por mil azares, de aspecto nada severo, aunque con un punto de soberbia en la mirada, y que obligaba a pensar en un abuelo maltratado por el desinterés de sus nietos y un tanto angustiado por la leyenda que iba a regalar a sus sucesores.

Fue entonces cuando mudó al nombre de Control, borrando las huellas que se había permitido en su anterior avatar, y con una astucia acumulada de siglos y un capital más que generoso levantó un órgano de poder al margen de parlamentos y corporaciones, en una oscuridad tanto más seductora en la medida en que huía de una definición precisa. Arconte Limited auspiciaba así una élite capaz de redibujar desde la sombra las relaciones planetarias, una Internacional del Talento enfocada a conectar entre sí los elementos rectores de la realidad para propulsar reformas de diverso orden, un simulacro de lector universal del inagotable texto en que el mundo se había convertido. Porque todo consistía en un asunto de narrativas, de perspectivas, de la hermenéutica adecuada a cuanto sucedía fuera. *La clave era cómo decir el mundo.* Ciertamente que lo que guiaba a Control no era un altruismo desinteresado,

aunque tampoco un afán recaudatorio (si se tiene la eternidad por delante, ¿a quién le preocupa la riqueza?), sino una especie de ansiedad de demiurgo, como si la fatalidad de su destino le facultara, de una vez por todas, para sentirse constructor de la Historia y no actor, protagonista y no vasallo. Arconte Limited era un mensaje de Control a su narcisismo, pues le alegraba otorgar al niño del desierto una fama de proporciones titánicas. Y aunque invisible para casi todos, Control era al fin algo más que un mantra repetido con respeto. Era el nombre mismo del logro, un sinónimo del grial de la voluntad.

La forma que adoptaba ese logro, esa voluntad, era una tela de araña. Mejor aún: se contenía en el dibujo de las ondas generadas por una piedra que se arrojara a un estanque. No existía un lugar en el que Arconte Limited se revelara, como una célula en una placa de Petri, sino un volcán intelectual que afectaba, en temblores sucesivos, a las escalas conocidas. Las sedes físicas del sueño de Control no eran más que trampantojos, espacios de disimulo a los que enviar memorandos o paquetes, bandejas de comida o representantes comerciales, incluso turistas en vacaciones que, por un módico precio, satisfacían su curiosidad mientras eran atendidos por figurantes.

Pero como el mundo, que carecía de centro, Arconte Limited era un temblor, la frecuencia repetida pero jamás idéntica de un impulso que resonaba como un tambor de guerra en las entrañas de la realidad. Y ese temblor, que no se agotaba, que cada noche, como la vigilia, llamaba a interrumpir el reposo de su creador, bastaba para desviar los temores que acechaban no sólo al cerebro reptiliano de Control, al regulador implacable de cada respuesta a un estímulo, sino también a su fecunda, doliente, infatigable conciencia de ser un troglodita inmortal.

Sorbió la sangre oscura, servida en un vaso de plata, y eructó con delicadeza. Algo vibró en su pecho. Regeneración. Renacimiento. Reescritura. Sintió la vida invadir cada rincón de su cuerpo, desde las uñas de los pies hasta la coronilla donde el cabello raleaba.

En el cielo las estrellas contaban una historia remota, sin finalidad ni

mensaje. Las contempló como las centinelas de su rutina. Estaban allí desde siempre, unánimes y solidarias, incontables en su recurrencia y cercanas en su solicitud. Cielos de Dakar y de Tasmania. Cielos de Olimpia y de Cartago. Cielos de una América absurdamente extensa. Todos los había contemplado durante algún momento del ciclo perpetuo de crecimiento y restauración al que había estado ligado. Aunque nunca dejaban de admirarlo. Como si fueran el único texto que, leído una y otra vez, no agotara sus significados.

Apuró el líquido. En la biblioteca, protegido por aquel saber inmortal, marcó el número de Blomquist.

—Necesito a alguien de absoluta confianza —dijo—. Y no basta que tenga ambición y destreza. Necesito que carezca de ataduras, que no tenga un sitio al que regresar.

Control casi podía escuchar los radares de la memoria de Blomquist rastreando un objetivo.

—O'Hara podría servir.

—¿El hombre de la lactosa?

—El mismo.

—Un segundo, Blomquist. No se retire.

Buceó en el buró dispuesto junto al fuego. Buscó las fichas de los agentes. En el año 2025, él empleaba todavía aquel código primitivo, una reminiscencia de otra vida, de algún pasado funcional y escéptico, minucioso hasta la obsesión. Exhumó de su memoria ventiladores de techo, cónsules soñolientos junto a carreteras llenas de polvo, los andrajos de una existencia rutinaria y vasalla.

Encontró la cartulina blanca y con ribetes rojos, caligrafiada con primor. Leyó:

O'Hara, Richard Samuel

Nueva York, 1981

Universidad Cornell

Filosofía, Antropología, Literatura Inglesa

Soltero, sin hijos

Ingreso en 2014

Beirut, Yucatán, Moscú
Pesca, Pintura abstracta, Matemáticas

Tomó un lápiz grueso de dibujo y añadió, en letras de molde, CHINA.

—¿Blomquist?

—Dígame, Control.

—Quiero hablar con O'Hara.

—Está todavía en la misión.

—Que vuelva.

—Se lo diré.

—¿Le hemos pagado?

—El cobro está confirmado.

—Pero no ha recibido aún su dinero.

—Afirmativo.

—¿Suiza?

—UBS de Zúrich.

—Que lo recoja y después venga a verme. Digamos el 20 de marzo.

¿Entendido?

Blomquist murmuró algo, mordió el aire o masticó una sílaba, algún gesto de acatamiento. Control colgó sin despedirse.

Volvió al teatro estelar. Mencionó nombres dulces y desconcertantes, antiguos: Antares, Aldebarán, Arturo. La más bella música; los más inefables símbolos. La épica del mundo, y la humildad del hombre, encerrados en una mirada.

Bebió de nuevo, sirviéndose una segunda copa. Esta vez con avidez y voluptuosidad. Tras apurar el contenido, pasó la mano cenicienta por los labios. En el dorso, como una mariposa roja, halló una mancha de vida y resurrección.

—Richard Samuel O'Hara —dijo.

Imaginaba a las personas mucho más jóvenes de lo que eran. Al fin y al cabo, a su lado todos estaban dando sus primeros pasos en la vida, eran

principiantes en los calendarios. Con O'Hara no fue una excepción. Como si hubiera olvidado la información contenida en la ficha, Control esperaba un recién egresado de las élites universitarias y se encontró a un hombre maduro, ascendiendo hacia el antepenúltimo o penúltimo gran círculo de su trayectoria vital.

Lo miró a placer durante casi un cuarto de hora, mientras le hacía esperar en la biblioteca. Se congració con el visitante incluso antes de haber llegado a intercambiar un saludo, cuando advirtió que no se inquietaba por la tardanza de su anfitrión y estudiaba con mimo objetos que Control amaba sin desmayo: las estatuas africanas, la colección de máscaras *netsuke*, el *Nocturno en negro y oro* de Whistler. Alguien con gusto les hubiera dedicado a lo sumo un par de minutos; alguien meticuloso hubiera olvidado las obligaciones que lo habían conducido hasta aquella sala e incluso la descortesía de quien le estaba haciendo esperar. Dedujo que O'Hara pertenecía a la segunda categoría de observadores sin descartar por ello que militara en la primera. Y para la misión que le tenía destinada, Control necesitaba alguien dueño de una inmensa paciencia.

—Bienvenido a mi casa.

Limpia y sosegada, como si la milenaria cosecha de acentos que arrastraba hubiera conducido a la paradoja de una purísima asepsia, la voz de Control resonó en la habitación con un eco inesperado.

—Es un honor, señor.

Detectó en el timbre de O'Hara una profunda nasalidad, aunque no supo si era fruto de las aulas de Cornell o de un resfriado inoportuno. A veces el clima de Europa jugaba malas pasadas.

Su mano se extendió firme, dura como madera, pero al estrecharla, por un pasadizo de la memoria, a O'Hara se le coló la frágil garra de Josef Mundt. El creativo calculó que su patrón tendría setenta y cinco, acaso ochenta años. También que estaba erguido como un mástil y que desprendía un aroma juvenil, una mezcla de albahaca y limón insólita para una fragancia en una piel anciana.

—*Honor* es una palabra pomposa, O'Hara. *Placer* es más que suficiente.

O'Hara concedió bajando la mirada. A Control le agradó aquel gesto

entre la coquetería y la distinción.

—Siéntese, por favor. ¿Le puedo ofrecer algo de beber?

O'Hara pidió ginebra sola.

—No bebo —dijo Control—. Pero me gusta que los demás lo hagan.

Paladeando el alcohol, O'Hara señaló la pared orientada al norte.

—Whistler es un príncipe entre los pintores. Tiene usted un gusto exquisito.

—¿Le interesa el arte? —preguntó Control.

—La abstracción —respondió O'Hara—. En especial, la abstracción. Esa obra es un milagro —añadió sonriendo. Su gozo no nacía de la vanidad de las academias, sino del placer de un hombre satisfecho. Hubiera dicho lo mismo ante un caballo de carreras o ante una mujer hermosa—. Un punto de no retorno. Un mordisco a la Historia. En ella estaba contenido el porvenir de la pintura.

Control se mordió el labio inferior. *Porvenir*: una curiosa palabra.

—Pero creía que esa pintura estaba en Detroit. No esperaba encontrármela aquí, en Nueva York, en una casa particular.

Control se tocó la punta de la nariz. O'Hara pensó de nuevo en Josef Mundt. Cuchillas desinfectadas, continentes blancos, forenses pulquérrimos.

—Detroit vivió una pésima racha a comienzos de siglo. Seguro que lo recuerda. Entonces, durante unos años, se pudo adquirir gran arte norteamericano a un precio razonable.

—¿Digamos el cinco por ciento de un protocolo médico?

—Digamos algo más. Digamos bastante más, en realidad.

Así que el viejo, en efecto, era lo que O'Hara había previsto, un fenicio auténtico, un capitán de los negocios. Aunque le gustaba estar allí, hablando cara a cara con Control, al fin frente a frente con el dueño de Arconte Limited, libre de las ataduras del mito y de las glosas irrespetuosas o nacidas del temor.

O'Hara acabó la ginebra y contuvo el deseo de pedir otra. Quería mantenerse sobrio. Porque no tenía ni idea del motivo por el que estaba en aquella casa. Su estancia en Suiza no le había iluminado al respecto. Y Blomquist había permanecido cerrado como una tumba. Ninguna de las

hipótesis que O'Hara había manejado duraron más de veinticuatro horas. Hasta que dejó de jugar al hombre soñador. Desde entonces se había limitado a pensar en su retiro. En todo caso agradecía haber escapado de Zúrich y de su placidez, por no mencionar el ominoso recuerdo del fantasma de Josef Mundt. En Nueva York, nada más aterrizar esa misma mañana, sentía que la vida se había posado sobre sus hombros como un gato gordo y lascivo. Se sentía exultante, volcánico. Le había apetecido gritar su nombre al poner un pie en la Avenida Madison. Allí no había chinos negligentes ni centroeuropeos satánicos. Sólo egoístas, absurdos, obscenamente vivos ciudadanos de Nueva York.

—Imagino que no sabe por qué le he hecho llamar. —La voz de Control lo devolvió al mundo de Whistler y los interiores de lujo. Era una voz importante, capaz de abolir cuanto fuera secundario—. Lo cierto es que necesito su ayuda.

O'Hara vaciló en su decisión de no pedir una segunda copa. La suerte estaba echada. De algún modo, sintió que estaba echada desde que Blomquist había descolgado el teléfono.

—¿Me sirve otra ginebra?

John Ruskin, el historiador del arte, había lapidado *Nocturno en negro y oro* de Whistler. Basura. Insulto público. Lindezas de ese calibre. Una sensibilidad sublime como la de Ruskin dando un patinazo de semejante envergadura. La vida era incomprensible. O'Hara se preguntó si Ruskin habría lamentado ese dislate en algún momento de sus últimos días. Si cara a cara ante el espejo, durante alguna de esas veladas victorianas, no se habría avergonzado ante su ceguera.

—¿Puedo serle sincero?

—Por descontado, O'Hara. Nada me haría más feliz.

O'Hara bebió y chasqueó la lengua. La sentía adormecida, narcotizada por el sabor a enebro de la ginebra.

—He pensado en abandonar Arconte Limited. El trabajo con la lactosa me ha dejado en una situación muy confortable. Y yo —su mano esbozó una figura un tanto confusa: podía ser una nube, una elipse, incluso un cohete que ascendía hacia los cielos— no soy alguien con grandes aspiraciones. —La

nube se deshizo, la elipse tembló, el cohete cayó a tierra, junto a los pies de Control—. Mi felicidad, hoy por hoy, consiste en no hacer nada.

Control rió una carcajada breve y angustiada. Por vez primera durante la velada, O'Hara se sintió incómodo.

—¿Puedo preguntarle dónde tiene pensado no hacer nada?

—He encontrado un bellísimo lugar en Venecia, en la isla de Giudecca. Una residencia magnífica para un hombre solo, muy cerca de San Giorgio Maggiore.

Un relámpago sacudió a Control. Una capilla húmeda, un puente minúsculo, gatos furiosos como gárgolas. De fondo, arcaico y fúnebre, el canto en dialecto de un gondolero. Una postal de la decadencia mientras en su boca se desvanecía el sabor de una carne fresca y joven, irrecuperable. Ella tenía quince, a lo sumo dieciséis años. Él arrojó su cuerpo a las aguas, con un ruido de bofetada en sus oídos.

Si O'Hara llegó a percibir cómo aquel relámpago cruzaba el rostro de Control, se abstuvo de mencionarlo. Entre tanto, su anfitrión se había llevado la mano al bolsillo interior de su chaqueta.

—Permítame enseñarle algo —dijo Control.

Esa misma noche O'Hara regresó a la casa de sus padres en Woodlawn. Su hermana se había trasladado allí tras divorciarse, manteniendo la casa tal y como O'Hara la recordaba cuando la visitó por última vez, poco después de que su padre muriera, el mismo año en que había comenzado a trabajar para Arconte Limited. Lo emocionó reencontrar su humildad y sencillez, su callada alegría. Viudo desde una edad relativamente temprana, su padre no se había vuelto a casar, dedicado a criar a sus dos hijos con esfuerzo y orgullo. El orden, la ecuanimidad y la voluntad eran para él valores centrales, pero O'Hara nunca había detectado en ello una impostura ética o religiosa. Si su madre era para él un aroma de genciana, un *memento* proustiano, su padre había encarnado un principio diáfano y al tiempo enigmático, quizá el más enigmático sobre la tierra: la bondad.

Y aquella bondad, que había sobrevivido al nacimiento de internet y al

descubrimiento del grafeno, que se había mantenido tan sólida y fecunda como el trazo original que con lodo rojo un ancestro sin nombre había trazado en una de las primeras habitaciones conocidas, O'Hara la podía identificar entre los muros que albergaban recuerdos de un pasado irlandés (una gaita con la inscripción *Erin go bragh* grabada en el *chanter*; una caricatura a estilográfica de Parnell; una bufanda verdiblanca del Shamrock Rovers), fragmentos de un mundo que, si bien honestamente no podía identificar como propio, esa noche lograba emocionarlo.

Oona lo besó en las mejillas y le acarició el lóbulo de la oreja, un gesto que, como los objetos de su padre en las paredes de la casa, sobrevivía anclado en alguna estancia remota, un fósil de la emoción que era una marca identificativa, el intercambio de afecto y solidaridad entre dos cuerpos que compartieron infancia y adolescencia bajo el mismo techo. Cuando semanas antes O'Hara había telefoneado a su hermana desde Berlín para preguntarle por el color de los ojos de su madre, la figura de Oona, a través de miles de kilómetros de distancia, se había dibujado a duras penas en su memoria, como el recuerdo que un pintor conservaría de un viaje de estudios que décadas antes, cuando era joven y salvaje, hubiera efectuado por un país lejano, al que nunca después regresó. Ahora, al encarnarse ante él, al posar los labios sobre sus mejillas y rozarle la oreja con los dedos, Oona recuperaba no sólo las formas de la materia viva, sino aquellas otras mucho más intensas y paradójicamente reales que constituían el depósito de una memoria sentimental. Era su hermana. La única que jamás tendría. La carne más cercana a su propia carne.

—Pareces cansado —dijo Oona.

—Lo estoy —respondió O'Hara—. En Suiza estaría durmiendo hace horas. Y mi cuerpo todavía conserva memoria de la estancia en China. No es fácil vivir en tres continentes al mismo tiempo.

—¿Cuánto tiempo te quedas en Nueva York?

O'Hara tomó la mano de su hermana y se la llevó a la nariz. Era un juego que jugaban de niños. Con los ojos cerrados, para aprender a identificar los olores más bellos del mundo: romero, barniz, hierba cortada, café, pan tierno.

—Un par de días. Después regreso a Europa.

Al mencionar Europa sospechó de su propia voz. Lo cierto era que se había concedido cuarenta y ocho horas de plazo antes de volver a encontrarse con Control y darle una respuesta a su proposición.

—¿Cómo está mi sobrina?

Oona recuperó su mano y se alejó de O'Hara.

—Crece. Desconfía de mí. Tiene amigos de aspecto siniestro. Lo habitual a los trece años.

—¿Y John?

—El divorcio le sienta bien —dijo su hermana—. Le ha quitado la tristeza de los últimos tiempos que compartimos. Te sorprenderías si lo vieras.

O'Hara recordó que John era un hombre rígido, algo espartano, pero confiado y afable, una especie de resumen de su propio padre, como si Oona se hubiera enamorado del doble de quien la concibió. El divorcio de su hermana había sido algo inesperado para O'Hara, hasta cierto punto inconcebible de adherir a una personalidad como la de John.

—¿Y a ti? —preguntó O'Hara—. ¿Cómo te sienta tu nueva vida? Regresar a la casa de papá y mamá.

Oona espió la noche por el ventanal de la cocina. Había comenzado a caer una lluvia oblicua y leve, que el viento deformaba en su trayectoria.

—A veces me siento morir —dijo Oona. O'Hara pensó en el dolor que su padre habría sentido ante aquellas palabras. El dolor de un padre ante la desesperación de uno de sus hijos—. Otras, sin embargo, agradezco a John su honestidad, que me dejara y rompiera con una mentira. Que acabara con nuestro amor antes de seguir traicionándolo. —O'Hara se preguntó si aquél era el momento en que debía abrazar a su hermana—. Pero casi siempre es durísimo. La idea de no volver a verlo. O la idea aún más terrible de verlo una vez a la semana, cuando viene a recoger a Karen. Como si fuera un vendedor de enciclopedias a domicilio. O el hombre de la compañía del gas. —Oona dudaba al borde de las palabras, buscando acomodo para su derrota—. Es un insulto, Richard. Un insulto intolerable.

O'Hara tomó a Oona por los hombros.

—El dolor pasará —dijo en voz baja, casi al oído de su hermana. No

sintió que estuviera usando una fórmula estúpida, rescatada de algún manual del duelo, sino que supo que estaba hablando desde el fondo de su corazón, como alguien que lleva en las manos una certidumbre—. Un día despertarás y el dolor habrá pasado.

Oona se volvió para abrazarse a su hermano. Lo habían hecho tantas veces, durante tantos años, y un día la vida los había alejado también de esa forma del consuelo. El amor entre hermano y hermana era el más extraño de los afectos, pedazos de un mismo molde destinados a separarse pero a reconocerse una y otra vez, testarudamente, como parte de un solo principio. Porque la mitad reencontrada no era la mitad de la mujer o del hombre deseados, sino la mitad de la hermana o del hermano un día perdidos. La sangre era más fuerte que el azar.

—Háblame de China —dijo Oona entre sus brazos—. Cuéntame qué has hecho allí.

En la cama de su adolescencia lo embargó una emoción abrasadora. Qué abismo, la memoria. Mientras escuchaba a Oona moverse en la planta baja, acarreando su dolor insomne como una nave que no alcanzara puerto seguro, experimentó piedad por su hermana, obligada a redescubrir una casa que había dejado de ser la suya durante más de veinte años. Él se movía en un clima más amable, semejante al que regala reencontrar un viejo tesoro, un mapa de la infancia. De hecho, así se sentía en la cama estrecha e incómoda en que su vida se detuvo y contuvo durante años, consciente y abrumado ante la evidencia del capital de recuerdos que puede atesorar un sencillo mueble, sumido bajo la aplastante cantidad de vivencias, aunque se contemplan desde la perspectiva de la rutina, que pueden tener cabida entre las paredes de una estancia.

Para que la emoción no lo asfixiara, para que el contenido de su pasado en aquella casa no devorara su razón, se obligó a estudiar la fotografía que Control le había dado. El tamaño era el de una antigua tarjeta postal, idéntica a las que asaltan al curioso en los mercados de las pulgas diseminados por el mundo, entre la avalancha de hombres, mujeres y niños muertos que lucen

vestidos y peinados ridículos, rodeados de objetos cuyo uso no es fácil de discernir a primera vista, posando ante paisajes pintados a mano, biombos decorados con aves del paraíso, fondos neutros y solemnes donde en ocasiones se intuye la presencia de un cortinaje vetusto. Un mundo matizado en sus blancos y negros, poblado por mostachos, miriñaques, trajes con borlas y encajes, animales de compañía inmortalizados en ese obstinado estoicismo que ampara a las bestias en los retratos de interior.

Pero en la imagen que Control le había confiado no existían hombres, mujeres o niños. Mucho menos animales. Ninguna escena de interior se representaba en ella. La imagen era la evidencia de una desolación, de un mundo desnudo y a buen seguro hostil, donde la vida debía constituir, cada día, una disciplina compleja. Engastadas en la roca viva, parecidas a celdas en un inmenso panel, un conjunto de estructuras gemelas, poco más que cuadrados trazados sin esmero, se hundían en el lecho de piedra para escapar de algún tormento ancestral: el calor, la arena, el viento abrasador.

Todo en torno a esas grutas excavadas en la entraña terrestre era vacío y planicie, una suerte de yerma e inagotable salina, un horizonte calcinado y devastador por su ausencia de formas, como un paisaje anterior a las estrategias del consuelo. Era esa ausencia de promesas, ese absoluto desprecio a la posibilidad de un lugar donde reposar la fantasía, lo que hacía de la imagen un abismo imposible de ignorar. Vivir en aquella representación sería como vivir al borde de la nada. Algo tan severo que incluso el lenguaje se resistía a nombrar sus poderes.

Y entonces O'Hara revivió el ruego de Control, la quimera que le había propuesto en su residencia del East Village, con obras maestras de la historia de la pintura en las paredes y un confort que iba más allá de lo que la posesión del dinero podía comprar.

Un punto en los mapas, eso había dicho Control. Un punto en los mapas tenía que corresponderse con la fotografía. En alguna coordenada del mundo debía encontrarse el modelo del que la imagen era copia. Control no se permitía pensar en el tiempo que mediaba entre que la imagen había sido capturada y el momento en que su deseo era expresado. Control no se concedía el pensamiento de que quizá aquel fragmento de mundo ya no

existiera salvo en aquella cartulina gastada en sus bordes. Control no contemplaba la posibilidad de que el tiempo, el gran tirano, el único en realidad, hubiera podido borrar semejante escenario. No. Un acto de fe gigantesco, del tamaño exacto de su vida, impulsaba a Control a acatar sin asomo de duda el hecho de que en algún lugar, feroz, inalterada y terrible, la imagen que la fotografía representaba esperaba ser reencontrada.

Hasta que Cornell derribó sus límites de hijo esforzado de una familia de escasos recursos, el mundo de O'Hara había sido muy pequeño. Si ahora, a los cuarenta y cuatro años, echaba la vista atrás, descubría que había dado la vuelta al mundo más de veinte veces desde que trabajaba para Arconte Limited. En el cómputo de los hombres de su familia apellidados O'Hara, a él le había sido concedido el privilegio del nomadismo. Imaginó a los hambrientos O'Hara de Irlanda, a los valientes O'Hara que huyendo de la penuria dejaron la isla santa y sabia, a los esforzados O'Hara que en Estados Unidos levantaron un mundo de un ascetismo que rayaba en la mística hasta desembocar en su propia experiencia, en Richard Samuel O'Hara, un hombre que acababa de ganar cinco millones de dólares en el otro extremo del mundo y contemplaba un pedazo del planeta que otro hombre extraño, cuyo verdadero nombre desconocía, le había encargado encontrar.

Al precio que sea, había dicho Control en su casa del East Village, mirando una pintura de James McNeill Whistler como si en ella pudiera encerrarse el valor de aquel paisaje desértico. Encuéntreme ese lugar al precio que sea, había repetido irguiéndose como un tótem oscuro y temible, como si por un milagro de la perspectiva o de las palabras Control hubiera dejado de ser un anciano frágil, encerrado en un cuerpo cercano a la extinción, para encarnar alguna forma no maléfica pero sí pavorosa del poder y sus símbolos. Vuelva con el nombre de ese lugar y yo le daré a cambio lo que desee, había concluido Control mientras su índice apuntaba a O'Hara como un venablo de luz.

Se despidió de Oona en el porche de la casa de Woodlawn, apretando las manos de su hermana como si en ellas se contuviera algo percedero y

valioso, la vida de un pájaro.

—Ni siquiera has visto a Karen. A menudo pregunta por su tío. Te considera alguien famoso.

Comprendió que las palabras de su hermana no eran de reproche, y que tampoco escondían una ironía. Oona jamás se había inmiscuido en sus decisiones. Siempre había aplaudido su voluntad de dejar atrás, lo más deprisa posible, el barco de los O'Hara. Sólo le recordaba su modo de vida, que a pesar de su soledad de divorciada, a pesar de su desamparo de madre que comenzaba a distanciarse de su hija, existían personas inamovibles en su entorno, como las estrellas fijas para un marinero. Que Oona supiera, nadie brillaba así en el cielo de O'Hara. Y la pregunta insalvable, para la que no había respuesta, era si aquella falta constituía una virtud o un fracaso.

Liberó las manos de su hermana y se obligó a mirarla como si la viera por vez primera. Acudió a su memoria una expresión de sus años de estudiante: fatiga de los materiales. Fallas en las estructuras de objetos concebidos para perdurar en ciclos inmensos de trabajo y tensión, sometidos a fricción, erosión, corrosión, alternancia de temperaturas. Grietas que atenazaban y devoraban la función de máquinas de alta precisión y excelente rendimiento. Fatiga de los afectos. Por qué no. ¿Acaso el corazón, y no sólo en un sentido físico, entendido como un motor, sino también considerado como el asiento del cariño, fracasaba del mismo modo?

—Te llamaré pronto. Lo prometo.

—Córtate el pelo —dijo Oona—. Tan largo te hace parecer mayor de lo que eres.

O'Hara echó a andar en busca de un taxi. Volverse antes hubiera sido una temeridad, pero al llegar a la esquina de la calle se permitió una mirada a la planta superior de la casa, a la ventana entreabierta de su habitación.

Esa tarde, mientras hacía tiempo en un café italiano antes de rendir la visita prometida a Control, cayó en sus manos un ejemplar atrasado de *Variety*. En la sección dedicada a los mentideros de Hollywood, le llamó la atención la fotografía de un hombre de rostro aniñado, que lucía una camiseta Adidas de

licra amarilla y negra con el dorsal 1380. Supo que conocía al corredor, que había visto su foto reproducida en multitud de ocasiones durante los últimos años, pero se sintió incapaz de ponerle nombre al atleta hasta que leyó el titular vinculado a la imagen:

DAVID CRONENBERG
CONFIRMA QUE RUEDA UNA PELÍCULA
SOBRE EL PILOTO SUICIDA ANDREAS LUBITZ

La noticia, que merecía un espacio no muy apreciable en *Variety*, informaba de que el día 24 del próximo mes de marzo se cumplirían diez años del accidente de Germanwings en los Alpes franceses.

O'Hara consultó el reloj de pared instalado encima de la cafetera Gaggia que ocupaba tres cuartas partes del espacio destinado a los camareros. En Europa los relojes estaban a punto de alcanzar la medianoche que marcaría el paso al día 24 de marzo.

Percibió un sobresalto, como cuando el escalón no se encuentra bajo el pie que avanza. Una página en blanco donde debería haber texto. Cierta forma de colapso digital. La apertura de una puerta en la dirección inesperada.

Y con algo parecido al espanto que a menudo procura la lucidez, supo que había encontrado una petición que exponer a la oferta de Control.

MODERATO

LA VISTA DESDE GIUDECCA

La culpa fue de la signora Cortinovis.

Con su apellido inolvidable y su empalagoso inglés, adquirido en algún suburbio de Brighton durante un verano de pesadilla, mientras trabajaba como *au pair* para una familia agotada por las rutinas y devastada por las hipotecas, y que la reenvió a Italia mediado el mes de septiembre con varios kilos de sobrepeso y la piel macilenta y gris por culpa de la espantosa dieta insular, fue ella quien remitió a O'Hara durante su breve estancia en Zúrich el exultante mensaje de correo junto a las fotografías de la casa en venta en Fondamenta delle Zitelle.

Repleto de signos de exclamación y esfuerzos por sugerir que el eventual comprador se hallaba ante una ganga, aquel tipo de redacción adolescente, que por lo común tanto exasperaba a O'Hara, no lo desalentó en esta ocasión, invitándole a considerar que acaso mereciera la pena dedicar un rato de su tiempo al mensaje antes de cancelarlo. De hecho, apenas veinticuatro horas más tarde estaba en Venecia. Al fin y al cabo, si el ingenio humano era la sal de la tierra, él, que había hecho de la admiración un Dorado, no podía negar que en pocos lugares había llegado tan lejos el talento del hombre como en la Serenísima.

Por su belleza y emplazamiento, la casa era extraordinaria. O'Hara

necesitó sólo un par de minutos para darse cuenta de que estaba de suerte. *Che culo!*, le hubiera gustado exclamar a la signora Cortinovis, que temblaba en un vestido inadecuado para una mañana como aquélla en la Laguna, lo que permitió a O'Hara admirar sus piernas y sus hombros, la gracia no exenta de rotundidad con la que se movía por las estancias vacías mientras él la seguía con una excitación no muy distinta a la que un pintor, cuatrocientos años antes, habría experimentado ante otra modelo parecida, que se desplazara de habitación en habitación dejando tras ella un leve perfume a lirios.

O'Hara se asomó a una ventana para respirar el aire de Giudecca. En sus viajes por el mundo había aprendido que cada ciudad aspiraba a una metáfora que la encerrase, pero que el agua las borraba todas, porque a todas las contenía. Así, al adoptar la forma del cuerpo de acogida, el agua había sometido Venecia al conjunto de metáforas disponibles.

Campanili celebrando al Pantocrátor y a sus legiones angélicas, fachadas de ladrillo ligero y rosa como una lluvia de pétalos, bellísima piedra de Istria con la que impermeabilizar las fábricas de los edificios y por debajo, tejida como una telaraña nemorosa, una red de pilotes de roble y de pino que no se pudrían debido a la falta de oxígeno, impidiendo de ese modo la acción de los microbios que se alimentan de madera. Porquealzada sobre una arboleda inmensa y casi siempre invisible, conformada por miles de metros cúbicos, la ciudad era un ámbito en perpetuo estado de sitio, asomado a una sima blanda.

Mientras la signora Cortinovis continuaba hablando, tan excitada que había abandonado el inglés en beneficio de su italiano natal, pronunciado con un feroz acento véneto que la investía de una especie de fecunda procacidad, Venecia se le presentaba a O'Hara como la primera vez que la había visitado veinticinco años atrás, cuando era un universitario arrogante, un bárbaro americano: sin lugares intrascendentes, espacios muertos ni transiciones átonas. Porque si en la mayoría de las ciudades abundaban lugares que sólo existían para conducir de un punto a otro, lugares de paso o no lugares que vinculaban entre sí los lugares de estancia o afirmación, en Venecia, en cambio, el lugar de paso, el no lugar, había sido abolido. Cada metro de la ciudad importaba, encerraba una promesa de belleza, un escenario para el reposo y la contemplación.

Venecia era la sede de todas las fugas y anhelos, ciento dieciocho islas que hacían del asombro su expectativa. Y él estaba ahora allí, habitante de una de las teselas del mosaico, tentado de estrechar entre sus brazos a la rolliza Musa de la Arquitectura que compartía el ventanal hasta sellar sus labios con un beso efervescente. Pero en vez de eso se retiró del mirador, condescendió en escuchar hasta el fin los encantos de un producto que ya había decidido adquirir y galanteó con la signora Cortinovis al modo nacional, con una mezcla de teatralidad y descaro, dejándola creer que su figura sensual, escapada de algún lienzo profano del Quattrocento, había jugado un papel importante en la decisión de O'Hara, lo cual, siendo indudablemente falso, no por ello dejaba de aproximarse a la verdad.

Una de las sensaciones más placenteras que se experimentaba en un lugar tan sacralizado por la costumbre y los manuales era perderse. Durante las primeras semanas en su nueva casa, regresando a Giudecca a bordo del último *vaporetto*, comprendió que la pérdida del rumbo no era sólo una categoría náutica, sino también psicológica. Nada mejor para entender la experiencia veneciana que salir sin brújula ni mapa, dejarse conducir por el instinto o, llegado a una encrucijada, tomar por el lado menos transitado. Porque en Venecia, como en ninguna otra ciudad, el extravío comportaba un beneficio, una garantía para el hallazgo, la certidumbre de que cada nudo deshecho regalaba alguna maravilla: una estatua insolente, un balcón sobre el agua, ropa tendida como banderas ondeando al viento de la Historia.

Tras volver de su entrevista con Control y su visita a la ciudad de sus mayores, O'Hara se había convertido en un vagabundo. Caminaba por Venecia sin objetivo preciso, sin itinerario definido. Ni siquiera compraba provisiones, pues comía y bebía donde el hambre y la sed lo asaltaban. Le gustaba deambular entre la multitud, hasta confundirse en el laberinto de su recién estrenada ciudadanía. Ajeno a los visitantes, indiferente a los reclamos, pertrechado en un silencio que no era tanto desprecio como obstinación, veneciano desde hacía no meses ni años, sino siglos, desde que tras la destrucción de Aquilea por hunos y longobardos los antiguos vénetos habían

conquistado aquellas marismas infectas para levantar un monumento a sus ansias de supervivencia, O'Hara gastaba sus zapatos como si el mundo caminara hacia su renovada extinción, empeñado en grabar en sus pies una huella que sólo así podría perdurar.

Aunque lo que estaba redactando era el pliego de argumentos necesario para fortalecerse ante su siguiente empresa. Pues sabía que con su regreso a Venecia había firmado un pacto con el tiempo, una tregua que le permitiera prepararse para afrontar aquel otro empeño decisivo, el que había sellado con Control en su vivienda del East Village y tenía como objetivo la revelación de un lugar en los mapas y la satisfacción de un deseo primitivo. Sí, como un hombre que acumula oxígeno antes de sumergirse en el abismo, O'Hara se había empeñado en grabar en su retina cada rincón de una ciudad que ahora reclamaba suya antes de emprender el viaje largo y sin duda penoso que lo aguardaba encerrado en una vieja fotografía. La misma que, ampliada hasta ocupar el panel de corcho que presidía la cocina, acompañaba a O'Hara mañana, tarde y noche, hasta el punto de que su presencia se había convertido en la de un segundo morador de la casa, deidad muda pero ineludible que prestaba a la reproducción rango de personaje, como si ya no sólo contuviera un dónde, sino también, fatal e inevitablemente, un quién, un qué, incluso un por qué.

Pues fijada al corcho con chinchetas de colores, semejante a un animal de experimento en el que se testaran toda clase de fármacos hasta dar con el adecuado para revelar la naturaleza, el *quid*, el enigma que sacara a la luz la esencia de un mal resistente a toda forma de escrutinio, la fotografía era una interrogación que aguardaba su respuesta, el invitado electo aunque incómodo para el cual, sin falta pero sin espacio para la vacilación, había que encontrar el acomodo que le correspondía.

Contemplado de cerca, cualquier cuadro es apenas una mancha. La materia que el pintor ha empleado devora su sentido. Quedan el gesto, el impacto del color, la contundencia de un grosor, pero ese perro enterrado en la arena, esos niños que exponen su desnudez al sol, la excelencia de un perfil ducal

atrapado por una mano dulce aunque al tiempo severa antes de la invención de la imprenta se reducen a un conglomerado arduo de interpretar. El ojo, sin aire ni espacio, se ahoga y ciega. La proximidad destruye su función. Ver es un acto de distanciamiento. Paradójicamente, no hay apropiación sin lejanía.

Quizá suceda como en el amor, que resulta inenarrable mientras se vive.

O'Hara comenzó a *ver* la fotografía de Control cuando se separó de ella, cuando puso distancia con aquel monstruo que cada día escrutaba con ayuda de una lente de aumento. Que hubiera tomado posesión de la casa no era lo peor. Control no le había ahorrado, en su exigencia, semejante posibilidad, el hecho de que también para O'Hara la fotografía se convirtiera en una obsesión. El dato central estaba en otra parte. En que mientras intentaba comprender lo que la fotografía escondía era incapaz de comprender el resto del mundo. Sólo al recuperar los objetos de cada día empezó a acercarse a un posible orden dentro de la imagen.

En sus paseos por la ciudad alcanzó a desentrañar un método, una actitud. Como si las capas y capas de significación que miles de generaciones habían dispuesto en nombre de la belleza, el poder y la locura se revelara como un único dispositivo cultural. La tentación de encontrar un sentido a la amalgama de estímulos operó en O'Hara de un modo curioso, logrando que aplicara una lógica precisa a cuanto hasta entonces se había obstinado en ignorar. Dicho de otro modo: la complejidad de la red social, económica y folclórica sobre la que se inscribía Venecia, la pluralidad de estímulos que cada día amenazaban con oprimirlo y devastarlo, le ayudaron a despojarse de cualquier residuo de negligencia hasta observar la fotografía de Control en su desnudez.

Como cualquier sensibilidad educada, lo que temía era perder la pureza, esa sensación tan común a los antropólogos de que, cuando llegan a estudiar un pueblo y su cultura, sean los nambikwara que visitó Lévi-Strauss o los melanesios de las Trobriand que frecuentara Malinowski, lo hacen demasiado tarde, cuando tanto el sentido del pueblo como su cultura se han desvanecido, convertidos en otra cosa. Rehén, como todo espectador, de esa desdicha de la mediación entre un tiempo original y un tiempo propio, entre el tiempo de la fundación y el tiempo de la narración, O'Hara comprendía que Venecia se le

escapaba. Como si, aplicada su interpretación y análisis de lo visto, el concepto «Venecia», el pueblo y la cultura «Venecia», no estuvieran allí. Como si su mirada, en definitiva, hubiera operado sobre un fantasma sólo existente en las astutas coordenadas del turismo transnacional.

Pero acaso con la fotografía de Control cabía la esperanza de que tal cosa no sucediese. Partiendo de la imagen quizá fuera posible desentrañar el vínculo. La desnudez de cualquier otro dato, la falta de la más mínima coordenada espacial o epocal protegían al estudioso. Incontaminada en su desnudez, en su ausencia de gramática y simbología, la fotografía era lo que prometía: el origen innominado de una voluntad poderosa que quería, necesitaba, exigía saber. Y fue así, al final del primer mes de su estancia en Venecia, cuando O'Hara comprendió que poseía una clave. Despertar en Giudecca cada mañana, vivir en uno de los teatros más visitados y significativos del mundo, y por ello en uno de los menos comprensibles, le regalaba el mejor estado de conciencia posible para identificar su anverso: un lugar sin nombre, un lugar sin público, un lugar sin narración.

LA POSTULANTE

Érase una vez un noble rico no sólo en dinero y propiedades, sino también en ocio y meditaciones, que se preguntó cuál sería el método más eficaz para solventar un imposible. Por ejemplo, hallar una aguja en un pajar. Uno de esos juegos de clarividencia que el hombre se plantea con la esperanza, si no de alcanzar la sabiduría o la felicidad, al menos de aliviar sus rutinas. No se podía descartar sin embargo que el noble quisiera aplicar dicha enseñanza a efectos prácticos. Quizá para gobernar sus tierras; quizá para ordenar su conciencia; quizá, como fue insinuado, para entretener la espera de la muerte.

El caso es que, agotando el campo de lo posible, el noble encontró varios métodos para resolver el enigma. Los dos primeros tenían que ver con los elementos, pues era hombre versado en filosofía y había frecuentado a los presocráticos. Pensó que, si se incendiaba el pajar, la aguja se hallaría entre los restos carbonizados; de modo parecido, pensó que si se hundía el pajar en agua, antes o después, por decantación, la aguja aparecería. Pero los riesgos que ambas prácticas conllevaban lo desalentaron. Tenía que existir una manera menos cansina y más elegante de superar las dificultades. Probó entonces, anticipándose a la historia del pensamiento, con aplicar un método que con el paso de los siglos acabaría por denominarse hipotético deductivo.

Pero cuanto más avanzaba en sus pesquisas, más lo alarmaba lo penoso del trayecto. Una cosa era degustar la filosofía en textos ajenos, y otra muy distinta era jugar uno mismo a filósofo. Así que, harto de soluciones extremas y de cábalas intrincadas, el noble pensó que el camino más sencillo consistiría en restituir la aguja perdida con una nueva. Bastaba tomar la bolsa, arrancar de ella la más humilde de las monedas y hacerse no con una sustituta, sino con cientos de ellas. Pero algo en su interior se rebeló ante semejante solución. Después de todo, el noble era un caballero *sensu stricto*, que no se dejaba engañar por sus fantasmas. Prefería pecar de temerario antes que vencer con cartas marcadas. Hasta que un día, sospechando haber llegado a un callejón sin salida, mientras daba un paseo a caballo por sus propiedades reparó en un joven que masticaba un tallo de hierba sentado al borde de un río. Fue suficiente un vistazo al ocioso para comprender lo que debía hacer. Como fueron suficientes unos segundos para aceptar que la solución al problema había estado a su alcance desde el primer momento.

En la fábula original, Control había sido el noble; O'Hara, el joven ocioso. Pero tras instalarse en Giudecca, abducido por la implacable aguja y su laberinto, O'Hara siguió idéntico proceso de pensamiento que en la alegoría y desplazó el polo de actividad. Había que encontrar personas dispuestas a buscar una aguja en el pajar del mundo.

Sus años de trabajo en Arconte Limited le habían enseñado dos cosas. Una, que el dinero lo puede casi todo; otra, que donde el dinero no alcanza, alcanza la curiosidad humana o, si se prefiere, su amor por lo extraño. Sabía por experiencia qué infinito puede ser el arsenal de tentaciones existentes, qué bizarras las motivaciones conducentes a cualquier hallazgo. Él mismo era la prueba de un hombre sostenido por razones descabelladas para otros. El placer que le causaban los accidentes, que una humanidad legitimada por siglos de vademécums morales no dudaría en calificar de morboso, le servía como ejemplo para una catalogación inhabitual del ser humano. Cada cual, en su almacén privado, abierto a lo que el resto de viajeros quisiera depositar en su interior, se dejaba alimentar por nutrientes insólitos.

El anuncio con el que empapeló los *vicoli* venecianos y colonizó el dominio seekalandscape.com atendía a esa doble tentación: el dinero y la singularidad.

SE BUSCA LECTOR DE PAISAJES
ABSTENERSE ESTUDIANTES DE ARTE
REMUNERACIÓN DE CINCO CIFRAS

El aviso se le reveló como una obra maestra. Era conciso y sugestivo. Abría el campo a un universo raro y al tiempo expresaba un prejuicio. Atraía desde el mero enunciado de la prosa y dibujaba un perímetro preventivo. Exigía una aptitud que no se aprendía en academia alguna y sugería una recompensa digna de un príncipe. Control estaría orgulloso de la prosa eficaz y soberanamente ambigua, dirigida a una especie de mundo flotante del talento.

O'Hara se concedió un mes.

Jornadas que dedicó a recorrer Venecia, engordar su archivo sobre las catástrofes en la época de la espesura digital e invertir parte de su reciente fortuna en Bolsa no tanto por un prurito de ambición como por un reto a su inteligencia. Mientras la ciudad lo absorbía en su espiral de monumentos, recodos repletos de evidencias históricas y miserias cotidianas, mientras su dinero remontaba las escalas de cierta Babel intangible en la que la única *lingua franca* era el éxito, la obra del tiempo iba decantando en su fragua viva los perfiles de un puñado de aspirantes.

Pudo imaginarlos en sus indumentarias y modos de caminar antes de que acudieran ante su puerta, pudo anticipar sus rostros y la forma de sus cuerpos mientras por teléfono iba identificando sus voces, pudo sugerir qué climas y latitudes habían frecuentado en sus responsabilidades mientras los distintos ecos del inglés natal o aprendido cobraban forma mediante la ingeniería del sonido. O'Hara, que grabó las largas conversaciones mantenidas con cada uno de los demandantes, reconstruyó en el trigésimo primer día los itinerarios ofrecidos. Y confiando en su olfato, como si sus años al volante del asombro humano lo capacitaran para juzgar sin necesidad de ver, resolvió en la

trigésima segunda mañana devolver la llamada a uno solo entre las tres decenas de postulantes que habían respondido al anuncio original.

Amanda Behrens era alemana. Una cariátide. Y casi anciana.

La suma de estos tres elementos configuraba una visión espléndida, la de una hermosura marchita, orgullosa y pragmática. O'Hara la recibió como merecía: en silencio, contemplándola durante un intenso, reverente minuto. Cuando estrechó su mano, se supo cautivo de un carácter.

En buena medida, la historia de Amanda era la historia del siglo veinte: vacío, violencia y culpa. Hija de un país exhausto, que se había ganado el aborrecimiento universal y la vergüenza puertas adentro, creció en un hogar en el que la cultura y sus intangibles constituían la garantía no sólo de un autoanálisis impío, sin atisbo de condescendencia hacia la vesania propia y la colectiva, sino la certeza de que, aun en la resaca de la debacle, sobrevivía un mundo de valores.

Belleza. Verdad. Dignidad.

Esa dignidad que, en el caso de los padres de Amanda, protestantes y, en consecuencia, obedientes a la regla del escrutinio personal, significó regalar a su hija una infancia de viajes, estímulos, fronteras abiertas. Como si el odio se resolviera con la apertura. Como si el movimiento validara la refundación. La posibilidad de que una generación de alemanes aprendiera a confiar sólo en lo que veían sus ojos, y no en la prosa de los fanáticos ni en las sagas de sangre y pureza. Si hoy eran los cielos de España y mañana las nieves de Rusia, en algún momento de su periplo entre los seis y los veinte años Amanda fatigó por vez primera las calles de Italia, los puertos de Italia, las cumbres de Italia. Juró que volvería a la certeza de esos panoramas. Había encontrado su lugar bajo el sol de los hombres y de la Historia.

No se engañó. Regresó a Venecia en el filo de la edad madura, cuando ya había sido madre y había dimitido como esposa, y lo hizo para quedarse, gracias al blindaje que la herencia tras la muerte de sus padres le había garantizado. No necesitaba mucho para vivir. Le bastaba con saberse libre de otras ambiciones y con poder regalar a su hija las posibilidades que sus

progenitores le habían dado a ella.

Así que trabajó como guía, abriendo las puertas de la magia a miles de alemanes, austriacos, suizos y liechtensteinianos que abrevaban a expensas de la fábula y el mito en los arcanos de la Laguna. Lo hacía sin afectación pero con mérito, desapasionada pero intensamente, como si sólo Venecia pudiera juzgarla en las puertas que su enseñanza abría a la contemplación. Despojada de método, se dejaba llevar por la intuición de quien ama lo que conoce. Cada vez, en su boca, la ciudad renacía. Ése era su logro. La celebración de una dicha renovada. Algo que O'Hara, desde la primera conversación en Giudecca, detectó con su extraordinario olfato para las revelaciones. Pues, como para él, para Amanda cada nuevo día era el primer día en Venecia. Augurio y anunciación, en las aguas detenidas del tiempo ambos habían hallado asilo y ciudadanía, dos gracias exigentes.

Había una luz de apocalipsis entre los perfiles volcados sobre la mesa y la fotografía expuesta al análisis. La radiante flecha que penetraba por la ventana encendía los dos rostros, las cuatro manos, la imagen con vocación de autopsia. Era clara y firme, pero a la vez poseía una cualidad líquida. Quien los hubiera visto en aquella suspensión del ánimo habría sentido a su vez el impulso de fijarlos en un daguerrotipo. Carne en un cénit de iluminación.

—Es una proposición extraña —dijo Amanda—. La más extraña que he escuchado en mi vida.

O'Hara levantó la vista del paisaje troglodita y se relajó en su asiento. Existían fisonomías a la altura de cualquier reto. Amanda se le reveló como una sensibilidad digna de Arconte Limited.

—*Caveat emptor* —dijo.

Ella sonrió.

—No he dicho todavía que acepte.

O'Hara se alejó unos metros. La luz declinaba a una velocidad formidable. El Palazzo Grassi, en Punta della Dogana, sometía su esplendor a la llegada de la noche.

Hizo recuento de los tesoros que escondía: Fontana, Rothko, Twombly. Le apeteció tomar la mano de Amanda e ir a contemplar las obras mayores de un arte extinto, los ídolos de una sentimentalidad caduca, formas girando en el vacío de los actos primitivos: línea, figura, color.

Experimentó una punzada de nostalgia por sí mismo, por los trazos de una canción perdida, la de su juventud, que iba quedando atrás a una distancia pasmosa.

—¿Ha pensado alguna vez —se escuchó pensar en voz alta— en que eso que llamamos *vida* no es un acontecimiento lineal, sino una experiencia simultánea?

Amanda carraspeó, atrapada en la fotografía de Control. O'Hara se buscó las manos bañadas en un resto de luz. En un par de minutos tendría que encender una lámpara. Pero antes debía atrapar aquel instante fecundo, aquel reconocimiento de su propia pero espléndida mortalidad.

—Pensaba en las épocas humanas. En todas esas palabras altisonantes: Edad del Bronce, Revolución industrial, Modernidad. Y también en India, Nicaragua, Chipre. Ninguno de esos lugares comparte un tiempo unánime. En todos rige el mismo calendario, cierto; los relojes de pared y de pulsera agotan siempre el mismo día de veinticuatro horas, pero India, Nicaragua y Chipre viven en épocas distintas. Hombres de Nueva Delhi, hombres de Ciudad Sandino, hombres de Famagusta. ¿Qué los une sino la esperanza de una misma concordia, de un idéntico taxón? Y sin embargo, son como miembros de planetas distintos.

—Le sigo —concedió Amanda.

El tiempo se le escapaba a O'Hara. Sus manos apenas se revelaban ya en el destello de la luz moribunda.

—Sólo los hermana la frase de Thoreau que me enseñaron en Cornell: «La mayoría de los hombres lleva una vida de queda desesperación». Así nosotros —continuó, exprimiendo la uva del pensamiento— vivimos también a la vez en nuestra India, nuestra Nicaragua, nuestro Chipre. A veces a la vanguardia del tiempo; en otras ocasiones como cavernícolas que acaban de descubrir el fuego. Pero siempre rodeados de esa muda resignación.

—¿Y todo eso —preguntó Amanda en un susurro— acaba de descubrirlo

ahí fuera?

O'Hara perdió el último suspiro de luz entre sus manos. Como un pez de plata, el tiempo se había marchado dejándolos a oscuras.

Amanda encendió una lámpara.

—No —casi gritó O'Hara—. Deme todavía un minuto.

En la tiniebla reconquistada, las palabras se atropellaban en su boca.

—La vida. Qué es. O mejor dicho. Cómo se vive. En realidad, sabemos que vivir es imposible. Que la vida sólo resulta tolerable como relato. — Estaba siendo confuso. Pero al tiempo estaba siendo diáfano como verbos sobre papel. Exaltado. Inesperadamente exaltado—. Como relato, sí. O como alucinación. Una benéfica alucinación —puntualizó—. Este momento. Usted aquí, en la habitación de un extraño, contemplando un enigma que yo le propongo. Y ahí fuera —y su mano tendió un arco de puro deseo entre sus palabras y la realidad— esa ciudad asombrosa. ¿No teme perderla? ¿No teme cerrar los ojos cada noche y que al despertar Venecia no se encuentre ahí?

—¿Y dónde se habría ido? —preguntó Amanda.

O'Hara balbuceó una respuesta. Aunque era sólo una disculpa. No atinaba a seguir. El momento había pasado. El dios había abandonado a Antonio.

—La realidad —dijo Amanda—. La realidad es nuestra tarea. Incluso en medio de la desesperación que ha mencionado. Usted lo ha sugerido en su anuncio. Leer un paisaje. Ésa es una tarea que nos propone la realidad. Una entre miles. La misma realidad que se resiste a sus deseos o a los míos. O a los de quien sea que le paga por encontrar el lugar de esa fotografía. Piense en ello. —La voz de Amanda parecía hecha de savia, de arena, de agua—. Piense en lo que digo. Que la realidad existe independientemente de que usted lo desee. Acepte esa obstinada evidencia. Eso significa vivir. Ésa es su Nueva Delhi, su Ciudad Sandino, su Famagusta. Acatar ese empeño.

La palabra *empeño* trajo de nuevo la luz. Amanda caminó hacia O'Hara con la fotografía de Control en las manos.

—Lo siento —dijo O'Hara—. Discúlpeme. Ha sido un segundo de duda. Sólo eso.

—Al contrario —dijo Amanda, y posó su mano sobre el hombro de

O'Hara. Él pensó en lo que una mano puede llegar a tocar en setenta años, un pensamiento aterrador como el océano—. Lo que ha vivido mientras me hablaba de la desesperación de los hombres y de la belleza de este lugar era una certeza. Una de las poquísimas que tiene a su disposición. Que usted morirá, que debe hacerlo irremediablemente, y que todo se perderá con su muerte, con la muerte de cada hombre sobre la tierra. Todo, incluido este instante en Venecia y lo que en él se encierra.

Permanecieron callados. El Palazzo Grassi, una nave inmensa, destellaba en la noche de la Laguna.

—Y ahora venga —dijo Amanda—. Tiene cosas que explicarme.

ANÁBISIS, CATÁBISIS, LABERINTO

Dedujo que estaba borracho al darse cuenta de que entendía las palabras del *cantaor*. Aquel término. *Cantaor*. Le habían explicado que ése era el nombre que debía emplear. No cantante, sino *cantaor*. Y aunque el *cantaor* se llamara Ginés, alguien le había dicho que se le conocía como Tiriti. Todos parecían empeñados en darle explicaciones. Sobre lo que era un *cantaor*; sobre los alias del *cantaor*; sobre lo que el arte del *cantaor* significaba. Pero lo que el arte del *cantaor* significaba, O'Hara lo estaba descubriendo sin explicaciones, mediante el alcohol. Una traducción perfecta a cierto esperanto emocional.

—Está hablando de amor. Está hablando del corazón. Está hablando de su-fri-mien-to.

*Limpiaba el agua del río
como la estrella de la mañana*

cantaba Tiriti, mientras O'Hara devoraba mendrugos de pan con aceitunas verdes.

Dentro del local, escatológicamente llamado El Paraíso, reinaba un tufo ancestral provocado por el humo de los cigarrillos, la cocina de carbón que

funcionaba al fondo, el calor acumulado tras tantas veladas de música y su-fri-mien-to. Una gruta viva, sostenida por las respiraciones contenidas de quienes escuchaban a Tiriti decir:

*Limpiaba el cariño mío
el manantial de tu fuente clara*

—Cerveza —gritó O'Hara al chaval que pasaba, los ojos salvajes y el ceño hostil, encarnación de alguna furibunda deidad levantina.

El chaval escupió un insulto, que O'Hara recibió con candor, y desapareció tras una cortina de plástico adornada con fotos de cristos en tecnicolor. Alguien comenzó a batir palmas con el vigor característico de los forasteros. O'Hara se preguntó dónde estaría Amanda. Desde que el taxi los había dejado a las puertas de El Paraíso, un par de horas antes, la había perdido de vista.

Tiriti era gordo y vestía una camisa roja, del color de la sangre, abierta en el pecho como una flor viva. Llevaba el pelo ensortijado y anillos gruesos como cerezas en la mano derecha, que hendía el aire con un gesto entre la bendición y la rabia. El guitarrista que lo acompañaba, cuyo nombre nadie había considerado oportuno comunicar a O'Hara, parecía dormido, drogado o ambas cosas. Pero sus manos eran extraordinariamente ágiles. Mientras tocaba, no miraba a Tiriti ni al público. Sus ojos estaban cerrados como postigos. O'Hara deseó encontrarse dentro de la cabeza del guitarrista anónimo.

—Niño —dijo el hombre sentado junto a O'Hara al chaval del gesto airado, que volvía con un cubo repleto de hielo y seis botellines en su interior —. Busca a la señora.

El chaval lo miró como si no entendiera el español. El acompañante de O'Hara repitió su orden moviendo de forma frenética las manos. En España la gente hablaba valiéndose de todo el cuerpo, como monos arrebatados.

Tiriti pegó un grito agudo, prolongado, y un coro de voces lo secundó ardoroso.

Sobre O'Hara cayó un racimo de sudor y alegría.

Como el agua
Como el agua
Como el agua

se desgañitaba Tiriti una y otra vez, aunque O'Hara había sido abducido por la negligencia del guitarrista, por aquella suerte de fabulosa indiferencia con la que extraía música y la lanzaba a un entorno enloquecido, del que sólo él, como responsable de su existencia, permanecía ajeno.

Amanda apareció cuando O'Hara escanciaba cerveza en un vaso sucio.

—¿Dónde se había metido?

Intacta en su silencio, como una urna antigua, O'Hara acató que su figura resultaba en El Paraíso tan inaudita como clamorosa. Aunque nadie, hasta donde podía advertir, se asombraba de que ella estuviera allí. En aquel lugar, en aquella noche, en aquel país, nadie parecía asombrarse por nada. Como si la voz de Tiriti bastara para someter cualquier forma de extrañeza.

—Estaba hablando con nuestro guía.

O'Hara tardó en comprender que Amanda había respondido a su pregunta. La voz de Tiriti y el alcohol habían obrado una extraña elongación del tiempo.

—Al amanecer nos llevará a Roca Vacía. Es mejor que volvamos al hotel —dijo Amanda con paciencia—. Mañana será un día largo.

Y aunque no sabría decir qué forma imperativa adivinó en la mirada de su compañera, O'Hara dejó la cerveza a medias y, sin despedirse del hombre sentado a su lado, salió de El Paraíso a la noche abrupta y feroz, tendida bajo el manto de estrellas, mientras Tiriti cantaba redundante:

Toa la noche estaría
muele que muele,
muele que muele,
muele que muele

En mitad de la frente ardía un clavo, pero detrás del clavo había algo aún peor. Un presagio de luz, una calcinante certeza. Era hora de levantarse.

La belleza de la ciudad no ayudaba. O'Hara habría preferido despertar en alguna inmunda latitud del globo antes que en el centro del antiguo esplendor nazarí. La conjunción de la precisión matemática de sus constructores con el encanto de la libertad de sus poetas destruía cualquier posible protección. El desamparo del visitante era absoluto ante los patios y jardines, ante el telón de fondo de las montañas. La belleza, una vez más, era una máquina de guerra. Y el espanto de la resaca no dejaba espacio a otra lucidez que la de la derrota ante tanta hermosura. Era como despertar en medio de una catedral.

Llevaba demasiado tiempo lejos de casa. Y no sabía cómo regresar. La empresa, la búsqueda, amenazaba con devorarlo, si es que no lo había hecho ya. Por no hablar de Amanda, que cada día se parecía más a una Némesis que a una encarnación de la Providencia. Cuando confió en que ella pudiera ayudarlo no había considerado la posibilidad del fanatismo. Pero desde la primera visión de la fotografía se había convertido en una adicta. O'Hara comprendía que aunque prescindiera de ella, aunque le dijera que ya no precisaba de su ayuda, aunque renegara de ella por cansancio o por desdén, Amanda seguiría obstinadamente, hasta el final de los días, en pos de aquella imagen.

Descorrió la cortina de la habitación y fue como si ante él se desplegara el mapa confuso de los últimos meses, los desplazamientos en el tiempo y en el espacio, la búsqueda de paisajes que guardaran un aire de familia con la imagen ya inscrita sin remedio en la memoria celular compartida por la extraña pareja que giraba en los cielos y en los ciclos del mundo tomando aviones, surcando ríos, desentrañando topónimos.

Se duchó deprisa, con un regusto a cal en la boca, se vistió una camiseta blanca y un pantalón de lino, se calzó las malolientes sandalias que lo acompañaban hacía un par de semanas, cuando entraron en barco por Almería siguiendo una pista sugerida por Blomquist desde su oculta atalaya y acatada por Amanda tras la pertinente comprobación, y bajó al recibidor en el que una muchacha pálida y soñolienta, que desmentía la belleza furiosa de las mujeres andaluzas, prestaba unas prácticas mal pagadas y tediosas.

O'Hara la saludó sin palabras, alzando una mano que parecía hecha de cemento, recibió el protocolario *good morning* y experimentó un temblor tras los párpados. Los latidos del día y los de su corazón no estaban acompasados. Mientras caminaba entre carteles de toreros muertos hacía décadas, sonó su teléfono.

—¿Sabe qué hora es en España?

La réplica no pareció ofender a Blomquist. Era como si el tercer jugador de la partida supiera siempre dónde se encontraba, qué hacía, si estaba despierto o dormido, irritado o feliz.

—Amanda me ha telefoneado hace apenas diez minutos —dijo la voz al otro lado. O'Hara se preguntó, con algo parecido a los celos, por qué Blomquist se refería a ella por su nombre de pila—. Quería desearles buena suerte de parte de Control.

Cuando había hablado con Control en el East Village, el dueño de Arconte Limited no había mencionado que Blomquist fuera a formar parte del reto. Y sin embargo, su figura invisible pero por ello inevitable había irrumpido en sus viajes como si perteneciera a la atmósfera misma que respiraban, un elemento más en la composición del aire. Fámulo universal, ayudante perpetuo, sombra de la Sombra, Blomquist había conquistado el suficiente poder como para que O'Hara sintiera ante él no sólo incomodidad, como ya sucedía en la época del protocolo de la lactosa, sino también temor.

Colgó sin despedirse. Entonces pensó en Karen, su sobrina, en lo que Oona le había dicho en la casa paterna. Que a menudo preguntaba por su tío. Que lo consideraba alguien famoso.

Sopesó con escepticismo el concepto de «fama» y se detuvo a admirar la reproducción de la pintura de Manet que dominaba el recibidor. El torero de la pintura no parecía muerto. O'Hara lo imaginó sin ropa y descubrió a un padre de familia tendido en las cálidas playas del Mediterráneo, mientras sus hijos y su esposa se bañaban. Bien pensado, había un aire macabro en el hotel, con los carteles de diestros fallecidos hacía tiempo y aquella pintura, no por espléndida menos luctuosa, del hombre sin vida, con la mano derecha reposada sobre el pecho y la herida apenas visible.

Se volvió hacia la muchacha. Su palidez no desentonaba con la muerte

que la rodeaba. La piel apagada, en aquel cuerpo al que faltaba el sueño y quizá otros apetitos, casaba con el entorno. La muchacha levantó la vista de los papeles que consultaba y tropezó con la mirada de O'Hara. Pero esta vez ninguna sonrisa también protocolaria siguió al intercambio de miradas. Fue como si sobre el rostro de la muchacha cayeran décadas de oprobio. Algo tóxico se dibujó en los rasgos abotargados por el cansancio, algo afilado y lúgubre como una serpiente que cruza ante un peregrino. O'Hara se ruborizó, contempló de nuevo la obra de Manet y siguió paseando por el recibidor en círculos de creciente angustia. Comprendió que la noche en El Paraíso le estaba pasando una factura desmesurada.

Al aparecer Amanda minutos más tarde, fresca y limpia como una rosa de invernadero, O'Hara maldijo su suerte. Lo único que ansiaba era regresar a la cama.

—¿Por qué ha llamado a esa hiena de Blomquist?

Amanda lo miró con severidad y al tiempo con dulzura, como una maestra que sorprendiera a su alumno favorito en una mentira.

—Buenos días, Richard. ¿Y si recomenzamos la jornada?

Se durmió en la carretera que unía Granada con la Hoya de Guadix. Soñó con una iglesia eviscerada, a la que una bomba había arrancado sus cúpulas. La imagen de la evisceración era aterradora, pues ligada a ella el sueño adquiría un sesgo humano. No era el interior de una iglesia destruida lo que veía, sino el interior de un hombre al que alguna fuerza diabólica había desmontado la tapa del cráneo.

—Melocotoneros.

La voz de Amanda rompió la membrana de la pesadilla. O'Hara se incorporó en el asiento con un respingo, sin gritar. Sus manos extendidas, como quien intenta apartar una telaraña que impide el paso, dibujaron un gesto ambiguo. A su derecha, en una zona de regadío, distinguió una chopera trazada a escuadra y cartabón. No muy lejos, los melocotoneros que Amanda había mencionado empezaban a inflamarse de flores rosas. A su izquierda el guía, de nombre Carlos, conducía mordiendo un mondadientes. O'Hara

recordó que el comodoro Li llevaba un mondadientes natural en el dedo meñique de su mano izquierda. Estudió con recelo su propia mano, pero no halló en ella nada inesperado. Dio fe, definitivamente, de que estaba despierto. La choperera, los melocotoneros en flor, el mondadientes de Carlos pertenecían a este lado del discurso.

—Hay un pueblo, Purullena, y después, saliendo de él, está Roca Vacía —dijo Amanda—. Carlos dice que ahora es el mejor momento para ir. Más tarde los turistas lo invaden todo.

O'Hara se abstuvo de añadir que también ellos eran turistas. Turistas de una vida ajena. Al menos él llevaba siéndolo desde que aceptó el trabajo. Paseándose por aquel paisaje íntimo, que Control deseaba encontrar, como por una estancia llena de elementos pero en la que faltaba la pieza clave que le otorgara un sentido. Como una llave que no hallara su cerradura. Era parte del pacto que O'Hara se abstuviera de indagar la razón que movía a Control a encontrar aquel lugar, a explicarle qué verdad acaso intolerable protegía la cerradura. Y nunca lo había hecho, aunque había fantaseado a propósito de ello sin descanso. Buena parte de sus energías se habían ido por aquel retrete: el de la curiosidad. Y todo para llegar a un punto sin retorno, al secreto mudo, pero que a la vez debía ser clamoroso, encerrado en la evidencia de la imagen. Porque si la imagen lo era todo, si el anhelo de Control se cifraba en encontrar el lugar reflejado, no podía existir misterio fuera de ella. Debía darse una coincidencia entre lo que la imagen mostraba y su significado. Un espejo de equivalencia, no necesitado de glosa ni hermenéutica. Un espejo límpido como la orden de Control: «Busque ese lugar. El resto no le compete. El resto me pertenece».

Y el resto tenía que consistir en la simple, estruendosa aquiescencia entre lo reproducido y lo real.

—Purullena —dijo Carlos, sin escupir el mondadientes.

O'Hara sintió caer sobre él la desolación como un manto. Allí estaba, pues, el pueblo, idéntico a otros miles de pueblos desperdigados por los mapas, pueblos con sus iglesias, sus plazas, sus cementerios, algún que otro castillo, alguna que otra muralla, alguna inesperada singularidad reclamada como única. Y mientras el coche serpenteaba por las calles aún dormidas, a

las que una luz naciente acariciaba, Carlos desgranaba un puñado de nombres. Como si el mundo se redujera a la inmensa, aterradora contabilidad de un índice de nombres que, puestos en fila, uno detrás de otro, propusieran la promesa de un relato que al final no se cumplía. Era como pretender que los apellidos de una guía telefónica expliquen quiénes son las personas ocultas tras ellos.

—Almagruz —precisó Carlos con desgana, indicando un promontorio que emergía de la tierra como un gran termitero.

O'Hara advirtió con algo parecido a la náusea que un avisado empresario ofrecía al público la posibilidad de pernoctar en las viviendas excavadas en la tierra para reproducir la experiencia troglodítica. Dos luces como molares blancos en una boca oscura. Un temblor de estática en el aire. Y nada más. El coche derrapó al pasar por delante de las cuevas y dejó una estela de furor pronto silenciada. Un perro ladró sin demasiada ferocidad, como si él también, en el abrasado amanecer, fuera sólo un figurante.

En esta ocasión soñó con el morro monstruoso precipitándose contra la montaña. La inmensa nariz no humana, achatada y hendiendo el aire mientras él, tendido sobre un lecho de piedra, advertía la mueca de una máquina convertida en instrumento de muerte que descendía para reventar contra el suelo. La visión era insoportablemente nítida, como una pintura detenida para siempre en la pared de un museo, una escena pavorosa porque se sustraía a su conclusión, al impacto fenomenal y al estruendo sucesivo, a la conversión del acero en estructura hirviente, a la alquimia de los cuerpos transformados en pulpa. El sueño del avión cayendo aterraba por su inminencia, por la expectativa aplazada de su cumplimiento. Como en los sueños que tienen como tema la caída al vacío, el artefacto se había detenido a escasos centímetros de la tierra, y ambos, hombre y máquina, reproducían la imagen de la criatura que observa, atónita e impotente, cómo su creador asoma de entre las nubes mostrando el rostro de su formidable imperio, una mano desmesurada o un simple, ominoso dedo índice extendido como una acusación.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

Nadie contestó. Estaba solo en el coche, en el centro de una almendra de luz, sudando a mares en el asiento del copiloto. El hedor de sus sandalias lo golpeó con una bofetada de aire rancio. Como si se estuviera pudriendo a ojos vistas. Abrió la puerta con un impulso desmesurado. En la planicie vacía, una parrilla desplegada bajo el sol, se mareó.

El desierto, un lugar en el que nunca había estado. Israel huyendo de Egipto. Plagas, compromisos, pactos entre hombres de romo entendimiento y un dios violento. ¿Seguía dentro del sueño? ¿Era el desierto la continuación de la iglesia destruida, del avión cayendo en picado? Comprobó el reloj en su muñeca izquierda y vio que apenas eran las siete de la mañana. Había dormido muy poco.

Se acuclilló para tomar un puñado de tierra. Era fina como arena, apenas polvo, una playa varada a mil metros de altura, recuerdo de un mar antiguo. Dedujo que habría doscientos pasos hasta el tajo que tenía delante, doscientos pasos de pura nada, una pista improvisada hacía tiempo y luego abandonada. Ni un árbol, ni una piedra, ni un sonido alrededor. Giró sobre sí mismo y lejos, entre curvas, divisó el trazo de la carretera como la piel de una serpiente. Aquel cúmulo al fondo, terroso bajo el sol incendiario, era Purullena.

Se obligó a contar los pasos hasta el tajo, como un supersticioso. Ciento setenta y ocho. Había sido generoso en su primera estimación. Al llegar al borde lo primero que sintió fue vértigo. Después, una placidez a la que no era ajeno el desánimo. Como volver a fumar tras meses de abstinencia. Inciso en el borde de la pista, un corte vertical y profundo, que salvaba una caída de más de veinte metros, permitía descender a una terraza inferior. Había escaleras al lado izquierdo del corte, que le hicieron pensar en pirámides precolombinas. Al principio supuso que era una especie de aparcamiento al aire libre, con dos alturas especulares, diseñadas al milímetro, esperando por el cemento que las cubriera y los pilares de sustentación. Luego, admitió que un lugar así era inconcebible entre tanta desolación. La hipótesis era en exceso bizarra. Nadie levantaría en mitad de ninguna parte semejante estructura. Fantaseó entonces con la idea del *land art*, con algún artista

circunspecto y cultísimo, seguramente compatriota suyo, que habría diseñado aquellas extensiones gemelas como una correspondencia inevitable, física y espiritual, con alguno de los principios sagrados que la avalancha consumista de la sociedad posindustrial había olvidado. Se supo ridículo y a la vez aliviado. Y sonrió mientras reprimía un bostezo.

Con el clavo del alcohol aún tras la frente, divisó a Amanda y al guía al fondo de la segunda planicie, sus manos moviéndose en el aire como aspas. Entendió que lo llamaban. Se volvió hacia el coche, esperando una confirmación imposible, el ánimo sin palabras de una forma de poder y dominio que lo invitara a proseguir la aventura. Después se movió con prudencia infinita, admirado ante su propia torpeza, y comenzó a descender. Había algo deliberadamente perfecto en el tajo. Una cuchilla colosal seccionando la tierra como mantequilla. Un ángulo recto perfecto.

Al acercarse a la pared y apoyar su frente en ella, sintió una frescura reconfortante, como si el agua corriera a flor de tierra, un inmenso, potente surtidor que ascendiera desde el centro de la tierra. Se detuvo un minuto antes de proseguir. El clavo tras su frente se soltó, cayó a algún fondo sin nombre y se disolvió gracias a un metabolismo benigno. La marca de polvo y ceniza que cubría su rostro se le antojó un signo bendito, otra forma de trascendencia. Tuvo que sonreír de nuevo al comprobar que estaba en un lugar que se prestaba a interpretaciones místicas. Era fácil convertirse en un prófugo de la razón, en un imbécil abierto a todo. Bastaba con dejarse penetrar por la soledad, por aquella naturaleza desnuda, al límite de la insignificancia y por ello llena de presagios, para comenzar a buscar correspondencias, pasadizos oscuros entre la apariencia y la verdad. Pero no debía distraerse. Las manos convertidas en aspas seguían al fondo de la planicie, insistiendo en sus señales.

Caminó renovado y limpio, confiado en haber dejado atrás el mordisco del alcohol, el poco descanso, el despertar ominoso, la fúnebre peripecia con los toreros muertos del hotel, las pesadillas consecutivas vividas dentro del coche. Después de todo, era un hombre con el dinero suficiente para no preocuparse nunca más por su significado, con una sobrina que lo veneraba, con una casa en la ciudad más hermosa sobre la tierra. Que además fuera un

hombre embarcado en una empresa absurda no importaba. O no demasiado.

Roca Vacía. Comprendió la elección del nombre al contemplar la tercera terraza, en realidad una dolina, pues el terreno se había hundido en forma de elipse, dibujando una suave depresión con el cinturón de viviendas trogloditas como límite y marca, una especie de ornamento inesperado, y con la gran piedra aplastada, un fenomenal yunque invertido, dispuesto frente a ellas como el ara del sacrificio. Arrancó la fotografía del interior de su cartera por costumbre. No había nada en Roca Vacía que mostrara el más remoto parentesco con la imagen de Control. Ni siquiera el diseño de las casas se asemejaba.

Se percató con sorpresa y algo parecido a la satisfacción de que también el desánimo se pintaba en el rostro de Amanda. Era la primera vez que la veía cansada, humana, devorada por la duda. Entre tanto, Carlos se había lanzado a una explicación que O'Hara había dejado de escuchar tras la primera frase. Llovía sobre mojado.

—Págueme —dijo girando sobre sus talones—. Volvemos a casa.

—Las figuras del viajero. Las hemos recorrido todas —dijo O'Hara esa noche, sentados en el bar del hotel ante sendos cócteles sin alcohol, como buenos padres de familia—. Ascenso, descenso, círculo. Anábasis, catábasis, laberinto. Y no hemos encontrado nada.

—El mundo es muy grande —filosofó Amanda no en busca de aquiescencia, sino por cortesía—. Ya lo sabíamos.

—A estas alturas, una tautología no nos será de especial ayuda. —O'Hara se arrepintió de haberse mostrado sarcástico—. Lo siento, Amanda. Sé que los dos estamos cansados. No quería decir eso.

Extendió su mano y apretó la muñeca de su compañera. Fue un acto tan torpe como conmovedor, cifra de una desolación sincera.

—Me voy a dormir. Estoy rendido.

—Él no le dejará, Richard.

Apenas había dado un par de pasos cuando oyó aquellas palabras. Claro que las esperaba. Siempre lo había hecho.

—¿Se refiere a Control?

—Puede llamarlo así, por mí no hay problema.

Sintió una inquietud nueva. Algo que se debatía entre la oscuridad y la luz. Como un animal que todavía es pez, pero que aspira a vivir en tierra firme.

Regresó a su asiento.

—Nada de esto es fortuito, ¿verdad?

Amanda pidió una copa de champán.

—Si se refiere a nuestro encuentro en Venecia, no. No fue fortuito.

O'Hara vislumbró un pasillo repleto de puertas cerradas. Todas abrían hacia fuera.

—¿Cómo sabía que la elegiría?

Amanda agradeció la llegada del champán con un gesto, sin palabras. Luego bebió lentamente, con fruición.

—Porque usted es un hombre inteligente. Blomquist me lo dejó claro desde el principio. Me crea o no, él admira su trabajo.

—Alabar mi inteligencia es una forma elegante de explicarme que he sido manipulado —concedió O'Hara—. Entiendo que trabaja para Arconte Limited.

—Para Control. Igual que usted —puntualizó Amanda.

—¿No es lo mismo?

—No lo creo. Creo que Control es algo mucho más grande que Arconte Limited.

—Explíquese —dijo O'Hara—. Supongo que me lo debe.

—Usted conoce Arconte Limited mejor que yo —dijo Amanda—. Intercambios, yuxtaposiciones, inercias. Términos matemáticos, físicos, económicos. Cómo hacer caer o cómo fortalecer un gobierno dependiendo de una transacción. Cómo hacer fortuna con una adaptación genética. Trayectorias e impactos, causas y efectos, bolas de billar sobre tapetes tridimensionales. Soy vieja para esas cosas —añadió con una coquetería impensable—. Pero todas esas prácticas quizá sean desvíos. ¿A qué se dedica Arconte Limited? Yo diría que es una tapadera, la máscara que esconde otro tipo de fuerza.

—Y esa fuerza está en Control —conjeturó O’Hara—. O mejor aún: esa fuerza —se obligó a reconsiderar su fórmula— es Control.

—No lo descarto —dijo Amanda—. Nunca he hablado con la persona que responde a ese nombre. Sólo atendí una proposición. Un nombre poco afortunado, por cierto. ¿No le parece? Tan transparente.

Las puertas abrían hacia fuera y las habitaciones estaban a oscuras. Nada que ver allá dentro.

—¿Cuál es su precio? —preguntó O’Hara—. ¿Qué gana con esto?

—Ésa es una pregunta impertinente —respondió Amanda con una dureza que él reconoció verdadera, nacida de un desafecto sincero— viniendo de un hombre que ha ganado cinco millones de dólares no hace mucho. ¿O acaso es el dinero lo que mueve a Richard O’Hara? ¿Qué hace recorriendo el mundo en compañía de una anciana, en vez de gozar de su isla de Giudecca?

Era una excelente cuestión para una noche de hotel en Granada.

—No quiero parecer patético —dijo O’Hara—, pero pienso en nuestra conversación acerca del sentido de la vida.

—No creo que se puede hablar del sentido de la vida sin parecer patético.

—Déjeme seguir, se lo ruego.

Amanda apuró el champán.

—Le escucho.

—Usted habló aquella noche de una tarea. De la realidad como nuestra tarea. De la aceptación de nuestra fragilidad, de nuestra inevitable muerte.

—Continúe.

—Creo que estoy en este asunto por curiosidad. Quiero, necesito saber qué busca Control, qué hay detrás de esa imagen.

—¿Por qué?

—Quizá porque yo también tengo una imagen que me persigue. ¿Lo cree posible?

—Lo creo plausible, que es distinto —apuntó Amanda.

—¿Sabe cuál es mi pasión?

—Blomquist mencionó algo al respecto.

—¿Blomquist?

—El eslabón perdido entre la Gestapo y el Gran Hermano.

—Comprendo.

—Blomquist me habló de sus trabajos para Arconte Limited. Y de sus intereses personales.

—Así que la preparaba para pasar la prueba.

—Pero es una información que no empleé al hablar con usted. Que yo recuerde no hablamos de pesca.

—Ni de matemáticas.

—Ni de pintura abstracta.

—Ya.

—Y tampoco —dijo Amanda sin que su boca temblara— de su fascinación por los accidentes.

Al fin una puerta que abría hacia dentro y mostraba una habitación amueblada. El reconfortante paisaje de camas y cómodas, lámparas de techo, papel pintado en las paredes. Una ventana con vistas a la cotidianidad. Recordó su habitación en Woodlawn, el escenario de sus primeros años en la vida. Recordó el mundo antes de Lubitz.

—¿Qué sabe Arconte Limited de eso?

—Blomquist me habló de un tal Zhao.

O'Hara abrió la boca para reír. Como si la carcajada fuera una forma de vómito. El crédulo, indefenso Zhao, convertido en espía de Blomquist. Rememoró su charla en Xixi, la historia de Cao y su vuelo fallido en Golden Resources. Rememoró a los mineros de Yakutia, diminutas lentejas oscuras en un inmenso caldero blanco, atormentados por el dolor en el punto más frío de la Tierra. Sintió una inmensa nostalgia. Por Zhao. Por la amistad. Por lo que cada día se malgasta entre los hombres.

—El accidente —dijo O'Hara, como quien saborea una golosina—. El problema de problemas. El nudo gordiano. Usted lanza una piedra en un lago, genera una onda y se va. Pero vive ajena a las consecuencias de su acción.

—¿Debo pedir más champán? —preguntó Amanda.

—Me gusta que tenga sentido del humor. Siempre me ha gustado eso de usted. Pero no —concedió O'Hara—, lo que tengo que decirle no necesita de alcohol. Basta que me preste su atención.

—La tiene. Es usted un hombre bondadoso. Y la bondad merece atención.

Se sintió fuera de juego. Nadie, nunca, le había hablado de ese modo. Nadie le había aplicado ese adjetivo.

—No pretendía asustarle —dijo Amanda.

—Quizá sea yo quien necesite beber. ¿Era bueno ese champán?

—Mejor pida otra cosa.

O'Hara miró su cóctel sin alcohol e hizo un gesto de conformidad. Sus manos estaban abiertas ante él como un joyero vacío.

—Decía que, si lanza una piedra a un estanque, jamás podrá hacerse cargo de todas las consecuencias de esa acción. Pero vivimos como si no fuera así. Pensamos que cada acción conlleva una reacción, cuando en realidad cada acción que ejecutamos no termina nunca, sigue produciendo sus efectos durante el resto del tiempo. Y no me refiero al tiempo de nuestra vida. Me refiero también al tiempo en que ya no estaremos. Fijémonos en su concepción. Usted piensa en ella como si la acción de sus padres *sólo* hubiera engendrado a Amanda Behrens. ¿Me equivoco? Pero usted sabe que eso no es cierto, que su acción no termina ahí. Un abismo se abre ante nosotros. Porque la acción de sus padres ha impactado sobre todas las vidas que, en un momento u otro, han entrado, entran o entrarán en contacto con su propia vida, con la vida de Amanda Behrens. Y porque seguirá haciéndolo cuando sus padres y usted sean sólo un recuerdo, incluso cuando ya no quede nadie en este mundo que los haya conocido.

Se detuvo y buscó inspiración en algún lugar que no estaba en el bar del hotel. Estaba esforzándose en expresar un pensamiento, como si la inteligencia fuera un limón entre sus manos. Apenas eso. Un limón enorme y cargado de jugo.

—Es como si cada acción —prosiguió al fin—, por mínima que fuera, por minúscula que se nos antoje, contuviera dentro de sí la semilla de cuanto sucederá. Es abrumador. Es desconsolador. Es demasiado para la vida de cualquier hombre.

—No sé dónde quiere llegar —dijo Amanda.

—Volvamos al accidente —dijo O'Hara—. El accidente es la acción que revela la pluralidad de las demás acciones, la acción que, al vincularse a la fatalidad, al azar, a una instancia que suponemos ciega, nos permite salvar el

resto de acciones al considerarlas orientadas a un fin mensurable. Toda acción que no colapsa en accidente nos parece sensata. Toda acción así nos parece que se puede rastrear, como si pudiéramos reconstruir sus pasos desde la letra A hasta la letra Z. El accidente es la acción que se salta ese abecedario, aunque lo que muestra es la vinculación de todas las acciones entre sí.

O'Hara calló. Amanda parpadeó tres veces. En algún rincón de la noche Tiriti cantaba.

—Un astronauta se desintegra al reingresar con su cacharro en la atmósfera terrestre. Las agencias de noticias lo llaman accidente. Pero ese accidente revela, con diafanidad, las causas de una acción (una pieza mal ajustada, la negligencia de un fabricante, el despiste de un operario) que, en el resto de casos, permanece invisible. El accidente es la única acción que saca a la luz las acciones precedentes. Y con ellas la responsabilidad. Sólo el accidente tiene historia. La reclama. La grita en voz alta. El resto de acciones son anónimas, pero el accidente es un sujeto. Tiene nombre. Pasado. Y se puede narrar.

Los envolvió el silencio. El silencio pesaba ante sus ojos. Como si fuera una prenda de abrigo. Incluso el camarero había quedado fijado en un gesto de maniquí innoble, condenado a componer cierta figura de la quietud.

—¿Es eso todo? —preguntó Amanda.

—Casi —respondió O'Hara—. Me interesan los accidentes porque ante ellos nos hallamos en el centro de un suceso primordial. Lo demás, esta charla de hoy por ejemplo, son veladuras. Pero el accidente es la acción transparentada, la acción en su manifestación más alta: desnuda, ineludible.

—¿Y cuál es la relación de los accidentes con el encargo de Control?

O'Hara pareció sorprendido. Como si entre todas las preguntas ésa fuera la más absurda, pero también la que no se podía evitar.

—Ninguna —dijo, y bebió el resto de cóctel que había en su vaso—. Soy un mercenario. Me interesa la recompensa. Lo que Control podría darme a cambio de una respuesta.

Ahora fue Amanda quien creyó atisbar un cambio de luz. Quizá O'Hara no fuera el hombre desprendido que ella había supuesto.

El silencio ya no era un abrigo, sino una llovizna inoportuna. El camarero había regresado a la movilidad y el ruido.

—Y esa recompensa, ¿tiene que ver con un accidente?

—Es usted sagaz —afirmó O'Hara—. Aunque ya no importa. Lo cierto es que no puedo seguir buscando ese lugar. Siento que mi vida está siendo abducida por una imagen que no me pertenece. Y yo tengo mi propia meta, otra figuración que me reclama.

El aeropuerto estaba casi desierto. Les esperaba un viaje breve a Barcelona y de allí, tras la oportuna escala, el regreso a Venecia. Sentados en silencio admiraban la pista, el desfile sosegado de los saurios voladores. O'Hara llevaba gafas de sol; Amanda, una pamelita de rafia. Parecían una madre y un hijo aburridos, sintonizando la música improbable que los sacara del sopor de una vida en común. Frente a ellos se sentó una pareja joven. No hablaron ni se miraron, enfrascados en las pantallas de sus teléfonos. Sus dedos se movían como cilios.

—Ayer dijo algo que me ha mantenido despierta toda la noche —anunció Amanda—. Habló de ser devorado por las representaciones, de confundir las copias con la realidad.

La joven levantó la mirada en dirección a O'Hara. Pero no lo vio. Su conciencia estaba en otra parte, en alguna nube indolora, donde el mundo sobrevivía como fábula.

—Cuando Hartmut y yo nos divorciamos hubo que repartir nuestras posesiones —dijo Amanda—. Ya sabe. Desde la casa hasta un bodegón comprado en una feria de artesanía. Cosas decisivas, mierda sentimental, los restos del naufragio de quince años de vida compartida. Le juro que discutimos por todo, salvo por las imágenes. Nadie quería conservar los recuerdos en imágenes de nuestro pasado. Y aún hoy pienso que hicimos algo terrible. Que discutimos por vajillas, por vestidos, por las acciones en Siemens, por cimientos y por un techo, pero que las representaciones de lo que habíamos sido, de cuanto habíamos amado, nos ofendían.

—Vulnerabilidad —propuso O'Hara.

—Sin duda —dijo Amanda—. Pero había algo más. Algo que tenía que ver con la capacidad de las imágenes para recordarnos lo que ya no éramos. Porque las imágenes nos traen las cosas, pero nos las traen en tanto que ausencia. Ninguno parecía aceptar esa verdad terrible. Que las imágenes de la hija que tuvimos juntos, de los países que habíamos visitado, de nuestros perros muertos, estaban por algo que fue, pero que ya no era.

Entonces fue el joven quien alzó la vista hacia O'Hara sin verlo, ignorante de estar ya cautivo en alguna de esas imágenes que él y la mujer que lo acompañaba un día contemplarían con rencor.

—¿Qué hicieron al final? —preguntó O'Hara.

—Escondí una caja bajo tierra, en el jardín de nuestra casa. Hartmut nunca lo ha sabido. Hartmut no sabe que los recuerdos de su vida junto a mí sobreviven un metro bajo tierra, en una propiedad ajena, que ya no nos pertenece.

—¿Vendieron la casa?

—A un grupo inversor ruso.

Un avión con el fuselaje decorado de color azul ascendió en diagonal. La joven pareja abrió sus bocas, admirando la maniobra, y luego se reintegró a su gueto de rápidas digitaciones.

—Una cápsula de tiempo —dijo O'Hara.

—¿Perdón?

—Sus imágenes. Ese recuento de lo vivido. Son una cápsula de tiempo. Dentro de un millón de años alguien, algo, una forma de inteligencia que hoy ni siquiera imaginamos desenterrará la caja y encontrará en ella fragmentos de vidas desconocidas.

—Ninguna fotografía sobrevivirá un millón de años, Richard.

—No sea aguafiestas —dijo O'Hara—. Estoy satisfecho con el descubrimiento que acabo de hacer. Estoy feliz con esta nueva imagen creada.

Se quitó las gafas. La joven volvió a mirar en su dirección. O'Hara la saludó. La chica se ruborizó, bajó la vista, musitó algo a su compañero y regresó al hechizo de la pantalla. El joven miró a O'Hara con placidez. No había tensión en su rostro. Era vacío, blanco y cálido como una bombilla

recién estrenada.

—Sí. Esa imagen —prosiguió O'Hara dirigiéndose a Amanda—. Esa civilización remota, o esa forma de vida evolucionada en la propia Tierra, cavando bajo la casa de los rusos y extrayendo de una caja la vida de Hartmut y Amanda. ¿No le parece poético?

—Me parece pueril, Richard. A nadie le interesa mi vida. Y mucho menos a una civilización remota.

—No estoy de acuerdo con usted. Entre ellos seguramente viaje un historiador, algún recolector de narraciones. Y sentirá algo más que curiosidad ante las imágenes descubiertas. Sentirá un estímulo intelectual. Quizá incluso alguna forma de emoción. Se preguntará quiénes eran esos seres que experimentaron la necesidad de conservar aquel instante preciso en forma de algo que se podía ver una y otra vez, sin descanso, en un bucle perpetuo.

Amanda pareció considerar una respuesta, pero se contuvo. El tiempo pasaba como melaza cayendo de un cucharón. Casi podían sentir cómo la pareja joven envejecía ante sus ojos, atrapada en el juego sin pausa de sus excursiones por el plasma.

—También nosotros hemos desenterrado una cápsula de tiempo. —O'Hara se tocó la cartera que guardaba a la altura del pecho, donde llevaba la imagen de las casas trogloditas—. El problema es que mis estímulos y emociones al respecto se han desvanecido. Ya no logro sentirme parte de ese descubrimiento.

—Se lo diré a Blomquist de su parte.

—No es necesario —dijo O'Hara—. Yo mismo hablaré con Control al llegar a Venecia.

Callaron de nuevo, tan parecidos otra vez a una madre y a un hijo al término de unas vacaciones poco afortunadas. Cuando comenzó el embarque de su vuelo, al pasar ante la joven pareja, O'Hara vio que estaban destruyendo invasores alienígenas con una contumacia no exenta de mérito.

—¿Duele? —preguntó.

Pero no obtuvo respuesta.

LOS OSCUROS

Fue entonces cuando los chinos comenzaron a morir.

Suspendida sobre la Laguna igual que un yelmo que protegiera la cabeza del héroe, la noche había regalado a O'Hara una serenidad que la voz de Blomquist, recluida en el contestador del Sony Xperia Z11, amenazaba con destruir. Supuso que Amanda, nada más separarse de su lado, se había ido de la lengua. Y aunque apagó el teléfono prometiéndose no atender el reclamo hasta la mañana siguiente, en su cama dio vueltas como una bestia de carga en torno a un pozo. Ni el cansancio acumulado ni los viáticos de la química lograron que conciliara el sueño. Así que ardiente y aturdido, con una sensación febril que le mordía cada punta de cada cabello, se levantó para recorrer las habitaciones hasta el amanecer.

Durante el desayuno comprendió que la llamada de Blomquist no tenía nada que ver con su proyectada defección.

Al poco de mudarse a Giudecca, había adquirido un televisor en un bazar de Cannaregio regentado por africanos. Y aquella mañana insomne, a la vez que atendía su hambre con las provisiones de pan congelado y café instantáneo que había encontrado en la cocina, distraído y con una ligera

náusea encendió el espartano Grundig, desfiló por sus canales y su ojo registró una impresión que le resultó vagamente familiar, por lo que se detuvo en un servicio de la cadena CNN.

Mientras la cámara, anclada en una grúa, realizaba un barrido de una generosa extensión de agua balizada por imponentes puentes de acero y flanqueada por luminosas estructuras fálicas, trompetas de la muerte de más de cincuenta alturas brotando como anunciaciones de titanio, comprendió que lo que había vislumbrado segundos antes era la Pagoda de las Seis Armonías de Hangzhou, y que lo que la panorámica le mostraba era la colmena de actividad en torno al Qiantang, un río célebre porque en él se originaba el mayor macareo jamás medido, la ola de olas que barría con la audacia de un dios los afanes humanos.

El servicio de la CNN añadía imágenes de los anillos de Pekín y de sus lorzas de humo tóxico, del Bund de Shanghái y de sus fastuosas arquitecturas, de segmentos de la Gran Muralla con sus ejércitos pululantes de turistas, un resumen obvio, sin riesgo, de lo que China sugeriría a cualquier espectador estándar. La voz que alimentaba la narración, carente de rostro y por ello anónima, como si quien dictara fuera algún gélido transcriptor de una forma impersonal del consuelo, no un hombre o una mujer sino un mero recipiente asexuado, un cibernético educado en la contención y el decoro, vibró en los oídos de O'Hara con la misma diafanidad con la que una moneda cantaría sobre pavimentos de cristal.

En resumen, precisaba la voz, existían sospechas fundadas de que millares de chinos estaban falleciendo tras la resonante, triunfal campaña contra la intolerancia a la lactosa que el Gobierno del país, en connivencia con la industria farmacéutica occidental y algunos de sus más conspicuos avatares, había llevado a cabo, un suceso que, sin asomo de hipérbole, fuentes oficiales de la República Popular habían definido como «la mayor operación biopolítica de la Historia». Algo se había torcido al pasar del laboratorio a la carne, sugería el arúspice de la CNN. La guadaña estaba recorriendo campos y ciudades. Y mucha, tanta, demasiada gente estaba muriendo.

Un organismo atestado de bacterias, condenado al ciclo incesante del

crecimiento y la proliferación, invadió los ojos de O'Hara. Pirámides de razas celosamente confiadas a la pudrición, pilares constituidos de músculo y hueso que ratificaban en su rotundidad un holocausto preciso. Multitudes parecidas a serpientes de agua, parásitos invadiendo sin piedad a sus anfitriones, escaleras de cadáveres ascendiendo hacia un cielo plomizo. La masa, el crudo, infalible peso de la masa, la voraz angustia que la simple mención de dicha palabra provocaba en quien la escuchaba, con su constelación de gravedad, de poder, de implacabilidad en torno como los desatados cabellos de Medusa.

Rescaldos de contabilidad, un crucigrama con definiciones imposibles, la alternancia entre lo que permanece y lo que muda, vestigios de su propia desaparición, el Libro Mayor de la Vida y de la Muerte. Todo eso le fue entregado a O'Hara entre el cilicio del insomnio y el rectángulo del viejo Grundig, en el amanecer de su regreso a Giudecca.

Aunque sedado por el zolpidem, la paranoia lo agarró por el cuello al abandonar la carlinga. El fantasma de Josef Mundt era demasiado poderoso para ser ignorado. Su sombra podía esconderse en cada rincón de la terminal, lista para manifestarse en forma de ectoplasma o de personal de la limpieza. Por fortuna, Zhao lo esperaba en la BGS Premier Lounge del aeropuerto. El agua fría alivió sus temores. Su corazón latía a unas aceptables ochenta pulsaciones por minuto tras dejar la cabina de hidromasaje.

—Estás más delgado —dijo O'Hara.

Zhao se mordió las mejillas, como si padeciera de las muelas.

—Me alegra volver a verlo.

O'Hara hizo algo estúpido, quizá un efecto residual del Ambien, una de esas reacciones que la farmacología es incapaz de prever. Abrazó a Zhao.

Pudo sentir la resistencia entre sus brazos, el tirón hacia atrás de la carne del chino. Los milenios no cambiarían algo tan sencillo y a la vez tan profundo como un abrazo. Era toda una raza, la pirámide vislumbrada horas antes en su casa veneciana, quien ponía espacio entre dos cuerpos.

Cada cual en su noche.

—Perdón —dijo O'Hara soltando a Zhao—. Uno olvida ciertas cosas.

—El chófer espera —dijo Zhao con evidente alivio—. Puede descansar un rato en el hotel.

Hileras de linternas rojas palpitaban a ambos lados de la carretera, guirnaldas de bombillas meciéndose al viento que soplaba desde las llanuras, cientos de miles de vativos abrasándose en su efímera trascendencia, formas de una vida augusta, total, instantánea. Que el destino humano se ligara a esas fuentes de comodidad se le apareció de pronto en su grosera verdad. En el cómputo de los siglos pocos hombres habían vivido en semejante armonía. Porque casi todo, hasta entonces, había sido tiniebla. Se preguntó qué pesaría más en el estallido final, si el estruendo de la luz o la densidad de la negrura.

—¿Qué ha hecho durante estos meses?

—Buscar —respondió O'Hara—. Buscar en vano.

Zhao lo miró divertido.

—¿Sólo eso?

O'Hara meditó admirando el carrusel de anuncios, las luminarias de la civilización, los jinetes eléctricos que barrían los cielos de Pekín como centurias armadas.

—He comprado una casa. He invertido en Bolsa. He frecuentado a una mujer misteriosa.

—Yo no me he movido de China desde que se fue —dijo Zhao con algo parecido al resentimiento—. Ha habido mucho trabajo aquí.

—No me digas.

—La lactosa ha originado tempestades —dijo Zhao—. Como si todo el mundo hubiera puesto la mirada sobre China. Un nuevo atlas de la economía. Millones de millones de negocio: dólares, euros, rublos, yenes, rupias, reales. Nadie se ha querido perder la partida.

—Pero parece que algo ha ido mal.

—No sabría decirlo —dijo Zhao—. Hay rumores.

—Las televisiones occidentales lo mencionan. Y yo he vuelto aquí. Tu amigo Blomquist no me dejó otra opción.

Zhao se permitió mirar a O'Hara con cierto reproche.

—Sabe que Blomquist no es mi amigo. Que yo no hago amigos en mi

trabajo.

—¿Ni siquiera yo soy tu amigo? —preguntó O'Hara.

Por primera vez desde que lo conocía, O'Hara sospechó que el rubor asomaba a las mejillas de Zhao.

—Todavía no puedo responder a esa pregunta —dijo Zhao.

Callaron durante el resto del trayecto. O'Hara había imaginado un reencuentro menos críptico. Se maldijo por ello.

Quienquiera que sufragase la reunión, no había reparado en gastos. O'Hara recordaba haber oído en un encuentro de OpenMind 3.0 que el Rosewood era el mejor hotel de China. Ahora él estaba en la Beijing House, su *suite* más lujosa, 177 metros cuadrados (el dato procedía de Zhao) desde cuyos ventanales podía admirar la sede de la Televisión Central de China, el inmenso lazo diseñado por Koolhaas y Scheeren durante la última época prometeica de la arquitectura, la de la conquista sin paliativos del cielo.

El fastuoso *loop* de la CCTV hizo que el talento de O'Hara para el apocalipsis se desbocara. Mientras Zhao le ofrecía de beber y él negaba distraído, fantaseó con derrumbes por seísmo, con demoliciones controladas, con disparos de mortero, con detonaciones con cargas de dinamita y, por descontado, con el ritual admirable de la degollación de la máquina por la máquina, el impacto en un estallido de fuego y cristal de la estructura volante contra el hiperedificio.

—¿Le gusta? —preguntó Zhao.

—El gusto resulta impropio en este caso —respondió O'Hara—. Me intriga.

—¿El qué?

—La ventana. Lo que me intriga es la ventana. El vacío. La tentación de vacío que promete la estructura.

Zhao desvió los ojos.

—La arcilla —dijo— se moldea en forma de vasos. Precisamente por ese espacio donde no hay arcilla es por lo que podemos emplearlos como vasos. Es un pensamiento de Lao Tse —precisó—. La utilidad de un vaso está en su

interior, en el vacío. Sin vacío, no hay uso.

—Como las personas —dijo O’Hara—. Lo útil de una persona, su potencialidad, es que se encuentra vacía. Cualquiera que pase a su lado puede echar una mirada dentro. Y lo que es más importante: cualquiera puede depositar una idea. Vasos de agua. Vasos de veneno.

En el *loop* destellaron parpadeos amarillos y verdes, el morse neutro de la electricidad.

—Pero hay algo más —añadió O’Hara con displicencia—. Algo mucho más perturbador. ¿No lo ves? Dime. Al mirar ese edificio, ¿no lo sientes?

El ruido blanco de los electrodomésticos de la *suite* zumbaba como un mosquito monstruoso. La Beijing House estaba sumida en una delicada penumbra.

—Estos logros —apuntó O’Hara—, su megalomanía, esconden una súplica. Y ese ruego pide, demanda, exige la destrucción, el anhelo de que tanta excelencia sea destruida. Como si desde el origen no hubiéramos hecho otra cosa que levantar una y otra vez, sin desmayo, la Torre de Babel. Los niños lo saben —pronosticó O’Hara—. Los niños que construyen castillos de arena junto al mar saben que los castillos son más hermosos cuanto más segura es su destrucción.

Un sonido nuevo irrumpió. Risas, pasos rápidos, arcilla vacía desplazándose sobre zapatos de diseño.

Enmarcados por biombos lacados y espléndidas caligrafías, penetrando en el salón de la Beijing House creyéndose solos, sin testigos, un hombre y una mujer, cogidos de la cintura, murmuraban y reían, cómplices de sí mismos, acaso ganados por la lujuria y por ello inmunes a la indecencia. Un dardo de luz emanado de la CCTV permitió a O’Hara reconocer al hombre, el feroz mostacho de morsa, los cabellos rizados, el aspecto inequívoco de gran girasol que camina.

—Dios bendito. Es Kaplan —susurró al oído de Zhao.

—¿Kaplan? —preguntó Zhao.

—Es una broma privada —dijo O’Hara.

Algo detuvo a la pareja en su regocijo. Quizá los susurros habían llegado hasta ellos. O un crepitar de objetos, un murmullo no humano. El caso es que

el hombre y la mujer se desasieron como sacudidos por una descarga eléctrica. Un segundo disparo de luz procedente de la CCTV barrió hasta el vestíbulo la Beijing House. O'Hara pudo reconocer a la figura femenina.

—Buenas noches, Nilsen; miss Xia, es una sorpresa encontrarla de nuevo.

Nilsen estaba idéntico a como O'Hara lo recordaba, de hecho era demasiado parecido a la persona que había frecuentado en Hangzhou, casi una caricatura de sí mismo, como un carácter novelesco al que el escritor no ha deseado dotar de profundidad. La belleza de miss Xia seguía siendo un arquetipo. Nimbada por la luz que llegaba desde la CCTV, a O'Hara lo sedujo el color de la peluca que llevaba, un rotundo azul Thénard. Pensó en la ligereza de las porcelanas de Sèvres. El color de los cabellos de miss Xia procedía de aquellas manufacturas del gusto. Paladeó la palabra *coronación*. Se preguntó qué licencia poética había reunido a la Bestia y a la Bella en el Rosewood.

—No sé si conocen a Zhao, mi intérprete.

Nilsen intercambió con Zhao un par de frases en mandarín. Miss Xia se limitó a estudiarlo con frialdad. Había dispuesto un cordón sanitario entre ella y el resto.

—No sabía que hubiera llegado ya de Europa —dijo Nilsen masticando con furia su bigote—. Blomquist mencionó que no aterrizaría antes de medianoche.

—Blomquist se equivocó —dijo O'Hara abriendo las manos—. O usted entendió mal.

Había dos sofás en el salón. Uno de cuero blanco; el otro de napa naranja. Mientras Nilsen y miss Xia tomaban asiento, Zhao reiteró su oferta de bebidas. O'Hara se decantó ahora por la ginebra. Nilsen lo secundó. Miss Xia pidió oolong.

Zhao puso agua a calentar y extrajo el té de una suerte de ánfora decorada con cometas. Las tazas que acercó hasta la mesa de palisandro que había entre los sofás tenían el color del óxido. Sobre el rojo oscuro de la madera componían un feliz contraste. El óxido, identificado como la pátina del tiempo, poseía un valor incalculable en las culturas orientales. Los cañones de luz bombardeaban gloriosamente la estancia.

Hasta que Nilsen se levantó y rompió el embrujo.

—Me pregunto por qué estábamos a oscuras —dijo mostrando una sonrisa incendiaria. Había demasiados dientes en aquella boca.

—Zhao y yo contemplábamos cierta belleza —dijo O'Hara señalando con el pulgar a sus espaldas—. Y ustedes no parecían necesitar luz —añadió con picardía.

Durante unos minutos, modestos en su vulgaridad, conversaron acerca de asuntos banales para no tener que especular sobre el motivo por el que se encontraban allí. O'Hara no quería parecer curioso; Nilsen y miss Xia confiaban en que el visitante supiera lo bastante como para no preguntar nada. Aunque también era posible que estuvieran aleccionados para aceptar que en aquella representación no les correspondía un papel estelar. Otros darían las razones.

—Tengo hambre —dijo O'Hara—. La comida en los vuelos continentales sigue siendo irrelevante.

—Un adjetivo extraño —dijo miss Xia sacudiendo las olas de su azul Thénard.

—Trataba de ser cortés con las líneas aéreas de su país —dijo O'Hara—. Debería haber dicho *insultante*. Zhao, ¿te apetece comer algo?

—La cocina del Rosewood es una de las más reputadas de Pekín —dijo Zhao como si recitara un lugar común—. Pero es tarde para mí.

O'Hara consultó su Carlos Coppel. Faltaba un cuarto de hora para las once de la noche.

—¿Ustedes?

Nilsen se acarició el vientre tenso.

—Saciado —dijo.

Miss Xia no consideró oportuno responder. Algunas formas del esplendor sólo se conquistaban mediante la austeridad del oolong.

O'Hara se incorporó para buscar la carta. En un ángulo casi escondido que conducía al baño por un pasillo en forma de tubo, había una aguada deliciosa. En inglés, una nota advertía del título, autor y año de composición: «*Mount Lu, Zhang Daqian, 1979*». Apenas un borrón verde sobre una ancha y alta masa gris circundada de niebla, la aguada sugería la placidez de un

mundo sin hombres. O'Hara la contempló con la incredulidad habitual con que contemplaba las cosas bellas y frágiles.

Encerrado en el baño, ojeó la carta y pidió sopa de pescado y pato con verduras. El espejo de cuerpo entero le devolvió un rostro fatigado pero enérgico. Intentó contemplarse como si fuera un desconocido, uno más entre la multitud. Salvo los ojos, todo era grande en su cara, aunque su cráneo era pequeño. La perspectiva era una ciencia que comenzaba por uno mismo. Como siempre, lo más difícil era calibrar la edad. A partir de cierto momento, la percepción del envejecimiento se convertía en un asunto gnóstico. Uno mismo, en tanto que modelo permanente, parecía no cambiar, y sin embargo cada día era una grieta nueva, un grado más de inclinación en la vertical del tiempo.

Fue en ese instante, sacudido aún por la aguada del maestro chino y contemplando su rostro ante el espejo, cuando lo acució la necesidad de hablar con alguien que lo conociera de forma íntima. Cayó en la cuenta de que sólo una persona en el mundo satisfacía esa premisa.

—No te asustes —dijo O'Hara—. No ha sucedido nada. Quería escuchar tu voz.

—Estoy trabajando, Richard. Otro día duro para los bastardos del Bajo Manhattan.

Vislumbró a Oona con su traje de dos piezas, de solapas rígidas, y sus zapatos de Roberto Festa. A su alrededor, teléfonos sonando, dígitos en cascada, furor y éxito, el cableado de la prisa, el clinamen del azar y de las circunstancias. Bonos, hipotecas, credulidad: las coordenadas caucásicas del bienestar.

—¿Cómo van mis acciones, hermana?

—¿Llamas para eso?

—Ya te lo dije. Llamo para escuchar tu voz.

—Mal momento, Richard.

O'Hara había roto a sudar. Se sentó en el váter sin alzar la tapa.

—¿Cómo está Karen?

—¿De veras me estás haciendo esta pregunta?

—¿Y John? ¿Cómo está John? ¿Resultan las cosas menos dolorosas entre

vosotros?

—Creo que voy a colgar, Richard.

—¿Y cómo estás tú? ¿Eres feliz? Necesito saberlo. Estoy muy lejos de casa y necesito saber si eres feliz.

Oyó un suspiro. Una forma del cansancio o una especie de tregua, no lo sabía. Las preguntas incómodas eran su patrimonio. Llamar a deshora; desaparecer durante meses; creerse irremplazable. Una lucecita allá, al otro lado del mundo, esperando siempre por él. Hermana. Abrigo. Faro.

—Tengo un minuto, Richard. Sé preciso.

O'Hara inspiró: la bocanada del buzo antes de descender al abismo.

—Estoy en China otra vez. Pero ahora es distinto. Lo noto en el aire. La gente ha empezado a morir. Parece que a montones. Nunca les ha importado eso. Son tantos. Es algo que tiene que ver con la lactosa, con la búsqueda de un remedio para la intolerancia. Ya sabes. Cinco millones de dólares para el menor de los O'Hara. Nimiedades en comparación con las cifras que tú manejas, pero sin duda un buen pellizco. Y yo siento que todo se derrumba, Oona. No sé qué hago aquí. No sé qué hago en cualquier parte. No encuentro asideros. Tampoco motivos. Ni en casa. Ni en el tiempo libre. Ni en los afectos que no cultivo. Meses viajando por el mundo en busca de una imagen que ni siquiera es mía. Creo que te hablé de ella. Y si no lo hice, no importa. Un paisaje vacío. La desolación de la desolación. Se trata de buscar un centro. Como siempre. Pero no lo encuentro.

—Treinta segundos, Richard.

—Te los regalo. Ya lo he dicho todo. Eres tú quien debería hablar. Del nuevo novio de Karen. De tu nuevo novio. De tu renuncia a cualquier forma de noviazgo.

—Que tengas un buen día, Richard.

Se mojó la cara, repasó las arrugas de su frente, salió al pasillo. Había óculos en el techo que se encendían a medida que caminaba, retinas más allá de la duda, generadoras de confort y zonas de descanso. La aguada de Zhang Daqian lo dejó indiferente. Como si hubiera visto un cartel pop.

Su entrada en el salón coincidió con la llegada de una nueva pareja.

—Un camarero trae comida —anunció una voz de mujer.

Reconoció a Wang Mei. A su lado, como un complemento para una velada de fiesta, advirtió la presencia del señor Yu. La tribu se reunía.

El delicado olor a sopa de pescado inundó la *suite*. Los jugos gástricos de O'Hara anticiparon el festín. Se sintió salvado antes incluso de hundir los palillos en el cuenco. El camarero se retiró con una reverencia plural e inespecífica. Miró el bodegón que su cena dibujaba en el salón. Cinco adultos contemplaban la vajilla con desdén. Acaso también con una pizca de compasión. Hambre a esas horas de la noche. Una extravagancia.

Pero le dejaron que disfrutara a su aire, tendido en la cama matrimonial de la Beijing House, un lecho en el que se sentía concupiscente sin remedio y que hacía pensar en inequívocas formas de esplendor, reinos sumidos en el opio, la fauna exótica, las cargas del incesto. Podía escuchar las conversaciones en mandarín mientras pensaba en cómo sortear la curiosidad del señor Yu si se le ocurría preguntar por la Kaweco sustraída en Shanghái. Era agradable estar allí a la vez que la comida obraba su trabajo. Porque ningún algoritmo de Wall Street podría desentrañar semejante misterio. Comer se revelaba como el mayor índice posible del bienestar.

Tras engullir el último pedazo de pato y regresar al salón, vio que el señor Yu estaba en el uso de la palabra. Dedujo que era una historia compleja la que contaba no sólo por el tiempo que empleaba en el asunto, sino por la atención con que sus compañeros lo miraban. A su modo pétreo e imperativo, un brillo sarcástico animaba de vez en cuando el rostro de Yu, como el verde de la aguada del pasillo destacando sobre la masa gris del conjunto. Y de pronto, sin nada que avisara a O'Hara de que ello iba a suceder, estalló una risa coral y monstruosa. Incluso Zhao, por lo común moderado, se golpeaba las rodillas como un mono, mostrando una fruición casi salvaje.

Repuestos del impacto de la historia del señor Yu, Nilsen explicó a O'Hara las razones del entusiasmo. Mientras traducía, Yu observaba a O'Hara con cara de palo, un Buster Keaton oriental.

—El señor Yu —dijo Nilsen— nos estaba contando una historia muy divertida. Astrónomos de la ciudad japonesa de Nara han medido con extraordinaria precisión el momento en que el Sol, después de consumir sus reservas de hidrógeno y helio, se agrandará para convertirse en una gigante

roja y extinguirse.

Nilsen hizo una pausa, atusándose el mostacho con una satisfacción estudiada. O'Hara lo imaginó desnudo y duro como bronce, mientras miss Xia le lamía el glande. Se preguntó qué ingredientes habría empleado el chef del Rosewood para preparar la sopa de pescado.

—El Sol —prosiguió Nilsen— se extinguirá según los astrónomos de la ciudad japonesa de Nara dentro de cinco mil millones de años, exactamente un jueves.

—Un jueves —repitió O'Hara.

—Un jueves —corroboró Nilsen—, con un margen de error de tres días.

Los chinos aceptaron que la broma había sido traducida al inglés y volvieron a reír palmeándose las piernas, llevándose las manos al pelo, señalándose los unos a los otros. Sólo Yu contemplaba a O'Hara inescrutable, un rostro tallado en siglos de crueldad y meditación.

—Al señor O'Hara —dijo Yu— no le ha divertido la eficacia de nuestros vecinos.

—El señor O'Hara —dijo O'Hara estudiándose las uñas— no sabía que había sido convocado de urgencia a ocho mil kilómetros de su casa para escuchar chistes sobre astrónomos japoneses. ¿Puede alguien, por favor, decirme qué hacemos aquí?

Llamaron a la puerta. Fue Wang Mei quien se levantó. O'Hara la observó desplazarse con la lasitud neumática que un lejano día lo había seducido en Shanghái. Como si caminara sobre las aguas del tiempo. Echó de menos su magnífico *cheongsam* rojo.

Dispuesto a no sorprenderse por nada, O'Hara vio entrar a la tercera pareja de la noche: Wen Dafu y el comodoro Li. Venían cogidos del brazo y, por lo que pudo colegir, estaban borrachos. A dos voces, y con grosería de estudiantes, gritaban algo que O'Hara no dudó en identificar con una canción militar.

Hubo saludos. Hubo alborozo. Hubo verdadera alegría en el salón de la Beijing House. Como caballos piafando en el hipódromo. Y todo ello, observó O'Hara, sin necesidad del menor roce. Pieles indemnes, volcanes de risa. Así se divertirían los ectoplasmas en sus santuarios incorruptos. Y luego

alguien, en un descuido, acaso una mano torpe o distraída, apagó las luces. Durante unos segundos la catarata lumínica de la CCTV convirtió la *suite* en un túnel de sombras, una carretera a ninguna parte. Se aquietó el estruendo de las voces. Se precipitó el silencio como lluvia fría. Pero entonces sonó un teléfono y cierto hechizo se quebró. La luz volvió invencible y O'Hara vio que Nilsen se alejaba en dirección al vestíbulo, caminando en pequeños círculos. Lo vio asentir unas cuantas veces. Cuando cortó la comunicación, se quedó parado, de cara a la puerta de entrada, y bajó los brazos como un púgil antes de encajar el golpe definitivo. A O'Hara le hubiera gustado ver qué transparentaba su rostro. Claro que al volverse hacia el grupo sólo descubrió su fiereza habitual, ese vigor corporal que funcionaba como una bomba de entusiasmo.

—Era Blomquist —dijo Nilsen mirando a O'Hara—. Quería saber si había llegado ya.

—¿Y por qué no me llamó a mí? —preguntó O'Hara.

Nilsen mostró las palmas de las manos desnudas en un gesto universal. O'Hara pensó que era un hombre simpático y repugnante a partes iguales. Y que personas similares a él, nocivas y a la vez exultantes, rodeaban a Oona con sus acentos de la Ivy League, su ropa interior de cuatrocientos dólares, su capacidad para mutar la especulación en una ciencia exacta del beneficio.

—En cualquier caso —dijo Nilsen complacido—, en quince minutos podrá preguntárselo en persona.

O'Hara reculó como ante una sima. Cayó en la cuenta de que nunca había visto a Blomquist en persona. De que durante sus años trabajando para Arconte Limited, aquellas marcas inconfundibles —la brida mongólica de los ojos, el cabello ceniciento— habían vivido contenidas en las sesiones de OpenMind 3.0 o en el dispositivo de los celulares. Hoy iba a poder tocar a Blomquist. Iba a poder medir su presencia, el rigor de su materialidad.

Hasta la medianoche divagaron en grupo. Yu tuvo que contar de nuevo el chiste de los astrónomos japoneses. Wen Dafu se atragantó de la risa, a un paso de la apoplejía, y el comodoro Li, no menos feliz, blandió su meñique como un órgano antediluviano, la voluntad de poder de un pterodáctilo que había conquistado la posición erguida. O'Hara se supo a un paso del vómito y

a otro del delirio. La tormenta perfecta se cernía sobre él. Y añoró los hombros de la signora Cortinovis sumados a la visión estática y formidable del Palazzo Grassi como un centinela insomne.

A medianoche algún mecanismo oculto comenzó a emitir una música que se desplegaba como banderas al viento, con una fragilidad no reñida con la audacia; una música que infectaba al oyente deliciosa y serenamente, como la morfina al recorrer la sangre. No se podía precisar su origen, porque estaba en todas partes. Era sofocante y al tiempo redimía. Y aunque apenas duró un minuto, regaló la sensación de que el tiempo era una sustancia blanda.

El mundo se replegaba hacia el sueño, pero en la oscuridad las estructuras del orgullo sobrevivían. Los monumentos del mundo, las pruebas del ingenio humano eran la firma de la creación. Divisas de una raza no animada sólo por la necesidad de sangre o la búsqueda de alimento. O'Hara contempló el lazo de la CCTV e imaginó, con algo parecido a la gratitud, lianas abrazando el Capitolio, musgo devorando Stonehenge, helechos arborescentes colonizando las salas del Ermitage. Mastabas, obeliscos, mausoleos: el soneto de Shelley sobre Ozymandias.

Cuando la música cesó, había viajado a los límites del mundo.

—Esa música —dijo dirigiéndose a Zhao— era una trampa.

—No estoy seguro —respondió Zhao—, pero diría que ha sonado en su honor.

—Pienso en un prólogo —continuó O'Hara—. La inauguración de unas Olimpiadas. El discurso de un jefe de Estado. Algo protocolario.

Y de pronto estaban ahí, materializados de la nada, saltando por encima del espaciotiempo, como si hubieran viajado dentro de la música a la velocidad de la luz. O a la velocidad a la que sea que viajan los sueños.

—Yo tenía razón —dijo Zhao—. Sonaba por *alguien*, aunque no por usted.

De modo que era eso. Las distancias, los largos viajes, las insinuaciones: todo confluía en aquel teatro magnífico, con la espada de luz de la Televisión Central China a sus espaldas y el lujo abrumador de la Beijing House en

derredor, con los figurantes que las circunstancias habían puesto en su camino, la pequeña horda conspicua y a la vez inane, que contaba chistes para entretener el tedio y poseía el misterio del poder sobre las vidas ajenas, miembros de alguna nomenclatura acaso subsidiaria, pues en la burocracia de los grandes fines no resultaba sencillo discriminar la paja del grano.

Así que el espectáculo de la diplomacia y la humildad de los logros, el mecanismo a la vista y sin embargo secretamente virtuoso que ponía en marcha encuentros y desencuentros confluía en la aparición de aquella extraña trinidad que, como en los viejos cuentos del hombre blanco, los mismos que habían educado la sensibilidad de millones de niños, juzgaba la medianoche como el quicio perfecto, el tránsito de una vida a otra, la frontera entre mundos paralelos condenados a no tocarse, el territorio en que hacían su entrada las falanges oscuras, los principios arcanos, los tronos y potestades inversos.

Lo primero que atrapaba la atención era la silla de ruedas, un aparato manual, con aspecto de reliquia, pero que si se observaba con detalle escondía un artilugio plegable, de ligereza extraordinaria, con revestimiento de kevlar. Sentado en ella, con las piernas cubiertas por una manta de viaje, Blomquist era un tronco animado por una determinación implacable, un busto feroz, poderoso, rematado por una cabeza estatuaria. O'Hara se obligó a pensar en sus piernas como ramas muertas, secas sin remedio, perdidas un lejano día de su infancia escandinava por culpa de un accidente de tráfico o de una enfermedad.

—No lo puedo creer —dijo O'Hara—. Blomquist es un inválido. ¿Lo sabías?

Zhao negó sin apartar la vista del grupo. Una mujer con un pañuelo de seda que le cubría el cabello empujaba la silla de Blomquist. Era Amanda. A su lado, frágil y a la vez ominoso, sosteniendo un bastón con una cabeza de galgo egipcio en la empuñadura y los ojos ocultos tras unas gafas de espejo, caminaba Control.

Allí estaba el aura del poder, la sustancia incolora, inodora e insípida pero tan preciada como el agua, aquel clima que había sentido el día que conoció al comodoro Li y que se le había reiterado, elevado a una potencia superior,

en su visita a Control. Políticos, sabios, artistas, los dueños del aura, vástagos de un país sin mapas, cuyos súbditos cambiaban a capricho de las mareas de la Historia, si es que la Historia consistía en algo más que en la abrumadora elasticidad del espíritu humano, en su capacidad irrevocable para creer en Astarté y en Moloch, el cero y el infinito, las tablas de logaritmos y el círculo cuadrado.

Sintió el aura, sí. Precisa. Intolerable. Emanando de la presencia anciana pero aguda de Control, percibió el aura que calentaba la Beijing House con un calor más allá del calor, que no procedía de reacciones químicas entre cuerpos sino de relaciones inestables y delicadas entre lo que esos cuerpos significaban: balances, cómputos, álgebras de la razón y el sentimiento. Como si la aparición de Control y de sus extraños escuderos —el hombre impedido, la mujer irredenta— hubiera puesto en marcha una pieza cuya resolución O'Hara no aguardaba conocer tanto por orgullo como por curiosidad, el relato preñado de aristas y pozos oscuros en el que cualquier esperanza de sentido suponía por sí misma un reto. Y supo que siempre, huyera a donde huyera, en la felicidad o en la nostalgia, aquel cromo imperecedero de los tres visitantes llegando a medianoche, como naipes salidos de una baraja mágica, lo acompañaría.

El gran salón se había llenado. Once personas repartidas por él como si aguardaran al talento que las retratará, al dueño de una época que, paleta en mano, los condenara a las pinacotecas del gusto, figuras para siempre privadas de nombre propio hasta pasar a engrosar las filas del mito. Como un puzle que caminara hacia su resolución, hacia ese momento entre el éxtasis del cumplimiento, la curiosidad satisfecha y el temor a lo que sucederá después, en que la pieza postrera encaja en la estructura con algo parecido a un suspiro de la materia, el roce de la madera contra la madera, la adecuación del plástico al plástico, el instante de la adherencia del mecanismo que faltaba, ese momento en que el constructor del mosaico, al depositar la tesela que lo cancela, acepta que el Todo es superior a las partes que lo componen.

Y así, como en un vistazo decisivo, al modo de ciertas narraciones que en su línea final entregan a quien lee la resolución del drama, a O'Hara le fue ofrecido de una sola vez un grueso fragmento de su vida, un bloque de

acciones y reacciones, de actitudes y consuelos, la monstruosa punta del iceberg que significaba su vida vagabunda desde que un día del verano del año 2022 había sufrido una revelación en un restaurante de Fráncfort hasta que en la lujosa *suite* del Rosewood de Pekín, cuatro años más tarde, la voz extrañamente juvenil y un poco aflautada de Control dijo con solemne complacencia:

—Señoras, señores, amigos todos. Gracias por estar aquí.

Lo despertó la certeza de un roce tan dulce que por un segundo, cuando abrió los ojos, vio a su madre ante él, vacilante como una vela en un día de viento aunque al tiempo invencible, erguida ante una noria de Coney Island y con el Atlántico a sus pies. Cerró los ojos para que la imagen permaneciera encerrada en la caja negra de la nostalgia, misteriosa y secreta, un retrato de su felicidad florecida, el botón diminuto pero exquisito de una flor de infancia. Sin embargo, al repetirse, la caricia obró el efecto contrario. La imagen, incluso con los ojos cerrados, se atomizó como un insecto estrellado contra el parabrisas, cuya forma no resulta posible reconstruir tras el impacto. Y aunque apretó los párpados intentando prolongar el reposo, su honesto y humilde bienestar, la imagen se había desvanecido sin remedio.

—He soñado con mi madre —dijo incorporándose en la cama—. Hacía años que no me sucedía. Ha sido agradable y a la vez aterrador.

Amanda repitió el gesto por tercera vez. Como un escultor que prueba la calidad de una máscara mortuoria, recorrió el rostro de O'Hara desde la frente hasta el mentón. Fue un ademán exento de ternura y al tiempo íntimo.

—Control y Blomquist lo esperan para desayunar. Salen hacia el aeropuerto en cuarenta minutos.

Con premura y sin ducharse dejó atrás los restos del naufragio de la Beijing House, el olor a maquillaje y perfumes caros, las botellas de alcohol vacías, las revelaciones entre los once invitados como hilos tendidos de boca a oreja. En el ascensor tuvo ocasión de recordar que se le había hecho partícipe de una información insólita. El relato, en cualquier caso, era tan cruel que atentaba contra toda esperanza de verosimilitud. Los chinos habían

obrado siguiendo un viejo precepto: haz algo tan inconcebible que su enunciado implique una paradoja. De hecho, mientras escuchaba al señor Yu y al comodoro Li explicar qué estaba sucediendo con el experimento de la lactosa, cuál era la operación de fondo que encerraba, comprendió que el ser humano vive en la oscuridad más absoluta con respecto a los fines que lo animan. Al obstinarse en negar que haya algo imposible de llevar a cabo, el hombre es un pupilo ciego y vacilante. El día que la pedagogía de la Historia lo deslumbra con su incómoda verdad —que siempre existe un grado más posible de dolo, mentira y cálculo— ya es tarde.

En torno a la silla de ruedas de Blomquist se afanaban dos fámulos. Las gafas oscuras de Control eran un muro. Frente al hombre impedido se derramaba una cornucopia de manjares; ante su jefe se veía una copa de plata, pesada e historiada, que hacía pensar en el ritual católico de la misa. O'Hara distinguió un líquido oscuro y denso. Se abstuvo de fantasear acerca de los apetitos de Control. Entre tanto Blomquist, moviendo su cabeza vikinga, lo invitó a sentarse. Los camareros se retiraron. Quedó el delicioso aroma del desayuno servido. Y O'Hara se permitió una sonrisa al pensar en los miles de ancestros de Blomquist que habrían comido grasa de reno y toneladas de salmón antes de merecer aquel fantástico repertorio.

—¿Ha dormido bien? —preguntó Control con voz adelgazada, como si llevara helio en la garganta.

—He soñado con mi madre —respondió O'Hara—. Estábamos en Coney Island. Ha sido hermoso. Y triste.

Un silencio incómodo se instaló entre los tres. La intimidad de un hombre solía poseer esa cualidad. En ausencia de máscaras, el público se retraía. Control sorbió el líquido de su copa. El rubor tiñó sus mejillas. O'Hara escuchó algo parecido a una succión, como el ruido que hace un fregadero obstruido al liberarse. Y luego, inconfundible, el chasquido de la lengua dentro de la propia boca, el epítome de la satisfacción.

—¿Comprende lo que sucedió anoche aquí? —preguntó Control.

—Algo insólito —dijo O'Hara—. Tanto que, si lo contara, nadie me creería.

—Arconte Limited no se engañó al confiar en usted —dijo Control—.

Además, estas historias han existido siempre. Conviene no llamarse a engaño. De lo contrario, uno se vuelve cándido, innecesariamente cándido.

—Y es mejor ser cínico.

—Digamos que es mejor ser realista, O'Hara. Cínico es un término poco agradable de escuchar.

Contó hasta veinte. Recordó al comodoro Li poniendo en la balanza a los muertos y a los verdugos. Una poda sistemática. Un ambicioso plan de reescritura de la sociedad.

—Tengo algunas dudas —dijo O'Hara—. Por ejemplo, si el trabajo de Solaris fue sólo procurar un veneno.

—No —intervino Blomquist—. La píldora funciona. Es eficaz. En realidad, el beneficio se está aplicando a un noventa por ciento de la población diana. Los manuales de historia de la medicina hablarán de un hito. Y nuestros químicos quizá consigan un Nobel como recompensa.

El diez por ciento que quedaba fuera de la ecuación. Un diez por ciento sobre mil millones. Cien millones de personas. Taladas. Arrancadas. Muriendo en esos mismos momentos.

—La selección se ha fundado sobre criterios eugenésicos —prosiguió Blomquist—. Enfermos, ancianos, deficientes, drogadictos, locos. Las manzanas podridas.

Una empresa de recalibración. Tantas bocas que alimentar. La demografía como guillotina que se cierra. Más radical que las políticas de hijo único; más eficaz que cualquier remota solución final.

—Increíble —concedió O'Hara—. Otra cosa. La idea, ¿surgió de los chinos?

—La idea, para ser sinceros —dijo Control—, la tuvo usted. Siempre sucede así. Alguien ve la luz y luego nacen las aplicaciones. En cierta medida usted es otro Fermi, otro Oppenheimer. Sólo que su intuición no se desvelará. Quedará como una tumba sin nombre. Por supuesto, Arconte Limited no es responsable del modo en que un cliente implementa un hallazgo. Nuestra responsabilidad es con el talento, no con la pragmática.

O'Hara presentía el vómito en la garganta. Si su madre y su padre supieran. Si su hermana supiera. Si Karen supiera quién era su querido y

famoso tío.

—Es demasiado monstruoso para ser cierto.

—Vivimos en un mundo transparente en sus fines —dijo Control.

La maldita palabra estaba otra vez encima de la mesa. Matemática humana. Reparto de dones. Teleología. El progreso reducido a factores maltusianos. Demasiados animales para el alimento disponible.

—Está pálido como una doncella —rió Blomquist.

—Es que no me acostumbro a ver que es usted un mutilado —dijo O'Hara—. Y que si fuera chino, en vez de sueco, le hubieran dado la píldora de la despedida.

Control extendió sus manos a derecha e izquierda, como un líder en el acto de perdonar. La vejez dibujaba un archipiélago de manchas en su piel. Sus nudillos eran romos; la cutícula de las uñas, morada.

—Señores, no perdamos el decoro.

O'Hara clavó la vista en los boles de arroz crujiente.

—¿Cómo confían en que la verdad no se sepa? —preguntó.

—Se sabrá —dijo Control—. Pero no ahora. La verdad levanta el vuelo cuando las cosas ya han pasado. ¿Ha leído a Tácito?

O'Hara buceó en su memoria, buscando entre blasones de otra época marcadores orientativos: una fecha, un busto en mármol, alguna sentencia a la que agarrarse. Tuvo que rendirse. La edad dorada de Roma se mezclaba con su decadencia. República, Imperio, Dictadura. Un solo fulgor que más tarde se apagaba. Tito Livio, Suetonio, Polibio, Salustio, Amiano Marcelino. Los nombres se confundían entre sí. Roma había durado demasiado.

—El autor de los *Anales* —dijo Control—. Lo poco que de ellos se conserva. Desde Tiberio hasta Nerón. El libro más sombrío que se ha concebido y escrito. Crímenes, corrupción, codicia: la condición humana en su desnudez. Ahí está todo. Roma como sumidero. Y al tiempo Roma como poder sin igual. Y todo sin moralina, sin la menor concesión a la piedad, a la lamentación del justo. Tácito, sencillamente, muestra las cosas como sucedieron. Es una lectura reveladora. Se la recomiendo. La quintaesencia de un forense.

—Creía que la época de los forenses había pasado —dijo O'Hara—. Que

ésta era una época de grandes proveedores. Bezos. Musk. Zuckerberg y Sandberg. Los cachorros de Gates y Jobs.

—Y lo es —terció Blomquist—. Pero el progreso deja habitaciones a oscuras. Una buena nueva comporta su cuota de tinieblas.

—No hablamos de teología —dijo O'Hara—. Hablamos de personas. De una inmensa cantidad de personas. De una cantidad de personas tan desmesurada que resulta inconcebible. —O'Hara abrió también sus manos a derecha e izquierda, remedando el gesto de Control—. ¿Cien millones? ¿Pueden imaginar cien millones de personas?

—Eso mismo hace que resulte tranquilizador —puntualizó Control—. No podemos lamentarnos por cien millones. Cien millones son una figura estadística, un argumento abstracto. Cien millones carecen de posibilidad de representación. Ninguna pintura, ninguna fotografía, ninguna película y, por supuesto, ningún anal han reflejado nunca la existencia palpable de cien millones de personas. Cien millones de personas son un concepto vacío.

—Lo que me asombra —confesó O'Hara— es su seguridad, su falta de vacilaciones. Como si hubiera tenido décadas para procesar esta información. Habla de ello con la misma tranquilidad que de su colección de estatuas africanas.

—Entramos en un terreno personal —dijo Control—. Le rogaría que no juegue a ponerse en mi lugar. Es algo irritante.

—Es lo que me está exigiendo —dijo O'Hara—. Que me ponga en su lugar. En el lugar de quien contempla este diluvio de muertos sin pestañear.

—Déjeme explicarle algo —lo interrumpió Blomquist—. Hubo una época en que, cuando una vela se apagaba, un hombre, a lo sumo una familia o una pequeña comunidad, quedaban a oscuras. Al fallar hoy un reactor nuclear, puede ser un país entero el que se vea condenado a la oscuridad. Es un asunto de perspectiva, de salto en el modelo de referencia.

Blomquist atacó de nuevo la comida. Su masticación era violenta. A O'Hara lo asaltó la imagen de una trituradora de hombres.

—La Naturaleza —continuó Blomquist—, que es pródiga en sus frutos, dictó que el destino de los hombres fuera diminuto. Pero el ingenio humano, en especial a raíz del nacimiento de la máquina, quiso que nuestro destino se

volviera absoluto.

—Ahora me dirá —intervino O'Hara— que en ese gesto de orgullo se funda también el delito de soberbia.

—No —sonrió Blomquist—. Lo que iba a decirle es que probara este arroz. Es exquisito.

Amanda apareció en ese instante. O'Hara sintió que el aire de la estancia se renovaba. Era obvio que se había acostumbrado a su presencia. Como si fuera otra madre, un asilo para la cordura.

—Siento interrumpirles, pero se hace tarde. Es hora de que salgan hacia el aeropuerto.

La lección de zoología había terminado.

Encontró al hombre en un callejón cercano, mientras estiraba las piernas y aguardaba a que Zhao pasara a recogerlo. Entre cajas de fruta, bidones de gasolina y chatarra amontonada, sumido en el caos inverosímil que cualquier rincón chino era capaz de proponer, lo vio recostado contra una valla podrida.

El hombre, que se agarraba el vientre, emanaba un hedor intolerable, como si se estuviera descomponiendo a ojos vistas y a una velocidad vertiginosa, igual que en una de esas películas que lo atormentaban de niño y en las que se podía admirar la pudrición de una flor o de un hongo, la conversión de un cadáver en carroña a cámara rápida.

El hombre giró la cabeza y él no halló en sus ojos miedo ni vergüenza. Apenas resignación. Y al levantar su mano derecha, en un gesto de cansancio y delicado reproche, O'Hara comprendió que lo único que el hombre le estaba pidiendo era que le dejara morir solo y en paz, que se retirara y no se le ocurriera llamar a nadie ni pedir ayuda.

Cuando muchas horas más tarde aterrizó en Venecia, aquella última imagen de su viaje, con ser la más cercana en el tiempo, se le antojó también la más improbable. Gente muriendo en las calles a consecuencia de una gigantesca conspiración.

Qué burda locura, pensó. Qué burda e insatisfactoria locura.

PERMAFROST

Deambulando por las salas del Palazzo Grassi, O'Hara recordó una sentencia de Oscar Wilde: «Las personas superficiales son las únicas que no juzgan por las apariencias. El misterio del mundo es lo visible, no lo invisible». El aviso para navegantes del inquilino de la cárcel de Reading prevenía contra la sabiduría de las madres («Las apariencias engañan») y contra la enseñanza desencantada de la filosofía («Los sentidos son falibles»), al tiempo que advertía de cierta mística de lo secreto. Con su proverbial amor por la paradoja, Wilde desvelaba continentes enteros de realidad. Había que aceptar que eran las cosas, y no las apariencias, las que mentían.

El nombre del fotógrafo lo sedujo: Placer Maduro. Más cuando comprendió que era un hombre. Y más aún al saber que su nombre era real, no un seudónimo. Pensó en los padres del futuro artista, nacido en México, con gratitud. Había gente de talento incluso para bautizar a sus hijos.

La exposición se titulaba *Permafrost*. Arrancaba con un umbral —una cortina vegetal que cubría el horizonte— y concluía con la más célebre de las imágenes platónicas, la metáfora más pregnante que la literatura occidental había logrado generar en veinticinco siglos de escritura: la sombra de un árbol reflejada en un muro, la caverna en la que el hombre habitaba, *fata morgana* del mundo y sus anhelos. Entre ambas imágenes, principio y fin de

un recorrido que era una metafísica de la mirada pero también una ontología del paisaje, discurría un universo de líneas rectas y arcos quebrados, de abismos que eran puntos de fuga y paralelepípedos que hablaban de estancias cardinales, la geometría de la materia dispuesta ante el ojo mágico de la lente, que era también el ojo de un observador voraz pero clínico, que apuntaba pero parecía ausente, y que sólo en contadas ocasiones intervenía sobre la extensión del mundo. Pues si todo punto de vista escondía una decisión de orden moral, Placer Maduro, el autor de *Permafrost*, parecía ser un estoico.

Mientras sus pasos resonaban por las salas vacías y frías, por las que apenas pululaban aburridos y escépticos los vigilantes de seguridad y el personal del museo, penetró en la brecha del escenario natural (montes, campos, aguas) y de su correlato cultural (fábricas, ropajes, máquinas). Vio un remedo de casa hecha con ramas; vio un muro de ladrillo expuesto frente al mar; vio una manguera abandonada como una boa gigantesca en un claro del camino. Eran instantes robados y un tanto inquietantes, que pasaban sin ser vistos. Excrecencias del territorio, momentos muertos, ajenos a la categoría de la belleza y a su constelación de significado, y que sólo en el espacio a menudo epifánico de la fotografía significaban algo más, algo distinto. Límites que no se verían si no fuera gracias a que Placer Maduro, al exponerlos, los había liberado a la interpretación.

En *Permafrost* convivían dos clases de presencias con pasaporte humano: la de los artefactos y la de los actores. La presencia de los artefactos era una arqueología de la ruina. Había un decrepito toro de Osborne capturado en algún rincón de España, chimeneas tóxicas y columnas de fuego como inesperados árboles de acero y combustión, el esqueleto de un silo cercado por matorrales. A menudo eran huellas de un esplendor caído, pues toda obra humana, en medio de la intemperie, corría el riesgo de resultar inoportuna. La presencia de los actores parecía incongruente o episódica: un hombre que posaba incómodo, otro que parecía escapar apresurado ante la presencia de la cámara de Placer Maduro. Ante el carrusel de imágenes, O'Hara comprendió que, por más que se rodeara de astrolabios o mapas, el ser humano seguía siendo un intruso en el tiempo de la Naturaleza. Y cuando el artista reordenaba sus huellas, como en una fotografía que proponía un mosaico

hecho con guantes y botas, la conversión del creador en prótesis de plástico o cuero, su hueco en las vestimentas que lo protegían del frío o del calor, recordaban su frágil condición. Llamado a desaparecer, el hombre sobrevivía en sus frutos como el maniquí en la carne ausente a la que aspiraba. Nada era más inquietante que la materialidad de los instrumentos debidos a la mano e ingenio del *habilis*. Como el *loop* de la CCTV que días antes le había llevado a fantasear acerca de la posibilidad de un apocalipsis privado. O como los aviones en caída libre desde las cumbres del cielo.

Los objetos obsesionaban a O'Hara por su perturbadora inmanencia, por su trascendencia incómoda. Inmanentes porque estaban ahí, esperando a ser escrutados, sin levantar la voz, pura presencia, puro enigma que aspiraba a ser desvelado y dicho, arrancado de su mudez totémica, devuelto al orden inteligible que el hombre aspiraba a promover; trascendentes porque sobrevivirían a ese mismo hombre cuando el Holoceno colapsara en la próxima glaciación, indemnes a la extinción de la especie humana y de sus conquistas. Un mundo vacío de conciencias que lo interpretaran pero poblado por cuadros de Caravaggio, latas de conservas, zoológicos y panópticos, botellas de vidrio, ficus de plástico, estetoscopios, estatuas de dioses, chatarra espacial. Qué enigma asombroso el de una Tierra ausente de latidos pero repleta de poliuretano, cartón, papel biblia, circuitos eléctricos, ortopedias sin miembros que las recubrieran.

Y Placer Maduro sagaz, vulnerable, sospechoso: clic, clic, clic.

Empeñados en el estudio y composición del suelo, los edafólogos definían el permafrost como la capa de hielo permanentemente congelada en los niveles superficiales del planeta. La metáfora era sugestiva. El permafrost podía ser visto como una invariante de la naturaleza humana, ese universal común a cada miembro de la especie, depósito estático y estable de un sustrato primordial, helado de forma constante, que mantenía la temperatura de la emoción en estado de latencia, una suerte de tundra del corazón. Las fotografías de *Permafrost* abundaban en esa idea. Eran frías y austeras, como si la vocación de la mirada estuviera más cerca de quien realiza una autopsia que de quien diagnostica una enfermedad.

Como si mirar, en definitiva, sólo exigiera paciencia.

Estaba en el salón de su casa, hojeando el catálogo de la exposición, cuando reparó en que durante su recorrido por la muestra había ignorado una serie de fotografías, de nueve centímetros cuadrados de superficie, que reproducían una única imagen a la que se habían aplicado distintos filtros. Una colección de sellos con idéntica figura pero distinto valor facial.

Al comprender qué representaba aquella serie de un paisaje doce veces repetido, reiterado desde la casi transparencia hasta una opacidad oleosa, con la imagen virando al amarillo, al naranja, al verde, al rojo, al plata o al añil, su corazón se saltó un latido. De modo que tomó su chaqueta, corrió al embarcadero y regresó a Dorsoduro con una sensación de vértigo.

Al reconocerlo, la mujer que expedía los recibos de ingreso le dedicó una sonrisa más educada que sorprendida. Años de rutina la habían inmunizado ante cualquier manifestación de extrañeza. Pero la sonrisa se apagó en su rostro al admirar la palidez de O'Hara, que echó a caminar en dirección a las salas desoladas como si la muerte lo siguiera. Así pasó ante la mirada de los trabajadores que combatían el tedio, ajeno a nada que no fuera el hallazgo de las doce reproducciones mientras sentía un vacío aterrador en la caja del cráneo.

Cuando al fin dio con ellas, en un espacio secundario y un tanto oculto, como si Placer Maduro hubiera expresado de ese modo su convicción de que eran piezas que requerían de una labor de rastreo, de una estrategia de merodeo, permaneció en pie ante la serie durante una intensa, abrasadora media hora. Más allá de toda lógica, de cualquier atisbo de cordura, orden o sentido, había encontrado lo que llevaba buscando hacía meses. Su liberadora carcajada resonó en el Palazzo Grassi como un obús que estallara en la intimidad.

Y mientras el personal de seguridad le instaba, con una cortesía no exenta de firmeza, a que abandonara la exposición a la mayor brevedad posible, O'Hara no podría asegurar si su risa era el fruto de una felicidad salvaje o la hija legítima del más puro y humano pánico.

INTERMEZZO

Su memoria era de fiar, un lacayo irreprochable. Por eso podía jurar que nunca antes había visto un Bentley en vivo. Así que se acercó al coche, un Brooklands del 2008 en color acero, imponente como una máquina de guerra pero con la feliz armonía de las líneas cupé, sintiendo un estremecimiento parecido al que regalaba el Ritalin: pulsos rotundos, euforia en las venas.

La ventanilla del conductor descendió con un zumbido. Un hombre viejo, oculto tras unas gafas de espejo, movió el rostro en su dirección. Las orejas del chófer, apergaminadas y enormes, le hicieron pensar en un murciélago exhausto. Su boca era una línea borrosa, un trazo de tiza en una pizarra abandonada.

—¿Se llama usted Placer Maduro?

La voz proponía un español extraño, como dictado por una pantalla de plasma, el idioma de un ventrílocuo. El interior del Bentley olía a cuero fresco, a lujo sin adjetivos.

Escuchó arpegios, una música líquida y gratificante.

—Yo soy Placer Maduro —dijo.

El murciélago cabeceó y le tendió una tarjeta de color hueso, impresa a una tinta, con delicadas grafías en negro azabache. Placer Maduro la leyó e hizo el gesto de devolver la cartulina.

—Quédese con ella, por favor. Me gustaría hablarle.

Placer Maduro se volvió. Estaba frente a la puerta de un restaurante de Coyoacán.

—Estoy con alguien —dijo—. Unos amigos.

El hombre viejo chasqueó la lengua.

—Me alojo en el Majestic —anunció en su español de fábula—. Quiero hacerle una propuesta.

Placer Maduro sintió que algo frío y delicado tiraba de él. Releyó la tarjeta. Arconte Limited. Una dirección en Nueva York. Y un número de teléfono. Nada más.

—Una propuesta muy ventajosa en términos económicos.

Del restaurante salió una pareja riendo a carcajadas. El chófer esquivó el bulto parado de Placer Maduro y miró con detenimiento.

—Sus amigos ya llegan —dijo—. Llámeme al Majestic, por favor. O al número que aparece en la tarjeta. A cualquier hora del día o de la noche. Pregunte por Control.

Placer Maduro podría jurar que las orejas del extraño se movieron como girasoles.

—No se arrepentirá —dijo la voz antes de que el Bentley partiera.

—Bonito carro —dijo la mujer al llegar a su lado—. ¿De quién era?

La noche era un bronce audaz, una joya digna de un príncipe. Placer Maduro se guardó la tarjeta en el bolsillo.

—De un vampiro —respondió.

Desde la terraza del Majestic, el Zócalo era un vértigo de intercambios. Placer Maduro pidió un café a un camarero envarado y lustroso, con rasgos indígenas, y entonces vio el colibrí.

Zumbaba animado por su brutalidad diminuta. Recordó haber leído que su corazón podía llegar a latir hasta mil doscientas veces por minuto, una cifra tan absurda que hacía pensar en alguna obscena decisión por parte de la Naturaleza, como si cada pajarillo incansable escondiera dentro de sí un demonio que le diera cuerda. Como el ajedrecista dentro del autómeta. Un

demiurgo jugando con un átomo de belleza y vitalidad.

—Asombroso, ¿cierto?

La voz le hizo sentir que volvía a cruzar el pasaje frío y delicado a la salida del restaurante de Coyoacán.

—Gracias por llamarme.

El camarero se acercó. Control lo alejó con un gesto.

—Es muy temprano para mí —dijo—. No podría tomar nada a estas horas.

Contemplaron el colibrí durante un minuto, en silencio. El pájaro tenía la propiedad de detener la prisa. Era una máquina de revelado, un inesperado mecanismo de fijación del tiempo. Su hechizo consistía en que algo tan minúsculo, por el mero hecho de existir y mostrarse, pudiera cancelar cuanto sucedía a su alrededor.

—Le escucho —dijo Placer Maduro.

El colibrí había volado a otra parte.

—*Permafrost* —dijo Control—. Su exposición en Venecia.

—¿Le gustó?

—No la he visitado, pero un amigo me hizo llegar el catálogo.

El café se había enfriado. Placer Maduro sintió la tentación de escupir en la taza. Pero tragó. Sin pestañear, tragó.

—Hay una pieza que me ha llamado la atención.

—¿Quiere comprarla?

Control repitió el gesto con el que había despedido al camarero. Placer Maduro sintió que lo había ofendido.

—No colecciono arte contemporáneo. Mi sensibilidad pertenece a otra época. Mis gustos se detienen lejos.

—Entonces no le entiendo.

—El paisaje repetido. ¿Lo recuerda?

El estruendo del Zócalo llegaba hasta la terraza como una oleada de polvo y viento. Como si el clamor se hubiera transformado en calor.

—El paisaje repetido doce veces.

Placer Maduro cabeceó. El colibrí había reaparecido, reclamando su atención otra vez, un chisporroteo de carne.

—El país blanco —dijo Control—. Las casas en la roca. El desierto.

—Aquella nada —dijo Placer Maduro tendiendo la mano hacia el colibrí, como si pudiera soñar con apresarlo entre los dedos—. Por supuesto que lo recuerdo.

Control aferró la mano tendida hacia el colibrí. Placer Maduro se sintió arropado por una intensidad sin nombre. En los cristales opacos brilló una esquirla de luz. Las orejas del viejo temblaron como hojas de palma. Entre el júbilo y el terror, Placer Maduro comprendió que el colibrí se había posado sobre las dos manos enlazadas.

—Pida lo que quiera —dijo Control—. Y lléveme allí.

El guía, un camellero de dientes podridos, hedía a salvajina. Nilsen hacía denodados esfuerzos por mantener el aire limpio y renovado, pero el circuito interno del Toyota Hilux no era capaz de depurar semejante peste. Decidió bajar las ventanillas. Mejor que los ahogara el polvo del Néguev que sucumbir al olor a bestias despellejadas.

Derrumbado en el centro de la parte trasera, Placer Maduro ahogó un juramento. El agente del Mossad, que pidió ser llamado Ben, mantenía su aspecto de estatua digna y deslumbrante, con su afeitado perfecto y un traje de tres piezas manufacturado en Savile Row. Tras la primera embestida de arena ardiente, Control ordenó a Nilsen que regresara al protocolo original. Transcurridos un par de minutos de moderado alivio, el hedor reconquistó el espacio sin misericordia.

Nilsen había dispuesto de setenta y dos horas desde la llamada de Control para reunir a su equipo. Ben había llegado de Jerusalén la noche anterior, enviado personalmente por el general Amidror, un cliente habitual de Arconte Limited; al camellero, un beduino, Nilsen lo había reclutado en Rahat siguiendo las indicaciones de Placer Maduro, quien recordaba haberse servido de un hombre llamado Malik para las localizaciones. Cuando Nilsen llegó a Rahat supo que el tal Malik se había mudado a Hura, pero un hombre diminuto y violento, que se presentó como su padre, invitó a Nilsen a que se valiera de uno de los hermanos de Malik, de nombre Mansur. Malik o

Mansur, Nilsen no tenía demasiado tiempo para decidir, de manera que se entrevistó con el sustituto, le explicó por medio del enano imperioso lo que se esperaba de él y partieron juntos hacia el desierto con la peste a salvajina entre ambos como un recuerdo de familia.

Las pistas se sucedían anchas y limpias. Rocas amorfas punteaban el tránsito. Había carroña en las cunetas, de animales no demasiado grandes, y un grumo de casas en la distancia, blancas y robustas, como muelas sanas. Arriba, immaculado, un cielo tan azul que hería la vista. Las cicatrices de los aviones trazando sus viajes. Y en torno, de quilómetro en quilómetro, ruinas inesperadas, enclaves escogidos, el elogio de un tiempo ido. Palabras bellas, cayendo de la boca como miel: *caravasar, mirra, olíbano*.

Vieron turistas reunidos bajo sombrillas de color amarillo o naranja, secundando como figurantes al actor principal, el guía de turno que enfadado y hostil declamaba en ruso, en japonés o en alemán para su estúpida, pudiente clientela. Posaban junto a autobuses gigantescos, herméticos y blindados como acorazados con ruedas. El Toyota hendía el aire con un ruido constante, como si se estuviera precipitando en un océano de polvo. Nilsen recordó cierta mañana en Rusia, años atrás, cuando hacía tanto frío que el avance de un hombre entre la niebla abría un surco en el aire, igual que un rompehielos de carne y hueso. Para evitar la somnolencia por un lado y el hedor de Mansur por el otro, el noruego se daba fuertes tirones al bigote. Le preocupaban las canas que había encontrado una mañana reciente.

—¿Reconoce algo?

La voz de Control sonó extraña en el habitáculo cerrado, como el corcho defectuoso de una botella de champán. A su lado, intranquilo por el hecho de viajar junto a un miembro armado del Mossad, Placer Maduro esbozó un gesto ambiguo.

—Todo se parece. Es difícil decir dónde estamos.

—Pensaba que un artista era alguien cuya labor consiste en captar las diferencias —dijo Control—. Un discriminador.

—Es posible —concedió Placer Maduro sin entusiasmo.

Pasaron más pistas, otros poblados diminutos, nuevos aunque idénticos autobuses repletos de turistas en su peregrinaje por tierras bíblicas. Era otro

tipo de fe la que movía a aquellos visitantes. Porque no buscaban una verdad revelada, angustiada y determinante, ni los episodios de un devenir sagrado, una historia dentro de la Historia, la furiosa mezcla de sangres, credos y mentalidades, sino que les bastaba con disparar sus dispositivos de alta precisión, almacenar en sus portátiles los cielos rabiosos, los pozos sin agua, las dunas como cicatrices y una vez en casa, despojados de sudor y tedio, abrazados a sus esposas en Odessa, Osaka y Bonn, reiterar a las visitas, con un estremecimiento impostado en la voz y un acuciante frotarse de las manos, que ellos habían estado en la tierra de Jacob y del ángel, donde Él se había aparecido arrebatado y vengativo, en las arenas sin fin de un periplo antiquísimo y fabuloso, que ahora vivía plácido y sometido en el núcleo de sus ordenadores personales.

Dejaron atrás una ruina en forma de herradura, con frontones calcinados, cuando Mansur, que a veces echaba un vistazo a los doce sellos que Control perseguía, se dirigió a Nilsen en árabe. Atento y disciplinado, Ben tradujo para el grupo:

—La próxima pista a la izquierda.

Control se felicitó por la formación en lenguas que el Mossad destinaba a sus cachorros.

Nilsen condujo por un paisaje marciano. De un momento a otro esperaban encontrarse monolitos, simas profundas, monstruos fruto de la radiactividad. El entorno era ceniciento, el fruto pavoroso de un atracón de dexedrina. Como si se alejaran a escape de cualquier atisbo de humanidad, de cualquier turismo ansioso de migajas veterotestamentarias.

La pista se borró, engullida por una nube de langostas, y el Toyota cabeceó como una ballena que emergiera a la superficie para respirar. Mansur dio forma a una nueva frase.

Ben tradujo sin vacilar:

—Otra vez a la izquierda. Pasada la duna.

Control abrió mucho los ojos tras los cristales oscuros. Placer Maduro expresó su deseo de orinar.

—Dos minutos —dijo Ben—. Dos minutos según el beduino.

Nilsen apretó los dientes y el vehículo corcoveó. La carne en su interior

subía y bajaba como fardos de mercancía. La duna señalada por Mansur se acercaba fatigosamente. La luz, allá fuera, declinaba a una velocidad de espanto. Control supo que esa noche brillarían millones de estrellas.

La boca se le hizo agua.

Se desplegaron en semicírculo.

Ben, que había extraído del maletero del Toyota un segundo uniforme, reapareció travestido como rata del desierto: camisola, pantalón, camisa de manga corta verde, botas para clima tropical, gorra calada. Viril y bronceado como un modelo de Calvin Klein, su presencia era un lujo en la arena, el esplendor de la carne, esas cosas festivas e inanes, las modernas anunciaciones de la vacuidad. Pero también un soldado eficaz. Porque Nilsen le echó una mano y en cinco minutos habían apuntalado dos Gaohong de 210 100 115 centímetros. Un par de personas por tienda y el beduino, como los perros, dormiría delante del fuego.

—Él está acostumbrado —dijo Ben chupando un caramelo de menta, brazos en jarra como un redivivo argonauta.

Placer Maduro tomó nota del subtexto y miró hacia otro lado. Miles de años de conflicto entre tribus semíticas. Un caldero del infierno. Entre tanto, Mansur y Control se habían aproximado a la meta. La noche caía sobre el grupo a la velocidad de un cometa furioso. Algo había interrumpido el aliento solar. Miríadas de estrellas allá arriba, clavadas por un taxidermista loco. Y ninguna ley moral dentro del pecho.

Porque cuando Control respiró aquel aire nocturno, sintió que dentro de él se abría una puerta secreta, una dimensión atroz. Su sombra, un animal obscuro, mitológico, devorador, un oso cavernario, un jaguar precolombino, un extinto megaterio, se derramó sobre el paisaje como el Paráclito lo hizo antaño sobre las aguas. Su perímetro comenzó a crecer y a exhalar un aroma pantanoso. Mansur olió aquel aire, estudió aquel recipiente, vaciló ante sus sentidos y decidió volver sobre sus pasos. Era un hombre que hedía a salvajina y podía dormir sobre el suelo, cierto, pero eso no lo hacía inmune al miedo. Y algo le estaba sucediendo al viejo.

Mansur se reubicó junto al grupo y señaló a Control, un bulto ante el teatro de las casas trogloditas. La soledad era el parámetro definitivo. Sólo el cielo infinito, la Historia grandiosa, cuatro hombres vasallos de la sed, el hambre y el cansancio mirando a un quinto en la distancia. Parlamentaron. Señalaron. Intercambiaron frases, opiniones, vaticinios. Nilsen protestó, servil y seguro de que su jefe no merecía semejante sospecha. Mansur echó a correr y Ben lo placó a la altura de las piernas en un gesto digno de un All Black. Rival al suelo, boca llena de arena, un crujido a la altura de las rótulas. Placer Maduro comenzó a sentir lástima e inquietud. No lo habían convocado para asistir a semejante circo. Así que dio la espalda al grupo y rompió a caminar hacia Control, que seguía detenido ante la imagen que el artista había fotografiado meses antes. Al acercarse lo golpeó el olor desbordante, como un pozo séptico sacado a la luz o una habitación sin ventilar hacía décadas. Vio con asombro que Control había aumentado de tamaño y que sus pies habían roto los zapatos. Aquel hombre calzaría ahora un 54. Y sus uñas eran filos, cristales.

La sangre se le agolpó a Placer Maduro en los ojos. Sintió su corazón latir bajo los huesos de la frente. Los párpados le pesaban como bolsas de té hirviente. Buscó una palabra en su idioma natal y no encontró nada. Las metamorfosis sucedían ante su vista y él tenía la lengua pegada al paladar. Ahora lo sabía pero no encontraba modo de expresarlo. Era un privilegio fallido. Y el embrujo lo detuvo. No echó de menos su cámara ni su habitación de revelado, sino una simple, diminuta, exacta palabra del lenguaje de los hombres que le permitiera poner nombre a cuanto veía. Por ello apeló al viejo, indiferente, socorrido vocablo, aquel *Dios* que, carente de rostro, condición o atributo, comprendía lo desconocido, lo inescrutable, lo inexplorado, la sucia, nunca difunta palabra por la que los hombres no sólo mataban y morían, sino en la cual confiaban cuando algo les resultaba insólito, exasperante, intolerablemente hermoso.

La codicia de aquel cuerpo desbordado hizo recular a Placer Maduro. Congelada en sus labios, la palabra fetiche rodó por su pecho como un guijarro. Mientras Ben retenía a Mansur en el suelo y Nilsen encendía un cigarrillo, recortados a lo lejos como figuras en la cartulina de la noche del

Néguev, algo tomó forma en el recuerdo del anciano, un huevo primigenio que cada noche, en su cama con dosel, había venido incubando desde que su memoria se había encarnado en la peripecia llamada Control. Y allí, en pie, cambiando de forma y de tamaño, soñó despierto con la piel de pergamino de otro hombre parecido a quien él era ahora, viejo y encorvado, sí, pero no por ello vencido, no tanto un ser humano como una atmósfera que a su alrededor concitaba el catálogo apresurado de las presencias oscuras, la fuente nunca saciada, el venero del que brotaba un instinto más grande que la vida, más poderoso que los calendarios, un ansia, una voluntad, un hambre posible de satisfacer pero imposible de agotar, volcándose en aquella copa escogida del niño que rememoraba su última infancia para derramar en su interior no una forma de sabiduría o de consuelo, sino un vínculo y una necesidad, el bárbaro matrimonio entre dos principios complementarios: Tiempo y Poder.

Ante el paisaje repetido de sus noches neoyorquinas, a la vista no de la copia, sino del original de la fotografía, al alcance de la mano el escenario que lo había introducido en un camino sin retorno, los puntos cardinales de su verdadero nacimiento, Control recorrió en un minuto el recuerdo traído por aquel íncubo que desplegó ante su inocencia las formas de la infección, que lo hizo suyo, que lo convirtió en esa cosa sin nombre, o con un nombre en cualquier caso inapropiado, que era en ese instante, esa cosa que volviéndose ahora, creciendo ahora, transformándose ahora a ojos vistas descubrió a su lado el cuerpo de un extraño quieto y asustado, vacilante, ante el que desplegó una mano ya garra, ya arma, ya herramienta, que hurgando en el vecino que el azar le había deparado penetró la carne desdichada y le arrancó el corazón.

Después todo sucedió muy deprisa.

La sombra siguió agigantándose, crujió como un barco al moverse, desplazó toneladas de aire y se movió con estrépito hacia el grupo de tres hombres que habían permanecido como maniqués ante su manifestación de fuerza. Aunque en realidad no fue consciente del movimiento, y al recapitular en el futuro lo sucedido en la noche desértica, Control sentiría que sus desplazamientos no habían sucedido en el tiempo, sino sólo en el espacio, que se había movido de un lugar a otro sin transición, como una partícula en

un acelerador, ahora allí, junto al artista llamado Placer Maduro, ya sólo un bulto deshecho en la arena, y ahora aquí, junto a la extraña trinidad formada por un agente de Inteligencia disfrazado de rata del desierto, un apestoso camellero de dientes podridos y un empleado de Arconte Limited con un gran bigote cuyos labios se quemaban con el resto de una colilla.

Así los habría contemplado un espectador cenital desde su puesto de privilegio. Danzarines adornados con la elegante torpeza de los buzos: parsimonioso, digno, feroz uno; estáticos, absurdos, estupefactos los otros tres; sustraídos todos al ritmo de lo mortal y de lo efímero, como si fueran a luchar por reliquias antiguas y crueles que no se podían sancionar mediante palabras o gestos. De igual modo ese espectador habría visto que la lucha fue desigual, rápida y concisa. Que no hubo gritos ni estrépito, salvo el vibrante ruido que la mano de Control hizo al rasgar las diversas telas primero y las distintas carnes después, penetrando hasta el hueso, y el apagado ruido que los cuerpos de Ben, de Mansur y de Nilsen hicieron mientras el dolor se congelaba en sus bocas y no llegaba a nacer haciéndose grito ni súplica. Y lo que por último habría visto el espectador era cómo la mano monstruosa de Control salía limpiamente, sin dejar rastro de sangre, de los cuerpos ya muertos, y ese movimiento le haría pensar en un tercer sonido que sumar a los precedentes, una especie de explosión, como cuando un cadáver expele los gases que aún habitan en su interior, un sonido que quizá provocaría en el *voyeur* anónimo y protegido por la noche una profunda náusea.

Despertó a la hora del lobo, esa en que miles de corazones se detienen. Fue el frío lo que sacudió su sueño, que había sido intranquilo y poblado por imágenes de hundimientos, terremotos, volcanes en erupción. Se tentó los brazos y las piernas, pues un vago recuerdo de cierta metamorfosis lo acosaba, pero encontró los huesos en su sitio. Aunque sus zapatos estaban rotos y su ropa hecha jirones, supo que era el de siempre. El mismo hombre que se tomó su tiempo para recuperar la vertical y, tras levantarse, descubrir los cadáveres que le rodeaban.

Al fondo, lúgubre, el país troglodita.

Lo tenía sólo para él. En el despuntar de la primera luz, en esa hora en que los sonidos eran más nítidos, como si poseyeran peso y densidad, la gravedad de un sólido que cae, en esa franja de tiempo en que la vida parecía contener el aliento antes de rodar hacia una nueva jornada de esfuerzo y renovación, Control paseó por el escenario de su fotografía un millón de veces contemplada, pudo palpar con sus manos los límites reales de aquella cárcel de la memoria, alcanzó a medir con sus huellas cada centímetro desolado de aquel mundo que lo acompañaba, ciego y carente de explicaciones, desde hacía tanto.

Escogió uno de los huecos al azar. No era más llamativo ni tenía un aspecto más ruinoso que el resto. Al penetrar en él descendió un primitivo peldaño y notó que entraba en otro tipo de ámbito, una especie de gruta submarina delicada y frágil, cuyo equilibrio amenazaba quebrarse con un estornudo. Aspiró el aire detenido y recorrió las paredes a ciegas, como si pudiera leer con las yemas de los dedos la historia de quienes hubieran vivido allí.

¿Cómo había llegado él a ese mundo? ¿Eran sus padres trogloditas, personas no muy alejadas en sus costumbres de aquel Mansur a quien la noche previa había asesinado? Y el hombre que talló su destino, aquel viejo, aquella atmósfera, la presencia a quien sencillamente denominaba Él, y que al contemplar por vez primera el paisaje sintió acudir a su recuerdo, ¿qué sacerdocio atesoraba, qué secreto más allá del dolor y del placer que lo había apresado en una inmortalidad incómoda y excitante?

Se sentó en un rincón de la casa. La pared creaba un falso nicho. Saboreó la palabra *cuna* y fantaseó con la idea de que, muchas generaciones antes, él reposó en aquel templado hueco y una mano fraterna le alivió las pesadillas, las fiebres puntuales, el hambre y la sed cada mañana. Renacer a la vida caminando hacia atrás: una paradoja feliz. Tentó a la suerte, pero nada sucedió. No había hechizo que le devolviera revelación alguna. El instante de la noche previa, el anuncio de su metamorfosis homicida, había pasado. Se le había concedido el privilegio de volver. Eso era todo.

Salió y caminó deprisa. Rebuscó en el cadáver de Nilsen hasta dar con las llaves del Toyota y un Iridium 9555. Indagó en la tarjeta SIM del teléfono y

pulsó la tecla de llamada:

—General Amidror —dijo con voz neutra—. Soy Control. Sáqueme de este agujero.

PRESTO

MÍSTER CRONENBERG DICTA UNA LECCIÓN

Se obligó a estar presente y a mirar. Se obligó a recibirlos en pie, uno a uno, mientras entraban en la carlinga: hombres, mujeres y niños, viejos y jóvenes, felices y exhaustos, audaces y apáticos, severos y bribones, otro crisol cualquiera de la humanidad. Se obligó a contemplar cada uno de los ciento cuarenta y nueve rostros, incluidos los de sus compañeros de cabina, a memorizar sus rasgos, su forma de moverse, los equipajes que transportaban. Se obligó a un pasmoso ejercicio de serenidad mientras grababa en su cerebro un volumen de información del que nunca haría uso, pero que al modo de un tesoro absurdo y demoníaco se debía a sí mismo y le debía a cada víctima. Se obligó a la sonrisa, al gesto desenvuelto, a la formalidad impostada y un poco pueril de las academias de vuelo, a esa superioridad teñida de entrega, no de servilismo, con la que los tripulantes contemplan a los pasajeros. Se obligó a parecer pulcro y sosegado, intacto en su rango y en sus galas, un embajador de la cortesía mientras por dentro el vendaval soplaba y le arrancaba las hebillas del corazón. Se obligó a la cordialidad cuando en realidad pensaba en la catástrofe. Se obligó a fingir la vida a las puertas de la muerte.

El estreno mundial de *El cielo se desploma* tuvo lugar en el Lido de Venecia el día 1 de septiembre del año 2026. Fue la película escogida para inaugurar la edición número 83 de la Mostra. Vestido de negro, con su cabello plateado sobre la frente poderosa y despejada, su director, el canadiense David Cronenberg, mostraba un aspecto envidiable a sus ochenta y tres años. Pero se le veía irritado. La prensa había abucheado su trabajo. Los críticos de medio mundo habían abandonado la proyección aturridos y enfadados. En el mejor de los casos, desconcertados.

Observó con detenimiento a una pareja joven. Se los veía cómodos juntos. Enamorados sin duda. Sin duda felices. Llevaban la palabra *futuro* inscrita en sus pieles, como un emblema de la incorruptibilidad. Como un perfume. Se obligó a contemplarlos con una atención feroz, casi indecente, como si al encontrarse con su mirada ellos pudieran haber entendido, dar un paso atrás, salvarse por milagro del infierno inminente. Pero aquellos dos, los felices, no se percataron. Quizá estaban demasiado absortos en sí mismos; quizá su compañía les bastaba como un clima íntimo, como una habitación aislada, como la seguridad férrea y clandestina de un mundo sin fisuras. Así que se prometió no repetir la estrategia con otro pasajero, no fijar en nadie de modo especialmente admirativo los ojos, no propiciar comentarios al respecto, no provocar actitudes sorprendidas. Se limitó a mirar con detalle pero intentando mostrar un rostro franco, abierto, dulce y un poco estúpido, ese rostro que había ensayado ante el espejo durante tantas noches mientras dentro de él, como en una caverna oscura, iba tomando forma su determinación, el quebranto absoluto de todas y cada una de las leyes de los hombres.

Cronenberg manipuló el precinto de la botella de agua y al hacerlo salpicó la mesa, los papeles, el micrófono de la intérprete. No fue torpeza. Pareció nerviosismo. Si *El cielo se desploma* hubiera sido un éxito, la sala habría reído ante aquel acto fallido. Pero nadie se movió con simpatía en su asiento. Nadie se permitió un suspiro de placer ni de alivio. Nadie miró al director con

benignidad a pesar de sus ochenta y tres años de edad y de sus magníficas obras, a pesar de lo que su trayectoria representaba para la historia del cine. Como si la rotura del precinto del agua fuera un mal augurio, un silencio incómodo y espeso se derramó entre el público. Mientras, la intérprete sonreía con fijeza de máscara. La risa tiraba de sus labios hasta regalarle una mueca triste, el rictus de una muñeca con la que nadie juega. Más de uno deseó que se pudiera rebobinar la escena. Que Cronenberg volviera a manipular con más tino la botella de plástico. Que el director y la intérprete volvieran a entrar en la sala. Que, piadosa y discretamente, *El cielo se desploma* nunca hubiera sido filmada.

Las cosas que llevaban. Se obligó a mirarlas. El catálogo de posesiones que atesorarían hasta el final. Los libros en rústica; las carteras con fotografías de seres queridos y tarjetas de crédito; los teléfonos de última generación; las gafas de marca; los bolsos de imitación; los anillos conmemorativos. Sí. Las cosas que llevaban. Los símbolos del triunfo, la superación, el éxito; los símbolos de la excelencia, la alegría, el consuelo. Se obligó al recuento preciso y precioso, a contemplar las joyas en las orejas de las mujeres, los relojes en las muñecas de los hombres, los jerséis al cuello, las sandalias de cuero, los pañuelos desplegando sus colores. Se obligó a fijarse en los tatuajes desvaídos o rutilantes, los brazos fornidos o débiles, los cabellos abundantes o moribundos. Se obligó a reflexionar acerca de las cosas que llevaban y que deberían abandonar. Porque él ya conocía esa experiencia, sabía lo que era haber visto por última vez lo que un día fue tuyo y aceptar que nunca jamás, *nunca, jamás*, volverás a verlo.

Cronenberg poseía una voz joven, incongruente con su edad. Se expresó en un inglés metódico, pulcro y medido. Movía las manos al hablar y del bolsillo interior de su chaqueta extrajo unas gafas de montura blanca que subrayaban la elegancia de su rostro. El momento incómodo del agua derramada parecía haber quedado atrás. El director expresó su renovado

placer por hallarse en Italia y recordó que en 2011, hacía quince años, su película *Un método peligroso*, basada en las relaciones entre Sigmund Freud y Gustav Jung, tuvo una calurosa acogida en la Mostra. Antes de ceder la palabra a su intérprete, que continuaba visiblemente tensa, advirtió que no admitiría preguntas a propósito de *El cielo se desploma*. Hubo carraspeos y toses. Un par de personas se levantaron. Cronenberg se desabrochó el botón superior de su chaqueta, cruzó los dedos de sus manos y miró al vacío. O'Hara juraría que atajó un bostezo.

Con el último pasajero sucedió algo extraño. Era un hombre maduro, alto y fuerte, y viajaba sin equipaje de mano. Parecía confuso. Borracho. Deshidratado. Su ropa no estaba en las mejores condiciones. Su cabello, tampoco. Quizá olía un poco a orina. O a sangre seca, de días. No cabía descartar la posibilidad de que se hubiera caído en los baños del aeropuerto o de que le hubieran robado la noche anterior. Y sin embargo sonreía. Sonreía con la dulzura de los inocentes, de ciertos desquiciados que no conocen la maldad, el asco, la pena. El hombre estaba tan desorientado que al penetrar en la carlinga, en vez de seguir el pasillo en busca de su asiento, giró hacia la cabina de los pilotos. Él quiso detenerlo con un gesto, pero el hombre ignoró su ademán y entonces tuvo que tocarlo. Lo tomó por los hombros, levemente, con delicadeza, como a un niño a quien no se quiere asustar. Sólo tras ese roce el hombre alzó la vista. Fue un segundo de raro privilegio, como si estuvieran conectados por un circuito cerrado que vinculara sus células, sus estados de ánimo, sus anhelos y terrores, el segundo en que el hombre despistado se encerró en sus ojos y le regaló aquella expresión de desconcierto y singular ternura: «Me he perdido», dijo con irresistible solemnidad. Después dio media vuelta en busca de su asiento.

Cuando la intérprete terminó de traducir al italiano las condiciones que Cronenberg imponía al encuentro, el director cerró los ojos durante unos segundos. El tiempo colapsó en un grumo sólido. O'Hara oyó, detrás de él y a

la derecha, una voz que decía: «*Il vecchio si annoia di se stesso*». Semejante ironía lo confundió. Él respetaba a los artistas que asumían riesgos. Y Cronenberg los había asumido. Vaya si lo había hecho. Entonces, a punto de girarse para responder al simpático, Cronenberg retomó su discurso.

La chica le explicó que viajaba a Düsseldorf para encontrarse con su novio. Ella era española; él, alemán. Ella estudiaba Arte; él, Medicina. La vida moderna, dijo risueña. Distintos países, distintas lenguas, el amor abriéndose paso más allá de las barreras geográficas. Luego se interesó por su trabajo. Ella era así, añadió sin asomo de coquetería, con una seriedad sin impostura. Una mujer curiosa. La admiración era la sal de sus días. Él respondió con timidez que era lingüista. Que su especialidad eran los fantasmas semióticos. Le habló de William Gibson, el autor de *Neuromante*, y le explicó que un relato suyo de apenas quince páginas, titulado «El continuo de Gernsback», le había cambiado la vida cuando era estudiante de computación. Tras leer aquel relato, dijo él observando acercarse por el pasillo a un hombre alto y fuerte, pero físicamente arruinado, que parecía haberse caído de un autobús en marcha o haberse levantado de la cama hacía apenas un instante, tras terminar las quince páginas de «El continuo de Gernsback» de William Gibson, decidió que quería dedicar su vida a lo mismo que obsesionaba al protagonista del relato: los fantasmas semióticos, fragmentos del inconsciente colectivo que han adquirido vida propia, espejismos populares referidos a una cultura determinada que se han concretado en imágenes, conceptos y palabras. Al terminar de hablar, comprobó que la chica se había ruborizado. La curiosidad tenía estas cosas. Te arrojaba a costas inesperadas, a paisajes con los que no hubieras soñado. Pero no se lo tuvo en cuenta. Ella era muy joven todavía. Estaba en la edad de los estremecimientos. Tenía muchos años por delante para comprender que la admiración puede ser un regalo envenenado. Y que nunca sabes quién va a volar a tu lado.

La voz de Cronenberg expresó su convencimiento de que Andreas Lubitz era

un síntoma. Y de que él, Cronenberg, había filmado síntomas durante toda su vida de cineasta. Síntomas del calvario y del éxtasis. Síntomas de la enfermedad y de la violencia. Síntomas de las nuevas parusías. La voz de Cronenberg puntualizó que Andreas Lubitz era el síntoma de una enfermedad que se llevaba gestando hacía muchísimo tiempo en el organismo occidental, largos años de ausencia y deterioro, una época espléndida y a la vez inocua. Ese síntoma, precisó la voz de Cronenberg, era la angustia ante el vacío. Cronenberg dijo que consideraba a Andreas Lubitz un enfermo de nihilismo, pero sin el cariz romántico de los primitivos nihilistas, los jóvenes rusos que se inmolvaban en aras de un futuro mejor. No. Andreas Lubitz era un nihilista del narcisismo, un hombre débil y estúpido que quiso jugar a ser dios, cualquier dios, y que al poner en cuarentena los panteones nos hizo percibir la aterradora presencia del vacío. Un vacío tanto más implacable en la medida en que transparentaba un cúmulo de decisiones egoístas: falta de reconocimiento y éxito, deudas de dinero, la puesta en duda de una personalidad. La sala contenía el aliento. Venecia no estaba preparada para la filosofía. No el día 1 de septiembre del año 2026, con aquellas mujeres hermosísimas vistiendo trajes de diez mil dólares, con aquella suave luz enmarcando la Laguna como una joya imperecedera, con aquella procesión de inane esplendor que los actores, las actrices, su fama breve y brutal, la fama de los idiotas y de los muertos, irradiaba en torno suyo como flecos de un cometa que se desintegra. Por eso O'Hara sintió que Cronenberg hablaba sólo para él, que esa conversación había comenzado en una cafetería de Nueva York en marzo del año anterior, cuando en un ejemplar atrasado de *Variety* la noticia del rodaje de cierta película había llamado su atención. Y que esa conversación, que O'Hara llevaba manteniendo consigo mismo hacía años, ese diálogo en torno a los accidentes, la atracción de la muerte y el resplandor del vacío se había encarnado en una obra titulada *El cielo se desploma*, una obra que un público tan hueco como la encarnación del síntoma que lo devoraba se estaba obstinando en repudiar.

Durante el despegue estudió cada detalle del rostro del capitán. Cada arruga

de sus manos. Cada uno de sus gestos repetidos y mecánicos. Se llamaba Patrick Sondenheimer. Joven pero experto. Seis mil horas de vuelo a los treinta y seis años. Con una familia que lo esperaba. Con una posición envidiable. Con un futuro trazado. Y él iba a acabar con todo eso sin remedio. En Sondenheimer, en los minutos de soledad que pasarían juntos, sin intromisiones de terceros salvo por las indicaciones de la radio y la rutina de cabina, él podría observar, como en un espejo ampliado, lo que significa una vida que no sabe que se está agotando. Esa ceguera primordial que define al ser humano, que lo desconoce casi todo de sí mismo y con seguridad todo de quienes le rodean, y que por tanto, a expensas de una mejor definición, le condena a ser un animal que vive a oscuras. Él miraba aquel rostro, en el cual se precipitaban impresiones de las restantes personas a bordo, aquel rostro que era un crisol de toda la sangre vagabunda que es el mundo, y no advertía más que esa negrura seminal, esa indeterminación. Sondenheimer, que en unas horas sería un apellido repetido en los noticiarios del mundo, *trending topic* en la red de redes, un nombre sobre el que especular, a quien llorar, de cuya fortuna lamentarse, y que en unos días, cuando su cuerpo hecho polvo, fragmento, ráfaga de metralla orgánica, fuera recuperado bajo alguna forma capaz de procurar consuelo, demandaría a gritos que su historia, la historia número uno, la historia número ciento cincuenta, fuera contada, diseccionada, cartografiada hasta su último detalle para así, vana y fatalmente, intentar desentrañar alguna razón de lo que había sucedido.

La lucidez de Cronenberg había hecho saltar en pedazos la fortaleza estandarizada de los eventos sociales, el acuario de costumbres en que nadaban los peces glamurosos y espléndidamente vestidos, que de pronto sentían que un huracán los arrojaba a alta mar, despojados de todo, ciegos a la presencia de la tierra firme, incapaces de orientarse en el temporal. Dueño de la situación, como un eximio actor que da forma en el escenario a formas milenarias, inscritas en el fenotipo de la humanidad, Cronenberg ya no era un hombre sino una pitia, la encarnación, por edad y experiencia, de alguna violenta, profundísima forma de sabiduría. O'Hara jugó a prestarle unas gafas

oscuras, a situarlo en una atmósfera ilustrada. El parecido con Control era razonable. Después de todo, la edad era el más misterioso arcano. Porque aunque Cronenberg era un anciano según las leyes de la biología, O'Hara tuvo la certeza de que, mientras transparentaba algunas de las decisiones que le habían llevado a rodar *El cielo se desploma*, la edad de Cronenberg era la de un niño que descubre el mundo, y con él, la idea de que el juego es la más audaz de las pasiones.

El hombre maduro se arrastró hasta su asiento, que quedaba justo detrás del lingüista fascinado por la obra de William Gibson. La maniobra de sentarse le llevó un par de minutos. Sus compañeros de fila, con aspecto de ejecutivos, tuvieron que levantarse para cederle el paso, al principio con cortesía y seguidamente con irritación. Cuando al fin logró sentarse, el hombre maduro aún tardó otro minuto en completar la operación de abrocharse el cinturón. La chica que viajaba a Düsseldorf para encontrarse con su novio contempló esta maniobra con el corazón dividido entre la piedad y el fastidio. Y le preguntó a su compañero de asiento qué sentiría un dinosaurio si resucitara en pleno siglo veintiuno. Él buscó entre su sabiduría williamgibsonesca una réplica a la altura. Al no hallarla, se limitó a sonreír. El avión comenzó a rodar por la pista.

Cronenberg añadió que Lubitz no sólo era un síntoma, sino también una anomalía. Y que no existía contradicción alguna entre ambos rótulos. Que el síntoma de la angustia ante el vacío que Lubitz representaba se encarnaba radical y plenamente de forma muy esporádica, pero que él, Cronenberg, durante toda su vida no había filmado otra cosa que las anomalías de ciertos síntomas. Anomalías del cuerpo y del carácter. Anomalías de la voluntad y del deseo. Anomalías de quienes habían dado un paso que los situaba fuera de la sociedad, de las leyes y de las normas. Cronenberg sostuvo que todos en nuestros puestos de trabajo, sentados a la mesa del desayuno, mientras contemplamos a nuestros hijos en sus juegos perversos o sublimes, sentimos

ese mordisco del vacío devorando nuestro costado, pero que poquísimos entre nosotros, excepciones singularísimas, aquellos que como Lubitz han sido atacados no sólo por la vaciedad sino por una falta de empatía tan lúcida como devastadora, dan ese paso en la dirección de asesinar a los compañeros de trabajo, volar en pedazos la casa familiar, degollar a los hijos en el sueño mientras la música de las esferas, allá fuera, todo lo relativiza. Cronenberg empleó esa fórmula, «la música de las esferas», y O'Hara se dio cuenta de que estaba ante un hombre más allá del bien y del mal, un creador que había alcanzado el dominio absoluto sobre su obra, un artista al margen del gusto y la opinión ajenos, liberado de las servidumbres habituales. Fue al escuchar esa fórmula, «la música de las esferas», al comprobar que un hombre de talento se atrevía a seguir empleándola en el año 2026 sin que temblaran su voz ante el micrófono ni su gesto ante las cámaras, y sin que el suelo se abriera bajo sus pies, cuando O'Hara se levantó en silencio y, antes de abandonar la estancia, desde el umbral de la puerta, dedicó un último vistazo admirativo a míster Cronenberg dictando una lección.

Y entonces llegaba ese momento. El instante que lo liberaba. El único digno de vivirse. El segundo en que la nave dejaba el suelo y comenzaba a elevarse, ascendiendo como si llevara consigo el cansancio del mundo, tirando de una cuerda hasta entonces invisible que la había atado a tierra y que ahora, con cada centímetro ganado, con cada eslabón vencido a la cadena que la sujetaba al suelo, lograba que la sensación de limpieza, de libertad y de desprendimiento creciera. Y era esa sensación neta, radiantemente física, de purificación, cuando cada metro conquistado en el ángulo de despegue significaba desprenderse de un pedazo de carroña, de la cuota diaria de sudor y fatiga, del horror acumulado en años de burocracia, ejercitación y esgrima social. Si sólo pudiera estar eternamente así, encerrado en un despegue sin fin, dentro de un avión que subiera y subiera y subiera sin llegar a conquistar jamás la horizontal, podría haber sido feliz, podría haber alcanzado un lugar lejos de la cordura ajena, podría haber renunciado a cuanto estaba a punto de suceder. Verse así, ganando altura, como un proyectil sin objeto ni objetivo,

libre apenas de ascender, de encontrar en esa trayectoria exenta de ritual no un punto de impacto o un destino de llegada, sino el mero testimonio de un desplazamiento, con esa sensación de peso sobre los hombros y en la base de los riñones, en los muslos un poco tensos, como dispuestos para el salto o para el combate, dotado de una paciencia infinita para ser un piloto que despegaba, un cuerpo que se eleva sin necesidad de pensar en el retorno. Y entonces la voz de Sondenheimer irrumpió rompiendo la cáscara de la ilusión. Y las coordenadas espaciales sustituyeron a la placidez embriagadora del movimiento sin destino. Y las órdenes reiteradas, el cómputo exigente de las maniobras repetidas con constancia de bruto, explotaron en la cabina de mando con el fragor de una sinfonía para metales. Así que él dio un bote en su asiento, como al despertar de una pesadilla, y Sondenheimer, siempre tan atento, siempre tan cordial, le preguntó si se encontraba bien mientras juraba que allá fuera, en el aire de Barcelona, las condiciones meteorológicas eran algo puro y diáfano, embridado por el rigor de la matemática y la ingeniería, sí, las condiciones meteorológicas, una vez más, decisiva, felizmente, las condiciones meteorológicas allá fuera eran lo que prometían ser.

Fue Amanda quien le consiguió el pase para la proyección de *El cielo se desploma* y para la posterior fiesta en La Fenice. Años de residencia en Venecia y su trabajo ocasional como traductora para la Mostra le habían granjeado algo más que simpatías. Todo el mundo debía favores a alguien en la Laguna. Un espacio tan diminuto y a la vez tan resonante, un centro del mundo en realidad, exigía sus correspondencias. Era impensable vivir sin el mérito de los otros.

O'Hara admiró las agujas de los tacones, la palidez de los escotes, los pináculos de las cabelleras. Supo poner nombre a un par de actrices y a un modisto legendario. Lo distrajo el paso de una negra aterradora que llevaba un perro imposible dentro de un bolso diminuto. Vio desfilar a homosexuales muy hermosos. Experimentó el glamur de los cadáveres bien vestidos. Había Kenzo. Había Bulgari. Había Marc Jacobs. El repertorio extenuante de las marcas que habían colonizado el gusto. Vestidos todavía inspirados por la

odiada miss Trump. Pechos de silicona pagados por hombres con tres infartos. El *genius loci* del dandismo, las representaciones consteladas del mérito y la fama, los meteoros que explotarían en un espacio glacial. También el aroma de los desastres vacuos. La ciencia de las drogas de laboratorio. Un sudor de millones de dólares.

Y él era apenas un mirón.

Ignorado, deambuló entre la tribu que hablaba en veinte idiomas y no tenía corazón. Si su sobrina hubiera estado presente, se ratificaría en la idea de que O'Hara era un hombre famoso. Aunque nadie sabía quién era. Él podría haber dicho a los invitados que eran piezas de un juego mucho más grande, y lo hubieran mirado con condescendencia. Porque O'Hara conocía verdades que los presentes, con alguna honrosa excepción, desconocían. Por ejemplo, que las estructuras que disponían el orden y el caos eran independientes de las vidas que las componían. Y que en el mundo real, ese que Arconte Limited ayudaba a construir cada día y que pagaba aquellas películas y aquellas fiestas, la sangre de las estructuras ya no era la gente, ni siquiera el dinero, sino la información. Los actores, por ejemplo, eran cáscaras vacías, estatuas sin pedestal. Lo que representaban era un desvío en el auténtico camino. Sólo las corporaciones eran formas de vida: los estudios de producción, las agencias aeroespaciales, los *lobbies* para la trata de blancas.

En el bar, atendido por un camarero con los dientes mellados y una esvástica tatuada junto a la oreja, una representación puesta al día de los chicos de la calle que animaban las películas de Pasolini, O'Hara coincidió con un tipo alto, con cara de moái y una cumbre de pelo abrumadora, alguien forjado por una lotería genética implacable. Acodados en la barra de cromo, esperando turno para ser atendidos por el violento resplandor del muchacho, se encontraron la mirada en el espejo. Tras ellos la fiesta se derramaba sin frenesí, un escualo exhausto.

—No le conozco —dijo el moái al reflejo de O'Hara en el espejo—. ¿Trabaja para la prensa?

—No soy nadie —dijo O'Hara—. Nadie que tenga que ver con el cine. —La puntualización sonó a disculpa de niño intruso—. Estoy aquí por otros

motivos.

—Entiendo —dijo el moái—. Una noche animada, ¿no?

O'Hara pensó que *animada* era un adjetivo optimista. El Pinot Gris se retrasaba. La boca le ardía de sed. Se obligó a hacer un aspaviento con las manos. Como si demandara un brío extra a los vientos de una orquesta invisible.

—Me impresionó su actuación en *El cielo se desploma* —dijo O'Hara volviéndose hacia su interlocutor—. Son apenas dos minutos, pero llena usted la pantalla. Por cierto —añadió O'Hara alargando la misma mano que había exigido fortaleza a los músicos imaginarios—, mi nombre es Richard O'Hara. Soy una especie de intermediario. Una persona que logra que determinadas cosas sucedan.

—Un placer, Richard —dijo el moái apretando la mano tendida—. Don Jenkins. Soy el doble de Michael Shannon, el actor que llenó la pantalla durante apenas dos minutos.

O'Hara se acordó de las lecciones de Josef Mundt acerca de la engañosa transparencia de las cosas. Aunque la mano de Jenkins era un pilar firme, cemento armado.

—No sabía que Shannon hiciera películas de riesgo —aventuró O'Hara.

—No las hace —respondió Jenkins—. No soy su doble en el cine, sino en la vida real. Shannon me contrata porque detesta esto —añadió dirigiendo su mirada hacia el ruido domesticado, las mujeres deslumbrantes, las sonrisas postizas—. Jamás he aparecido en una película.

El camarero trajo al fin la bebida. Sus dientes rotos le daban ese aspecto patibulario y carismático de los asesinos circunspectos. O'Hara apuró el Pinot Gris de un trago, como un advenedizo. Como si nunca hubiera puesto un pie en Europa.

—La mayoría se sorprende —dijo Jenkins—. Pero le aseguro que es un buen trabajo. Más fácil de lo que piensa. Me limito a no hablar de cine, porque no me gusta demasiado, y a dejarme ver. Pasado un rato, me largo a casa.

—¿Y la gente con la que trabaja Shannon? —preguntó O'Hara—. Sus compañeros de reparto, sus amigos, los directores. ¿Cómo hace para

engañarlos? Para que crean que es Shannon y no su doble.

—Por lo general, la gente escucha poco. Lo que más les agrada es oír su propia voz. Y yo los dejo hablar. Minutos, horas, veladas enteras si es preciso. Callo, asiento, sonrío, de vez en cuando digo alguna cosa poco o nada comprometedor, una frase hecha, un lugar común, una obviedad irrefutable. Pero casi siempre guardo silencio. —Jenkins rió espontáneamente, sacudiendo sus grandes hombros—. Sí. La mayor parte del tiempo soy un actor de cine mudo.

El espejo reflejó a la negra aterradora que llevaba un perro imposible dentro de un bolso diminuto. El perro y el bolso habían desaparecido. La mujer transportaba ahora una caca de cacatúa sobre su hombro. Y reía con una sonrisa de más de mil dientes.

—¿Ha visto *El cielo se desploma*? —preguntó O'Hara.

—Me he obligado a hacerlo —respondió Jenkins—. Por si la gente me pregunta por la película. ¿Le gustó?

—Es extraordinaria —respondió O'Hara con entusiasmo. Y pidió otro Pinot Gris.

—Hay quien no piensa lo mismo —dijo Jenkins en voz baja—. Todo fueron silbidos y abucheos tras la proyección.

—Lo sé —dijo O'Hara—, pero a quién le importa.

—A Shannon le importa —respondió Jenkins—. Y al tipo que la dirigió también. Al viejo del pelo blanco.

O'Hara se mordió los labios. Había Louis Vuitton en el espejo. Había Prada. Había Cartier.

—¿Y a usted, Jenkins?

—¿A mí?

—Sí, a usted. ¿Le gustó la película?

—No mucho —confesó Jenkins—. Pero me intriga la parte en la que aparece Shannon. Cuando sube al avión y se confunde. Cuando el piloto le toca y le obliga a caminar hacia el asiento que le corresponde. Cuando molesta a esos tipos estirados con los que comparte fila.

—¿Y la escena final? —preguntó O'Hara.

—¿Cuando reza?

—No reza —dijo O’Hara—. Musita, murmura. Es algo incoherente, un bisbiseo. Pero no un rezo.

—Eso he dicho yo —dijo Jenkins, que se apoderó del Pinot Gris de O’Hara y lo vació de un sorbo, como si tampoco él hubiera estado nunca en un país civilizado—. Un hombre que reza. Que musita. Que murmura. Shannon reza en la última escena de la película.

—De acuerdo —concedió O’Hara—. Shannon reza en esa escena. Mientras todo se desmorona, mientras la gente aúlla y se desgarran las ropas, mientras la gente se golpea y se vuelve frenética, mientras la muerte los acosa, la cámara se fija en el rostro del personaje al que interpreta Shannon, la cámara se detiene dos minutos en ese rostro que reza.

Jenkins miró *dentro* de los ojos de O’Hara. No le miró a los ojos. Sino que miró dentro de sus ojos. Fue algo extraordinariamente intenso, que logró amortiguar el ruido de fondo de la fiesta.

—Quizá tenga razón —dijo Jenkins—. Quizá el personaje interpretado por Shannon no esté rezando. Quizá esté repitiendo los nombres de las personas que han sido importantes en su vida. Quién sabe. Yo no sé qué diría en un momento así, cuando un avión se está desplomando y soy consciente de que voy a morir.

—Imagino que eso también sería otra forma de rezar —dijo O’Hara—. Decir el nombre de tu mujer. O el de tu perro. Recordar los lugares donde has sido feliz. El nombre de la calle donde estuvo tu primera casa.

—Roberta. Mi mujer se llama Roberta —dijo Jenkins—. Aunque es mi segunda mujer en realidad. Perro nunca he tenido. Ni cuando era un chaval. Es posible que yo pronunciara el nombre de Roberta si me viera caer en picado.

O’Hara acarició la idea de que el Pinot Gris contuviera alguna sustancia alucinógena. La belleza del camarero se había vuelto turbia. Su camisa blanca parecía llena de manchas de sangre.

—¿Por qué me ha contado esto? Su trabajo para Shannon. El hecho de que no le guste el cine. Incluso el nombre de su mujer. Incluso el nombre de su segunda mujer.

Jenkins se acercó a O’Hara, presionando su antebrazo.

—Tiene usted cara de buena persona —dijo.

Después le palmeó la espalda y se fue, dejándolo solo en el espejo, vigilado por el camarero de la esvástica y con las manos vacías, una espléndida, inevitable representación de sí mismo.

—Don —gritó O'Hara—. Don.

Jenkins se volvió y contempló a O'Hara con su rotundo rostro de moái.

—Cuando vea a Shannon —dijo O'Hara—, pregúntele en qué estaba pensando durante esa escena final.

Aseguran que la vida pasa por delante de los ojos de un hombre que se ahoga. Que en un instante, de forma no consecutiva sino simultánea, le son entregados los hitos de su pasado, su mérito y su éxtasis, sus agonías y sus derrotas, la película única y unánime de su estancia en la tierra. Pero ese resumen supersónico no le será entregado a él en los segundos previos al impacto, sino antes, cuando Sondenheimer, *ahora, aquí, en este preciso instante*, haga un chiste a propósito de su necesidad de orinar, deje su asiento y salga de la cabina abandonándolo a su destino. Es en el instante en que Sondenheimer abandona la cabina, cuando la película de su vida se devana. De una vez y para siempre.

No le sorprendió encontrar a Amanda entre los invitados de La Fenice. Pero sí su aspecto. Maquillada a conciencia y con postizos en el pelo, luciendo un traje negro con un generoso escote y un severo aunque deslumbrante collar de perlas, poco quedaba en ella de la cariátide austera, vestida con ropa cómoda y con un toque de vaselina en los labios, que durante más de un año había recorrido a su lado los cinco continentes en busca de un espejismo. Cuando ella le hizo un gesto señalándole un rincón al borde del escenario, donde la densidad del tráfico era menor, O'Hara se arrastró hasta allí sin entusiasmo pero con curiosidad.

Un par de minutos más tarde Amanda se había liberado del grupo que la rodeaba. La complejidad de su máscara lo cautivó. O'Hara pensó en las horas

de dedicación que habría pasado ante el espejo para labrarse aquel nuevo rostro. Y en que, contenidos en semejante esfuerzo, mediante una paradoja temporal, se vislumbraban vestigios de cómo había sido ella en la época de Hartmut, antes de enterrar las imágenes de su vida en común bajo un césped cuidado.

No habían conversado desde la aparición de Amanda en Pekín. En un momento de sincera rabia, O'Hara no le había comunicado más tarde la epifanía del Palazzo Grassi. Y como la invitación a la Mostra le había llegado por medio de un correo electrónico, sin verse las caras, Amanda no le había dicho una palabra acerca de su plausible encuentro con Control tras el hallazgo de la obra de Placer Maduro. De hecho, O'Hara no sabía si Amanda estaba al tanto del viaje al Néguév, del cual él mismo apenas había tenido referencia gracias a una muy vaga insinuación de Blomquist.

—Estoy impresionado —dijo mirando la boca roja y abultada.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Lo es.

—Lo sé.

Habían compartido tantas cosas y ahora, sin embargo, estaban condenados a un diálogo carente de sustancia, en torno a los simulacros.

—Comencemos de nuevo —dijo Amanda. Le dio la espalda, caminó unos pasos y regresó a su lado.

—Estoy impresionado —reiteró O'Hara mirando la boca roja y abultada.

—Blomquist me habló de Israel —dijo Amanda rompiendo el círculo.

—Ese maquillaje es fantástico —se obstinó O'Hara, regodeándose en la reticencia a hablar.

—Me está castigando por cosas que no vienen a cuento —dijo Amanda.

Y por primera vez desde que la conocía, O'Hara comprendió que ella podía llegar a ser cruel.

—Gracias por la invitación —dijo O'Hara—. Ha sido un placer.

—Sé que el tema le fascina. Gracias a usted soy una experta en aviación comercial. En *amok*. En matanzas. En funerales múltiples.

O'Hara vio pasar a Sharon Stone del brazo de un hombre muy apuesto. Calculó que la actriz tendría la edad de Amanda, y que como ella podría ser

su madre muerta, pero que esa noche ambas se habían propuesto invertir el movimiento de la flecha del tiempo. Y que quizá, en el fondo, todo se reducía a eso. A pelear contra la entropía.

—¿Le gustó la película? —preguntó Amanda.

—Es la segunda persona que me lo pregunta esta noche. —O'Hara vislumbró los ojos de moái de Don Jenkins. Imaginó que estaría escuchando la confesión intrascendente de algún ricachón italiano, jugando a ser Michael Shannon con elegancia y candor—. Me ha parecido portentosa.

—¿Ha hablado con Control? —preguntó Amanda.

Adusto, incómodo, como si estuviera dentro de un drama para el que el autor no tuviera un desenlace previsto, O'Hara torció el gesto.

—Por lo que insinuó Blomquist, quizá haya llegado la hora de cobrarse su trabajo.

O'Hara comprendió que ella no cejaría así como así.

—Lo haré —dijo—. Puede decirle al tullido que no se preocupe por las deudas contraídas. La que me pienso cobrar no aparecerá en la contabilidad de Arconte Limited.

—Está resentido —dijo Amanda—. No le ha perdonado a Control el asunto de China.

—Diría que no me lo perdono a mí mismo. Hay un matiz ahí. Un matiz importante.

—No pensé que pudiera hablarme de culpa.

—No sé si lo estoy haciendo. La culpa es una compañía impertinente. Yo soy irlandés; usted, alemana. Los dos sabemos demasiado de eso.

—Usted es americano, Richard. La culpa no le compete. Pero por motivos distintos a los que piensa.

—La escucho.

—Es usted enigmático. Lo he pensado desde que estuve por vez primera en su casa. Un hombre con pasiones extrañas. Un hombre con esa obsesión lacerante por los accidentes. Un hombre que podría gozar de los placeres de la vida y se encierra a meditar sobre Andreas Lubitz. No creo que le importe el dinero. Ni las mujeres. Ni siquiera el poder. ¿Quién es usted en realidad?

Jenkins le saludó desde la distancia. O'Hara respondió guiñando un ojo.

La fraternidad de los simuladores. Un curioso destino.

—Dígame usted. Es buena en eso. En definir a las personas. En definir las situaciones.

Ella pareció perdida. No irritada u ofendida. No enfadada. Sino confusa. Como una mujer que ha olvidado el nombre de sus hijos.

—Hemos hecho tantas cosas juntos, Richard. —Había apremio en su voz. Había certezas y afecto. Había una irrefutable experiencia. La pedagogía de una madre—. Hemos recorrido tanta tierra. Hemos visto demasiada gente mientras buscábamos aquel paisaje. No se puede burlar de mí de ese modo. No después de lo que hemos vivido.

O'Hara resucitó un recuerdo de sus años en Cornell. Una noche lluviosa, en un escenario improvisado, un grupo de jóvenes representaban a Shakespeare. La voz de Falstaff cifraba la imperiosa belleza del mundo: «*We have heard the chimes at midnight, Master Shallow*». Y en la réplica de maese Shallow al viejo truhán, en un verso que parecía apelar a la nostalgia de un dios bondadoso, que impetraba su condescendencia y su misericordia, reconoció la potencia de la memoria compartida, el ruido abrasador del tiempo: «*Jesus, the days that we have seen!*».

Tomó a Amanda de la mano.

—No pretendía ofenderla —dijo.

—No lo has hecho.

El tuteo le trajo alivio. Se sintió un niño llevando una palma cuaresmal. Una especie de renacimiento.

—Me ha costado mucho merecer ese tratamiento.

—Te lo has ganado —dijo Amanda—. A pesar de los pesares.

Entonces hablaron de aquellos meses. Los reconstruyeron con un hilo de emoción, que en sus voces aisladas, protegidas del devenir de la fiesta, podría haber movido a chanza. Pero los sentimientos eran un asunto serio. Lo habían sido siempre. Y mientras O'Hara estudiaba la boca roja y generosa, el escote y el adorno exacto de las perlas sobre la piel avejentada pero no derrotada, mientras Amanda recorría los ojos francos y a menudo húmedos, el esmoquin sin duda alquilado, los rasgos de padre y de esposo improbable, ambos fueron cuadrando una contabilidad en la que Debe y Haber buscaban anularse en el

cómputo definitivo, una suma cero ante la que reunirse, rendidos y afectuosos, como bajo el sol de un verano amable.

Exhumar recuerdos resultaba agotador. Quizá por ello, al separarse, en tanto Amanda caminaba hacia el guardarropa sorteando los saludos postreros y O'Hara preguntaba a un fámulo atento y eficaz dónde podía encontrar los baños, sintieron algo parecido al alivio que sigue al trabajo bien hecho.

Más allá de las palabras y los gestos, sabían que aquella había sido la última vez que se verían.

El mundo cambió de posición y la estudiante de Arte palideció. Su boca se llenó de una sustancia lechosa, ardiente y con regusto amargo, que le quemaba la nariz. Sintió que su aliento hedía. Su propio aliento. Pero no podía ser nada que hubiera comido en las horas previas. De modo que comprendió a qué sabía el miedo. Sí. El horizonte se inclinó, las nubes se precipitaron hacia las ventanas y su compañero de asiento, el lingüista que había dedicado su vida a perseguir los fantasmas semióticos de William Gibson, se agarró con desesperación a lo poco que sabía, a las lecciones adquiridas durante una vida de dudas, despojamientos, conquistas, revocamientos, mistificaciones. El equipaje ético y estético de un hombre del siglo veintiuno encerrado en la estructura acorazada de un Airbus A320-211 que se desplomaba. Sí. El espanto se aceleró, las amarras del decoro se rompieron, entre la estudiante de Arte y el hombre dedicado en cuerpo y alma a la obra de William Gibson un silencio incongruente pero revelador lo llenó todo. Ninguna palabra en ningún idioma podría resumir esa imagen en la que dos completos extraños, a las puertas de una muerte insobornable, no hallaron mejor modo de aferrarse a un último contacto con la vida que tomarse de las manos con fuerza, hasta que los nudillos se vaciaron de sangre, anclados en sus sillas por la fuerza de la gravedad, la inminencia de la catástrofe y el terror de los hombres.

Un elenco de rostros adustos, poco diplomáticos, saludó a O'Hara desde sus

enmarcadas posteridades. La urgencia por orinar no impidió que se fijara en los nombres tipografiados al lado de las fotografías en blanco y negro: Luciano Berio, Benjamin Britten, Luigi Nono. La música era *terra incognita* para él. Su sensibilidad se había agotado en la pintura. Podía aspirar a entender el mundo como representación o signo, nunca como armonía o ruido, como matemática del sonido.

Una cisterna descargó su caudal portentoso, amplificado por las formas grotescas, de cueva marina, que el arquitecto había concebido para la higiene. O'Hara oyó un carraspeo profundo, el sonido inconfundible de una flema que asciende, el subsecuente esputo. Después, el alivio en forma de suspiro. Supo que estaba espiando un pedazo de intimidad y un fragmento de ruina. Un hombre excavando en su propio organismo para expulsar una parte de él.

Cuando el dueño de los ruidos salió de su cubículo, O'Hara se encontró, en carne y hueso, con míster Cronenberg.

En consecuencia, será el rostro quien lo exprese todo. Dos minutos y quince segundos de metraje. Un reto asombroso para cualquier actor que se precie. Una menudencia si se considera desde la perspectiva del paso del tiempo; un cómputo insoportable, en apariencia infinito, cuando la lente fija su atención en un único rostro. Ciento treinta y cinco segundos de absorción completa, con el resto de estímulos visuales y auditivos fuera de campo, con la angustia detenida en un rostro destinado a expresar en ese plano cuanto sucede antes del impacto. La cámara escrutando con escrúpulo cada arruga y cada músculo facial, el complejo, milagroso escenario que un rostro de hombre puede llegar a significar, la atención fijada sobre la cara desnuda y expuesta, sin un lugar donde esconderse, confiando en probar que, si se mira con atención el rostro de una persona, sin vergüenza ni recelo, como si ella no supiera que está siendo estudiada, alcanzaremos a ver el lugar más terrible al que esa persona llegará. Que si se mira con atención a alguien se acabará descubriendo, por debajo del músculo y la vena, por debajo de los gestos habituales y de la fea o hermosa encarnadura, la llama primordial de la calavera, la estación a la que, tarde o temprano, estamos destinados a llegar. Calaveras de reyes y reinas.

Calaveras de príncipes y princesas. Calaveras de zares, delfines y validos. Calaveras de virreyes, emperadores y ministros. Calaveras de pilotos y pasajeros. Calaveras atildadas y descompuestas. Calaveras de estudiantes de Arte, lingüistas sin palabras, hombres maduros que han pasado una mala noche. Todas corrompidas por el gusano primordial. Todas reunidas bajo la fétida carcasa del tiempo, vueltas polvo, vueltas ruido, vueltas gas, humo, fósforo, movimiento que nadie escucha vagando por el espacio frío, silente, inagotable. Ciento treinta y cinco segundos de solemne fatalidad durante los que el plano final de *El cielo se desploma* centra su relato en ese rostro del hombre que cae y cae y cae mientras en torno suyo, audible pero no encarnado, presente pero inaprensible, cuanto se escucha es el aullido de la aceleración primordial, la caída sin retorno, el sonido asombrado de la vida a punto de convertirse en residuo para forenses, abono mineral, el tránsito de un hombre que murmura o bisbisea o reza antes de que el vértigo lo iguale a la nada de la que un día lejano surgió.

—¿Está usted incómodo?

El entusiasmo había derrotado al sentido común, pero un gesto de Cronenberg —cambiar el peso de su cuerpo de una cadera a la otra— le recordó a O'Hara no sólo la edad de su interlocutor, sino lo bizarro del escenario que habían escogido para conversar.

—No se preocupe —dijo Cronenberg—. Me interesa demasiado lo que dice como para preocuparme por buscar otro sitio. Y además —añadió jocoso— aquí estamos lejos de incordios. Comenzaba a aburrirme en la fiesta. Los italianos son demasiado operísticos para mi gusto.

Llevaban media hora hablando de Lubitz. Como duelistas se quitaban la palabra, se atropellaban en el uso del turno, pero la adhesión a una misma causa que los empujaba hacia adelante lograba que fuera una conversación entre iguales. No importaba que nunca antes se hubieran visto y que nunca después volvieran a hacerlo. Algo más fuerte que el azar o que el decoro los había unido. Un fervor maduro. Una afinidad electiva.

—No han comprendido nada —resumió O'Hara—. Aunque imagino que

siempre sucede así. Usted sabe de eso más que ningún otro cineasta de la época. Usted, que ha leído como nadie a Burroughs, a Ballard, a DeLillo. Usted, con su obsesión por el cuerpo y sus mecanismos. Usted, que lleva retratando los miedos contemporáneos hace décadas. Usted, que ha despojado al público de sus cómodas ficciones con argumento, nudo y desenlace. Y ahora, *ahora* —la diacrisis casi se pudo sentir en el baño, ardiente como si en él hubiera caído una bomba de fósforo— les entrega este derrumbe de sus principios, y ellos le silban.

—No es necesario que se exalte. Fíese de mi edad —dijo Cronenberg—. Hay que aprender a vivir con la mediocridad. Casi todas las obras importantes exigen un público que aún no ha nacido. Los críticos se repiten; los auditorios son gregarios. Aunque la culpa no es sólo suya. La mayoría de los autores crean basura. Basura estética. Basura moral. Argumentos de usar y tirar. Ahí arriba —dijo Cronenberg— se están comprometiendo millones de dólares destinados a humo. A la industria del vacío. A espejos que no reflejarán nada.

O'Hara le contó la historia de Josef Mundt.

Escuchándose a sí mismo, le pareció advertir la voz de un loco, la crónica de un apagón de la conciencia. Pero Cronenberg no parpadeó una sola vez durante el tiempo que le llevó relatar su historia. Cuando como colofón narró el incidente del libro en el hotel de Zúrich, una música extraña, una especie de diapasón de campana, se instaló entre los dos. Estuvieron así varios minutos: Cronenberg bailando sobre sus castigadas caderas, O'Hara mirando sus zapatos, ambos como pingüinos fuera del agua, dichosos en un rayo de sol.

—Impresionante —dijo Cronenberg—. Terror sin paliativos.

—Eso mismo me repito cada mañana —concedió O'Hara—. Para recordarme que soy un hombre cuerdo, que eso sucedió en realidad.

En el baño entró un dandi vestido de frac con un fular rosa al cuello. O'Hara lo reconoció. Era el director de la Mostra. En un inglés acribillado de fricativas, perentorio aunque al tiempo servil, le explicó a Cronenberg que los invitados se habían mostrado primero extrañados y luego preocupados por su larga ausencia.

—Se temían que hubiera caído al suelo —rió Cronenberg—. Es lógico —añadió—. Soy una antigualla.

Zalamero, el director se deshizo en genuflexiones. Una antigualla míster Cronenberg, a quién se le ocurre. Los titanes no tienen edad. Hay que ver qué sentido del humor. Y cosas semejantes. O'Hara escuchaba abstraído y a la vez divertido. No lamentaba la interrupción. Suponía un digno remate a la charla acerca del mérito.

Cronenberg se disculpó, tendió una mano firme y sólida, le deseó a O'Hara una feliz estancia en Venecia.

—Suerte con el fantasma de Mundt —dijo antes de desaparecer.

Mientras se lavaba el rostro con agua fría, calibrando las palabras de despedida de Cronenberg, O'Hara se confesó que la invitación de Amanda había merecido la pena. Cerró los ojos ante su imagen en el espejo —un lugar común en el cine— y devanó para sí una película íntima.

Cualquiera que lo hubiera visto, con los ojos cerrados y sonriendo, habría apostado cinco contra uno a que ese hombre era decidida, indiscutiblemente feliz.

MONTAUK

Desde 1988 hasta 1995, entre sus siete y sus catorce años, durante el final de la Administración Reagan, el periodo completo de la Administración George H. W. Bush y los primeros tiempos de la Administración Clinton, un fin de semana de cada dos, lloviera o hiciese sol, con tempestades de nieve y con calor sofocante, algunas veces con fiebre y otras convaleciendo de enfermedades propias de su edad, en época de exámenes y durante las vacaciones escolares, su padre condujo a O'Hara junto con su hermana Oona a pescar a Montauk, en el condado de Suffolk, en el extremo este de Long Island.

Cada sábado por la mañana, antes de las nueve, ya los tres estaban subidos a la Chevrolet Silverado de color cobalto, prestos a devorar las ciento quince millas que separaban Woodlawn Heights de Montauk, donde el señor Korzeniowski, el mejor amigo de su padre, los estaría esperando en su Chevrolet Silverado de color magenta. Así, tatuada en sus memorias como una segunda piel, llevaban O'Hara y Oona la ruta a través de la Bronx River Parkway, la Cross Island Parkway y la Interestatal 495 hasta tomar la salida 70, un trayecto que durante siete años se convirtió para ellos en una segunda casa, una escuela rodante en la que recibieron lecciones acerca de la sinceridad, la ternura, la piedad, la fidelidad, el decoro.

Aunque su padre, que tenía fobia a los trenes, nunca quiso tomar el Long Island Rail Road para llegar a Montauk, aparcaban en la estación de ferrocarril. El señor Korzeniowski, cuya amistad con el padre de O'Hara se remontaba a Vietnam, los acomodaba entonces en su Chevrolet Silverado, le tendía al padre de O'Hara un café sacado del termo e indefectiblemente, durante ocho años, ajeno a los cambios de edad de sus interlocutores más jóvenes, ajeno a las fluctuaciones de humor que pudieran haber sufrido, ajeno por descontado a las cosas que allá fuera, en el mundo que corría paralelo a los fines de semana alternativos de pesca en Montauk, Suffolk, Long Island, pudieran suceder, recibía a los dos hermanos con una frase repetida con la contumacia de un mantra: *Czy ktoś tu mówi po polsku?* Y entonces reía. Sí. Reía con su risa de hombre sano, fuerte, orgulloso de repetir un sábado de cada dos aquel «¿Hay alguien aquí que hable polaco?» que a Korzeniowski, dueño y señor de la broma, parecía antojársele el no va más del humor eslavo. Y también su padre reía. También aquel hombre por lo común austero, por lo común severo incluso en su cariño, reía y mostraba sus demacradas encías, sus dientes castigados por la mala alimentación durante la infancia, su lengua grande y de color hígado, también su padre reía como si un fin de semana de cada dos le hubieran contado el mejor chiste del mundo.

Qué misterio suponía aquella camaradería. Qué misterio era, entre las lecciones de paciencia y abnegación, de entrega y tenacidad, descubrir cada quince días el afecto por momentos abrumador que existía entre aquellos hombres, un misterio que O'Hara resolvería años más tarde, en el funeral de su padre, cuando la viuda de Korzeniowski, venida desde Long Island para las honras fúnebres, le desveló el secreto que los había unido. Un secreto que era increíble y a la vez transparente; una verdad que cualquier hijo podía entender pero que abría ante sus pies un abismo, el hecho insensato y sin embargo necesario que consistía en acatar la evidencia de que todo padre es un extraño para su hijo, porque todo padre ha tenido una vida *antes* de ser padre.

Le había salvado la vida. Eso le dijo la viuda de Korzeniowski a O'Hara y a Oona mientras despedían el cuerpo de su padre en el cementerio Woodlawn. El padre de O'Hara le había salvado la vida a Korzeniowski

durante la guerra en Vietnam. Se la había salvado *literalmente*. El padre de O'Hara le había regalado a Korzeniowski la posibilidad de seguir aferrado al aire, al agua y al sol. El padre de O'Hara le había regalado a Korzeniowski la posibilidad de que existiera una señora Korzeniowski y de que existieran unos muchachos Korzeniowski. Y nada, absolutamente nada en este mundo o en cualquier otro mundo posible, había concluido filosóficamente y satisfactoriamente la señora Korzeniowski mientras el cadáver del padre de O'Hara desaparecía bajo la tierra del cementerio Woodlawn, podría unir más a dos hombres que semejante hecho.

Los días. Y sus distancias. Resultaba tentador, para alguien enamorado de las posibilidades de la matemática, jugar a los cálculos. Veintiséis fines de semana por ocho años arrojaban la cifra de cuatrocientos dieciséis días pasados en Montauk, más de un año de una vida humana transcurrido en ese lugar exacto del planeta. Veintiséis fines de semana por ocho años con sus pertinentes trayectos de ida y vuelta en la Chevrolet Silverado de color cobalto arrojaban la cifra de cuarenta y siete mil ochocientos cuarenta millas recorridas entre Woodlawn Heights y Montauk, entre Montauk y Woodlawn Heights, una cifra que permitiría cubrir la distancia que hay entre Nueva York y Pekín siete veces seguidas.

Ésas eran las cifras. Aunque lo importante estaba en otra parte. Recordar esa aritmética en Giudecca, a la edad de cuarenta y cinco años, rico e indolente, vencido por una náusea fría y sugestiva que había encontrado otra vez encarnada en una película titulada *El cielo se desploma*, podía parecer apenas estadística, una cuestión de cálculo casero, pero sería estúpido ignorar que existían emociones detrás, un mapa completo de querencias y traumas, tan detallado e inquebrantable como una miniatura medieval.

Korzeniowski, que había hecho dinero como guía de pesca, poseía una Lowell 43 con capacidad para veinte pasajeros, pero un fin de semana de cada dos cancelaba sus obligaciones, ignoraba a sus clientes y ponía la nave a disposición de los O'Hara. Salían desde Westlake Marina y holgazaneaban en busca de la lucioperca, el siluro, la lubina negra. O'Hara recordaba los cubos repletos de alburnos, el pez pasto que Korzeniowski y su padre empleaban como cebo, el resplandor de plata brillante de los cardúmenes apretados y

firμες, veloces como relámpagos, que golpeaban las paredes de hojalata como lluvia en los tejados. Pero también en Giudecca, junto a los recuerdos prosaicos pero consoladores de la pesca, asomaba de nuevo la resonancia del acto de su padre, aquel gesto de salvar la vida de Korzeniowski que O'Hara nunca se preocupó por conocer en detalle pero que lo acompañaba desde el día del funeral como un perro fiel al que su dueño, oportunamente, puede acariciar siempre que lo desee. Un ejemplo que se abstuvo de emplear cuando en Granada le explicó a Amanda su tesis acerca de la influencia inagotable y por ello aporética de cada decisión humana, pero que aquella tarde de septiembre, días después de la conversación con Cronenberg en los baños de La Fenice, se le apareció con su lustre cegador, un nudo gordiano que ninguna filosofía pero tampoco ninguna praxis podían aspirar a cortar sin penetrar en un bucle perpetuo, en el rizo abrumador de la responsabilidad insaciable que se embosca tras cada decisión que las personas toman.

Hombres maduros, en ese punto entre el acmé de sus fuerzas y el comienzo del declive al cual el propio O'Hara estaba entonces llegando, y a quienes la luz de Long Island prestaba su pátina, con la hiriente fiereza del Atlántico extendido a sus pies, pisando la antesala del océano, el vestíbulo que protegía el teatro repleto de monstruos, islas inhóspitas, rutas trazadas por gigantes muertos hacía siglos, hombres que a su vez habían conocido el embrujo y sucumbido a su hechizo, al misterio del siempre renovado océano, fuente de certezas y de sobrecogimiento, celebrado hacía milenios con acentos trágicos, y que nadie agotó jamás, y al cual O'Hara y Korzeniowski, como una pareja de pioneros que hubieran sustituido monturas animales por monturas mecánicas, entregaban sus rostros recortados contra el aguanieve de febrero, el sol despiadado de agosto, la cítrica melancolía de octubre, intercambiables y a la vez soberanos en la cabina de la Chevrolet Silverado.

Y él conviviendo con los dos hombres durante ocho largos, inolvidables años de aprendizaje y crecimiento, cercado por el aroma a pino y a bálsamo para el pecho de la furgoneta de Korzeniowski, cercado por el olor a tarta de ruibarbo y arándanos en conserva de la cocina de la señora Korzeniowski, cercado por el tufo a casca, fuco y descomposición acelerada, pero también a pura, indemne libertad, si es que la libertad puede tener un olor, que en la

Lowell 43 inundaba cada poro para hacer estallar el regocijo de saberse vivo, de ser primero un niño y pronto un adolescente con una caña en la mano, los ojos heridos por el frío y por la luz crudísima, los oídos llenándose del fragor de las olas de Montauk y las sacudidas del motor poderoso, de los gritos de ánimo y pura fanfarronería de las embarcaciones en torno, el encanto de ver a su hermana cambiante y súbitamente otra mientras las estaciones abrasaban los calendarios y el espectro de la madre muerta, aquel olor a genciana, aquella estrella extinta, aquella voz en una grabación iba convirtiéndose en una presencia amable, nunca del todo olvidada pero sí domesticada, como si el dolor fuera otra forma de la rutina, otra bestia pacífica y longeva con la que aprender a convivir como uno aprende a convivir con una enfermedad crónica, sí, la pérdida como un malestar diario, no el destello de bisturí que lo abrió en canal durante los primeros meses, sino el sordo, continuo tictac de un reloj que seguirá latiendo a pesar de que otro reloj se haya detenido.

De modo que en el moribundo verano de Venecia, comiendo con los dedos una *orata al cartoccio*, el paladar lleno del placer de la carne blanca y mesurada, el mundo detenido en la Laguna primordial, sobre el cielo cien, mil, cien mil veces amplificado por las cámaras de los turistas y la algarabía de los enamorados, en la fortaleza escondida de su propia madurez, vibrante y tranquilo, resuelto a la plasmación y consecución del plan maestro, habiendo recorrido las estancias de una vida con sus tribulaciones y éxitos, solo, sin tribunales que lo aguardaran, soberano y seguramente sereno, si es que la serenidad permite algún modo de ser dicha, si es que existe alguna palabra, en alguna lengua, que la pueda contener y nombrar, oyendo el rumor del *vaporetto* en Fondamenta delle Zitelle, el chof chof chof de su casco pesado y hediondo contra el malecón inestable, oyendo las risas agudas de los japoneses y oyendo el estampido audaz de sus compatriotas, oyendo de vez en cuando el paso acelerado de algún veneciano de mal humor y a punto de ser expulsado de su propia ciudad, O'Hara, en la vertical sosegada de su auditorio de sombras, aceptó el destino que debía dar a su fortuna, la forma que en el futuro —cuando él ya no habitara en la franca, bellísima luz de septiembre que le traía la añoranza de otra luz, de otra edad y de otros hombres en el extremo opuesto del mundo— adoptaría su recuerdo de haber

sido un hombre que un día, para bien o para mal, en la salud y en la enfermedad, ajeno y de todos, uno y a la vez plural, apuró con afán, con denuedo y con cierta solemne intención de trascendencia su estancia en la tierra.

LA CUADRATURA DEL CÍRCULO

Telefoné a Control a las 8.00 horas del día 7 de septiembre. En Nueva York eran las 2.00 horas. Pero la noche era el reino de Control. Blomquist lo había sugerido varias veces. El propio Control lo había ratificado a su modo. Dormir de día, trabajar de noche: un calvinismo inverso, aunque no menos provechoso. Los réditos se cosechaban independientemente de la luz que hubiera en los cielos. Hablaron sorteando riesgos evidentes, cayendo en una negligencia educada. Control no aportó claridad a las circunstancias vividas en Israel y rodeó la historia de una delicada penumbra. Pero ratificó su satisfacción con O'Hara. Y la evidencia de un compromiso pendiente entre ambos. Control suponía que O'Hara llamaba para eso. Para satisfacer un deseo. O'Hara dijo que en efecto llamaba para eso. Para satisfacer un deseo. Cuando verbalizó su petición, el silencio se adueñó de la línea. O'Hara temió haber ido demasiado lejos. Pero Control sólo estaba reubicando el fantástico deseo de O'Hara en la estructura de Arconte Limited. Tras medio minuto dijo que no había problema, que se haría lo que O'Hara deseaba, pero que necesitaba unos días. Que todo se llevaría a cabo no antes del 15 de septiembre. Y no más tarde del 25 del mismo mes. O'Hara respondió que le parecía perfecto. Que era un plazo razonable. Después se atrevió a preguntar a Control si había quedado satisfecho con lo que halló en la obra de Placer

Maduro. Control respondió que sí y que no. Que estaba satisfecho pues había encontrado el lugar que buscaba. Y que no estaba satisfecho pues había circunstancias que sólo sucedían una vez en la vida y por lo tanto eran irrepetibles. Que aunque sobrevivía cierta magia en el ambiente, el resto se perdía sin remedio. Que el mundo, a pesar de nuestros esfuerzos, era casi siempre caos y oscuridad. Esas palabras empleó: *caos y oscuridad*. Y que no había respuestas para ciertas preguntas. Pero que insistía en su satisfacción con el trabajo de O'Hara. Y que se había ganado su deseo, cualquier deseo. Antes de cortar la comunicación, O'Hara imaginó a Control junto al *Nocturno en negro y oro* de Whistler. Había muchísima belleza en este mundo.

Telefonó a la notaría veneciana del dottore Enrico Trevisan a las 10.00 horas del día 7 de septiembre. Practicó su parco italiano con el *dottore* y antes de pasar al inglés le explicó que era el protegido de la signora Cortinovis. El americano de Giudecca, dijo Trevisan. El mismo, dijo O'Hara. Lo recuerdo, dijo Trevisan. Me alegra oírlo, dijo O'Hara. Usted dirá, dijo Trevisan. Se trataba de cambiar la escritura de propiedad de su casa en la isla, explicó O'Hara. Ningún problema, aseguró Trevisan. O'Hara explicó que quería poner su casa a nombre de Karen Swinburne, su sobrina, que vivía en Nueva York y era menor de edad. Que en tanto llegara el día en que Karen Swinburne pasara a ser propietaria no sólo *de iure* sino también *de facto* de la casa en Fondamenta delle Zitelle, cualquier asunto relativo a la vivienda que surgiera en caso de que él, Richard O'Hara, estuviera ausente, recaería sobre Oona O'Hara, madre de Karen Swinburne y hermana de Richard O'Hara, con quien el dottore Trevisan tenía el gusto de hablar en aquel momento. Trevisan dijo que estaba claro como el agua, que bastaba con que O'Hara le enviara algunos datos relativos a las dos mujeres, que la nueva escritura de propiedad quedaría preparada en cuarenta y ocho horas. O'Hara le agradeció su disposición y se despidió en italiano. El dottore Trevisan le mandó saludos para la signora Cortinovis, suponiendo acaso una intimidad entre O'Hara y la signora Cortinovis que nunca había tenido oportunidad de plasmarse. Algo

acerca de lo cual O'Hara, no sin melancolía, reflexionó tras despedirse del notario.

Telefoneó a la oficina que UBS tenía en Bahnhofstrasse 45, Zúrich, a las 12.00 horas del día 7 de septiembre. Pidió hablar con el director de la sucursal, herr Sutermeister. Había unos fondos muy apetecibles sobre los que quería informar al señor O'Hara, dijo herr Sutermeister al descolgar el teléfono. O'Hara respondió que no llamaba a herr Sutermeister para hablar de fondos apetecibles. Que quería dejar listas tres órdenes de pago que debían ser ejecutadas con rigor y meticulosidad, dijo. Rigor y meticulosidad son nuestra carta de presentación, dijo herr Sutermeister. Me consta, dijo O'Hara fantaseando con la posibilidad de que un día, en un futuro no muy lejano, Arconte Limited proyectara una operación de eugenesia radical entre los suizos. O'Hara se escabulló de aquel pensamiento ordenando a herr Sutermeister: a) que el día 15 de septiembre, a las 0.00 horas, abriera tres cuentas en su banco a nombre de Oona O'Hara, Zhao Lei y Amanda Behrens, respectivamente; b) que el día 15 de septiembre, a las 0.00 horas, transfiriera a dichas cuentas, desde la cuenta que el propio Richard O'Hara tenía en UBS, las cantidades de 3.000.000 (tres millones) de dólares americanos, 1.000.000 (un millón) de dólares americanos y 1.000.000 (un millón) de dólares americanos, respectivamente; c) que no se notificara a los mencionados Oona O'Hara, Zhao Lei y Amanda Behrens la existencia de dichas cuentas hasta las 0.00 horas del día 25 de septiembre. Herr Sutermeister dijo que las órdenes de O'Hara habían quedado perfectamente claras y le preguntó si deseaba alguna cosa más. O'Hara dijo que lamentaba no haber tenido tiempo para visitar el cementerio de Fluntern durante su estancia en Zúrich y le preguntó si alguna vez había oído el nombre de Josef Mundt. Herr Sutermeister dijo que el cementerio de Fluntern era un lugar extremadamente agradable y que el nombre de Josef Mundt le resultaba completamente desconocido. O'Hara se despidió de herr Sutermeister deseándole un buen día. Lo hizo, para su íntimo regocijo, en un perfecto alemán.

Telefonó al Grand Hyatt Shanghai a las 14.00 horas del día 7 de septiembre. En Shanghái eran las 20.00 horas y O'Hara pudo imaginar el bullicio de la megalópolis, el esplendor del Bund, el Huangpu indolente y soberbio, la brutal acometida de la luz artificial cayendo como un río de neón sobre el pavoroso delta humano que colonizaba las atestadas calles. Tras mantener una larga y enrevesada conversación a varias voces, O'Hara reservó la *suite* de la planta 82 de la Jin Mao Tower desde las 12.00 horas del día 15 de septiembre hasta las 12.00 horas del día 25 de septiembre. Insistió en efectuar el pago de su reserva por anticipado y fue despedido con muestras de reverencial gratitud.

A las 15.00 horas del día 7 de septiembre adquirió un billete *business class* para el vuelo de Lufthansa entre las ciudades de Venecia y Shanghái. Los horarios eran muy cómodos. Despegaría de Venecia a las 19.20 horas del día 14 de septiembre y aterrizaría en Fráncfort a las 20.45 horas. Tras una breve escala, tomaría el vuelo nocturno de las 22.05 horas y llegaría a su destino a las 14.55 horas según horario de Shanghái, ya el día 15 de septiembre. Experimentó una jubilosa sensación al comprar un billete sin retorno y sin facturación de maletas. Sólo ida. Sólo equipaje de cabina.

Y entonces, como Dios en Su séptimo día, descansó.

EL ÚLTIMO PÁJARO

Si miraba a su alrededor veía prisa, afán, temor a la quietud.

La vida como un circuito cuyo objetivo era no detenerse. No había finalidad ni meta. La recompensa consistía en moverse sin descanso.

Y él había abandonado la carrera, se había echado a un lado. Porque había que saber desaparecer. Al fin y al cabo, se trataba de eso. Disolverse, esfumarse, desvanecerse.

Enterradas por la urgencia, arrebatadas por mil razones, y sin embargo quién las recordaría un día. Todas aquellas gentes de rasgos borrosos e intercambiables.

Durante sus paseos por Shanghái, mientras aguardaba la confirmación de Control, experimentó los beneficios de una sabiduría que renuncia. Se limitaba a saber que ya se había intentado todo. A constatar que se había fracasado debidamente. A asumir que sólo lo que no había hecho le pertenecía en realidad.

Porque el resto pertenecía al mundo. A los otros.

A la prisa, al afán, al temor a la quietud.

Cada mañana, tras ducharse, abría su equipaje de mano, sacaba una muda

limpia y arrojaba a la papelera la ropa interior del día antes. Cada mañana mandaba a planchar una de las dos camisas blancas y uno de los dos pantalones negros que poseía. Hacía demasiado calor en septiembre en Shanghái como para necesitar otra ropa. Así que cada día poseía menos. Los espejos le devolvían la imagen de un hombre menguante. Material de afeitado e higiene. Un volumen con reproducciones de Pollock. Unos prismáticos. Y nada más.

Las cosas le dejaban. Las adherencias al mundo iban desapareciendo. Una mañana, en el distrito de Putuo, regaló su Carlos Coppel a un mendigo que había sobrevivido a la recalibración social. El hombre, que vivía sobre una esterilla de rafia, cerca del templo de Zhenru, cogió el reloj, lo sacudió como un sonajero y lo guardó bajo su mugrienta chaqueta de motorista. Después miró a O'Hara con rencor. Y él encontró que aquel enojo era justo. Quizá el reloj sólo fuera para el mendigo un recordatorio de sus ausencias, de lo que ya no tenía. Pero el impulso era lo que contaba. El impulso de despojarse, de adelgazarse cada vez más. El impulso de echar a correr tras haber entregado aquel objeto.

No atendía llamadas. No hacía llamadas. Sólo conservaba los mensajes de texto de Control. «Hoy todavía no», escribía desde Nueva York cada día, religiosamente, a la hora del desayuno en China. Siempre esas tres palabras. Ni una más. También allí había un estoicismo de la comunicación, una sencillez de la forma. «Hoy todavía no.»

Y él se echaba entonces a la calle, apuraba la ciudad inmensa, recorría a pie, hasta extenuarse, el mapa del laberinto: Xuhui, Changning, Jing'an, Zhabei, Hongkou, Yangpu. A veces, cuando ya creía que no podía más, se arrastraba incluso más lejos, abandonaba los distritos del centro y conquistaba las áreas suburbanas, los topónimos donde se ocultaban millones: Minhang, Baoshan, Jiading. Los límites de Shanghái eran los límites de su cansancio. En apenas cuatro días destrozó sus zapatos, los únicos con los que había embarcado en Venecia.

Tuvo que comprar unas alpargatas de lino. Su último lujo.

Contemplaba su vida del mismo modo en que contemplaría una obra en un catálogo. Él, a quien gustaban las actividades circulares, que se agotaban en sí mismas (pescar durante horas, resolver problemas matemáticos en el espacio ideal de la inteligencia, encerrarse con pinturas en las que no había la menor traza de figuración), reflexionaba ahora sobre su propia vida como si fuera una pieza museística. Y se veía a sí mismo, a Richard Samuel O'Hara, como uno de esos torsos truncados que los arqueólogos desentierran. Un hombre sin cabeza; un hombre a quien faltan las extremidades; un hombre incompleto y enigmático.

Las pinturas de Pollock, en la *suite* inmensa y desolada, lo confortaban. Cada reproducción, tras ser disfrutada, estudiada a veces durante horas, era arrancada del libro, hecha pedazos diminutos y arrojada al váter. El agua se la llevaba lejos. O'Hara gozaba de la disolución de los cuadros en texturas. De aquel trenzado de elementos idénticos, como miles de abejas, como gotas de lluvia, como nieve cayendo vista por un microscopio, que se repetían de un extremo al otro del lienzo. Disfrutaba al constatar que en las obras de Pollock no había comienzo, medio ni conclusión. *All over*, decían los críticos. Todo dado allí, presente sin fin, desarrollo pleno, un latido unánime, de una vez y para siempre. Sin estudios preliminares. Sin dubitaciones inadecuadas. Sin bocetos que entregar a los coleccionistas del futuro.

Pollock no pintaba argumentos. Pollock no pintaba paisajes. Pollock no pintaba geometrías.

Pollock pintaba una experiencia.

Aquellos cuadros, en Shanghái, bajo el influjo de millones de vidas, se le mostraban en su desnuda transparencia. Como fragmentos del mundo sin enmarcar. Como si el mundo fuera una inmensa, inacabable pared, y el artista, eventualmente, hubiera decidido sustraer alguna de sus etapas al deterioro, al desorden. Y él allí, cada atardecer, con las luces declinando, mientras convertía aquel orgullo en pedacitos de papel que arrojaba al retrete. Las constelaciones de color que germinaban, daban fruto y morían. La obra de un hombre que había construido su genio sobre la imposibilidad de encontrar un tema. Todo lanzado a un desagüe. Sin mala conciencia. Sin premura ni cálculo. También sin dilación ni desamparo. Impunemente.

El mensaje del 21 de septiembre fue aún más escueto. «Será mañana.»

El día 22 de septiembre del año 2026 el sol salió en Shanghái a las 5.22 horas. Treinta y ocho minutos más tarde, a las 6.00 horas, la alarma del Sony Xperia Z11 despertó a O'Hara.

Había soñado que mataba a niños sordomudos. Lo más pavoroso era la impunidad con la que actuaba. Lo simple que resultaba acabar con las víctimas. Una estancia llena de durmientes a los que iba acuchillando. Un pabellón de ovejas indefensas. Porque por más ruido que hiciese, por más estruendo que los cuerpos hicieran al luchar, al revolverse en sus camas, incluso al caer al suelo intentando escapar de su asesino, nadie despertaba. Él los iba matando de uno en uno, en un escorzo de furia ahogada, del que nadie más era consciente. Ni siquiera la propia víctima, que moría envuelta en un blanco, aterrador silencio. En el aullido sin eco de su propia angustia.

Esa vida sin ruido, esa fatalidad desmesurada.

Se duchó. Se afeitó. Se deshizo del jabón y de la maquinilla. Se deshizo de la camisa blanca y del pantalón negro que había usado el día anterior. Vistió su camisa blanca limpia. Vistió su pantalón negro limpio. Se calzó las alpargatas de lino. Lo hizo con la confianza de los actos sin retorno.

Como Lubitz en *El cielo se desploma*, se obligó a mirar a los ojos a cada ser humano que el 22 de septiembre puso en su camino. Bajó a desayunar y se mostró amable con los camareros. Sonrisas blancas, radiantes. En recepción dio orden de que nadie arreglara su habitación. Necesitaba descansar. Que no le molestaran. Una orden dada también con el más amable de los gestos. Con otra sonrisa blanca, radiante.

A las 7.30 horas, de vuelta en la *suite*, se acercó a la ventana y contempló el Huangpu. El 24 de enero del año anterior había estado en aquella misma habitación, sus ojos habían visto el mismo cuadro, idéntico fragmento de la realidad. Y casi a esa misma hora, veinte meses antes, Blomquist lo había telefoneado.

Después, el alud rodando por la ladera.

Las páginas del volumen con reproducciones de Pollock estaban casi agotadas. Arrancaba una, la hacía pedazos, levantaba la vista y escrutaba. Llevaba los Bushnell colgados al cuello. Eran los prismáticos a los que el señor Korzeniowski y su padre se habían mantenido fieles toda su vida, desde que en Montauk enseñaban aves a los dos hermanos o querían conocer con detalle qué estaban haciendo otras embarcaciones en el lago.

Fue contando los aviones que descendían hacia Pudong. Uno. Siete. Quince. Fue contando los aviones que despegaban desde Pudong. Uno. Siete. Quince. Admiró el cielo rayado como otro cuadro de Pollock, *all over* de las augustas magnitudes, las veloces trayectorias, las fuerzas desatadas por los motores que rugían. Era el mundo acelerado y sufriente. El mundo poderoso e inconsolable. El mundo intacto en su clarividencia. Las superficies ajustándose al relato de un nuevo día. Las atronadoras resonancias. Las causas y los efectos. Las medidas y los pesajes. Las gentes replegándose en los relojes.

El esplendor terrícola.

Eran las 11.22 horas cuando los Bushnell detectaron una nueva mancha en el cielo de China. Pollock era un garabato furioso y la *suite* estaba en orden.

Despojada, vacía, espartana.

La mancha fue ganando claridad. Primero un punto negro, apenas un borrón titubeante. Pronto una forma audaz, una trayectoria definida. O'Hara sintió los latidos de su corazón acelerado, su pecho agrandándose, las vías del cuerpo expandidas con euforia.

De modo que era eso. Eso era lo que se sentía al saber.

Al estudiar la estructura volante descubrió la auténtica estatura de Control, la red de privilegios que escondía Arconte Limited, la excelencia para la que había trabajado durante más de una década. La flecha en los aires era el último pájaro, el retrato de una voluntad destinada a cambiar las condiciones de la realidad. Que Control tuviera acceso a semejante prodigio sólo podía expresar un poder mucho más grande del que O'Hara se había

atrevido a imaginar.

Exacto en su decantación, en su demoledora materialidad, lo que los prismáticos habían capturado era una leyenda en el cielo, el emblema de una raza tecnológica, el arco máximo trazado desde la primitiva bifaz construida sobre lascas, la bendita navaja suiza del Achelense, hasta el murmullo alentador y brutal del MQ-9 que las lentes fijaban ahora con dolorosa intensidad.

Mientras la nave no tripulada se agrandaba hasta el punto de que casi se podía ya tocar con los dedos, expresando su altura, su envergadura, su longitud, la potencia de su planta motriz, O'Hara acató que ya no había enmienda, que el mundo, *su mundo*, iba a cancelarse como tantas veces había soñado, en el resplandor impávido y electrizante del accidente, sumergido sin alternativa bajo el bramido del ángulo de impacto, clausurado por el fatídico y a la vez serenísimo galope ventricular de los turbopropulsores, como la respiración de un mar desatado.

Y ya sólo alcanzó a concebir, cuando las pinturas abandonadas de Pollock aguardaban por una mirada que no llegaría, cómo, en ese instante, el depredador definitivo, el sistema de adquisición de blancos del MQ-9, estaría evaluando, codificando y señalando el lugar en el que la voluntad de O'Hara y la expresión de un deseo coincidían.

Luego, mientras el dron se cernía, cerró los ojos.

Misteriosa, humanamente, el olor a genciana lo envolvió.

Hangzhou-Gijón
Abril de 2015-Mayo de 2017

Homo Lubitz

Ricardo Menéndez Salmón

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la portada: © Ozgur Donmaz - Getty Images

© Ricardo Menéndez Salmón, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2018

ISBN: 978-84-322-3346-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!


NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!





 Seix Barral

Ricardo Menéndez Salmón

Homo Lubitz

